

**LA SONRISA DE
ANGELICA
ANDREA
CAMILLERI**



se

L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Una serie de robos ejecutados de forma extremadamente ingeniosa y audaz se extienden de la noche a la mañana entre los habitantes más adinerados de Vigàta. Los cacos logran desvalijar simultáneamente la residencia principal y la de veraneo, y, en pocos días, enormes sumas en efectivo, joyas y valiosísimas obras de arte pasan de las manos de sus dueños a las de estos expertos delincuentes que, en apariencia, lo tienen todo calculado.

Con la llegada de una enigmática misiva anónima en la que el cerebro de la organización reta a Salvo Montalbano a jugar una suerte de partida de ajedrez, el caso se convierte rápidamente en un desafío para nuestro comisario. Pero lo que de verdad complica las cosas es la aparición en escena de Angelica Cosulich, una de las víctimas de los robos. La belleza fulgurante de esta joven treintañera de sonrisa luminosa trastorna profundamente a Salvo, pues es la viva imagen de la Angélica del Orlando furioso, el ideal femenino que protagonizó las fantasías adolescentes del comisario. Como Orlando, Montalbano deberá luchar simultáneamente en distintos flancos: por un lado, confuso y obstinado, contra los achaques de la edad —se está acercando a los sesenta—, y por otro, contra la atracción de una mujer a la que es incapaz de resistirse. Con las hilarantes aportaciones de Catarella y las dosis de genial improvisación con las que el comisario elude los intentos disciplinarios de sus superiores, La sonrisa de Angelica es una de las aventuras más emocionantes y divertidas de la serie.

L=LIBROS

Andrea Camilleri

La sonrisa de Angelica
Comisario Montalbano - 22

Se despertó de repente y se incorporó con los ojos bien abiertos. Acababa de oír a alguien hablando dentro del dormitorio. Y dado que estaba solo en casa, se alarmó.

Al cabo de un momento le entraron ganas de reír, porque recordó que Livia había llegado de improviso a Marinella la víspera para darle una sorpresa — agradabilísima, al menos al principio—, y ahora dormía como un tronco a su lado.

Por la ventana entraba un hilo de luz violácea del alba todavía incipiente. Sin siquiera mirar el reloj, Montalbano cerró los ojos con la esperanza de dormir unas horitas más.

Pero unos segundos después un pensamiento le hizo abrirlos de nuevo como platos. Si alguien había hablado en el dormitorio, sólo podía ser Livia. Y por tanto, lo había hecho en sueños.

Era la primera vez que le pasaba; bueno, quizá sí había hablado alguna vez con anterioridad, pero tan bajito que no lo había despertado. Y a lo mejor todavía se encontraba en una fase especial del sueño en que diría algo más.

No, una ocasión así no había que desaprovecharla.

Alguien que se pone a hablar de repente en sueños sólo puede decir cosas ciertas, la verdad que alberga en su interior; no recordaba haber leído que en sueños se pudieran decir mentiras, o una cosa por otra, porque mientras duerme está desprovisto de defensas, desarmado, es inocente como un niño.

Era de vital importancia no perderse las palabras de Livia, y por dos motivos. Uno de carácter general, dado que un hombre puede vivir cien años con una mujer, dormir a su lado, tener hijos con ella, respirar el mismo aire, creer que la conoce a la perfección, y al final comprender que nunca ha sabido cómo es realmente. El otro motivo era de carácter particular, circunstancial.

Se levantó con cautela y fue a mirar a través de la persiana. El día se presentaba sereno, sin nubes ni viento.

Después se dirigió al lado de la cama donde dormía Livia, cogió una silla y se sentó junto a la cabecera, como si hiciera una vela nocturna en un hospital.

La noche anterior, Livia —y ése era el motivo particular— le había montado una escena de aquí te espero por celos, consiguiendo estropearle la alegría de su

llegada.

Las cosas habían sucedido más o menos así:

Sonó el teléfono y lo cogió ella. Pero en cuanto dijo «¿Sí?», una voz femenina respondió: «Perdone, me he equivocado.» Y colgaron.

Y entonces a Livia se le metió en la cabeza que era una mujer que se entendía con él, que tenían una cita esa noche y que había colgado al oír su voz.

«Os he agitado la fiesta, ¿eh?»

«¿Dónde no está el dueño, ahí está su duelo!»

«¿Ojos que no ven, corazón que no siente!»

No había manera de convencerla, y la velada terminó como el rosario de la aurora porque Montalbano reaccionó mal, más disgustado por la inagotable sarta de frases hechas que soltaba Livia que por sus sospechas.

Y ahora Montalbano esperaba que Livia dijera cualquier tontería que le ofreciese la posibilidad de tomarse la revancha con todas las de la ley.

Le entraron unas ganas tremendas de fumarse un cigarrillo, pero se aguantó. En primer lugar, porque temía que el olor del humo la despertara. Y en segundo lugar, porque si Livia lo descubría fumando en el dormitorio se armaría la marimorena.

Unas dos horas más tarde, de pronto le dio un fuerte calambre en la pantorrilla izquierda. Para combatirlo, empezó a mover la pierna adelante y atrás, y sin querer dio con el pie descalzo contra el borde de madera de la cama. Sintió un intenso dolor, pero consiguió reprimir la retahíla de tacos que se golparon en su boca.

Sin embargo, la patada a la cama surtió efecto, porque Livia suspiró, se movió un poco y habló. Dijo claramente, sin farfullar y después de haber soltado una especie de risita:

—No, Carlo, por atrás no.

Poco faltó para que Montalbano se cayera de la silla. ¿No querías caldo? ¡Pues toma dos tazas!

Le habrían bastado una o dos palabras confusas, el mínimo indispensable para construir un castillo de acusaciones basadas en la nada, al estilo jesuita.

Pero ¡joder, Livia había pronunciado más clara que el agua una frase entera! Como si estuviera totalmente despierta. Y una frase que daba pie a pensar de todo, incluso lo peor.

Para empezar, ella jamás le había mencionado a ningún Carlo. ¿Por qué? Si nunca le había hablado de él, debía de haber una razón de peso.

Por otro lado, ¿qué podía ser eso que no quería que Carlo le hiciera por atrás? O sea, ¿por delante sí y por atrás no?

Empezó a tener sudores fríos.

Se sintió tentado de despertarla zarandeándola sin contemplaciones, mirarla echando chispas por los ojos y preguntarle con voz imperiosa de policía: «¿Quién

es Carlo? ¿Tu amante?»

Claro que, en definitiva, Livia era una mujer. Y por tanto, muy capaz de negar cualquier cosa, incluso aturrida por el sueño. No; hacer eso sería un error garrafal por su parte.

Lo mejor era armarse de paciencia y esperar para sacar el tema en el momento más adecuado. Pero ¿cuál era el momento más adecuado?

Además, había que disponer de cierto tiempo, porque también sería un error afrontar la cuestión de forma directa. Livia se pondría a la defensiva. No; necesitaba sacarlo a colación dando un rodeo para que ella no sospechara nada.

Decidió ducharse.

Ahora era impensable volver a dormir.

Estaba tomando el primer café de la mañana cuando sonó el teléfono.

Ya eran las ocho. No se encontraba del humor apropiado para oír hablar de crímenes. Si acaso, para matar a alguien si se le presentaba la ocasión. Preferiblemente, alguien llamado Carlo.

Había acertado: era Catarella.

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¿Está durmiendo?

—No, Catarè; estoy despierto. ¿Qué pasa?

—Pues pasa lo que pasa, que ha habido un *arobo*.

—¿Un robo? ¿Y por qué me tocas a mí las pelotas con eso, si puede saberse?

—*Dottori*, pido comprensión y perdón, pero...

—¡Y un huevo! ¡Ni comprensión ni perdón! ¡Llama ahora mismo a Augello! Catarella estaba a punto de echarse a llorar.

—Justo eso quería decirle, con todas mis disculpas por delante, *dottori*, que el susodicho *dottor* Augello se encuentra en libertad desde esta mañana.

Montalbano se quedó desconcertado. Pero ¿qué había ocurrido? ¿Y cómo es que él no se había enterado?

—¿En libertad? ¿Y qué ha pasado para que hayan tenido que ponerlo en libertad?

—*Dottori*, pero si fue usía *pirsonalmente* en *pirsona* el que dijo ayer por la tarde que lo ponía en libertad!

Montalbano se acordó.

—Catarè, le dije que podía tomarse unos días libres, no que lo ponía en libertad.

—¿Y yo qué he dicho? ¿No he dicho eso?

—Oye, ¿Fazio también ha sido puesto en libertad?

—Eso también quería decirselo. Como resulta que en el mercado ha habido una riña, el susodicho se encuentra in situ.

No había nada que hacer; le tocaba ir a él.

—De acuerdo, ¿el denunciante está ahí?

Catarella hizo una breve pausa antes de hablar.

—¿Ahí dónde es, *dottori*?

—Pues en la comisaría, ¿dónde quieres que sea?

—*Dottori*, pero ¿cómo puedo saber yo si ése está aquí?

—¿Está o no está?

—¿Quién?

—El denunciante.

Catarella se quedó en silencio.

—Catarè... ¿Me oyes?...

No contestó. Montalbano pensó que se había cortado la línea, y por consiguiente le entró ese tremendo, cósmico, irracional miedo que lo asaltaba cuando se interrumpía una llamada: el de ser el único superviviente en todo el universo creado.

—¡Catarè!... ¡Catarè! —gritó angustiado.

—Estoy aquí, *dottori*.

—¿Por qué no dices nada?

—*Dottori*, ¿usía se ofenderá si le digo que no sé quién es ese denunciante?

Calma y paciencia, Montalbà.

—Es el que ha sufrido el robo, Catarè.

—¡Ah, ése! Pero no se llama denunciante, se llama Penettone.

¿Penettone? ¿Sería posible?

—¿Seguro que se llama así?

—Pongo la mano en el fuego, *dottori*. Carlo Penettone.

Le entraron ganas de gritar: dos Carlos en la misma mañana era algo difícil de soportar.

En aquel momento, todos los Carlos del mundo le resultaban antipáticos.

—¿El señor Penettone está en la comisaría?

—No, *siñor dottori*; ha telefoneado. Vive en via Cavurro número trece.

—Llámalo y dile que voy para allá.

A Livia no la habían despertado ni el teléfono ni sus gritos. Dormía esbozando una sonrisita. A lo mejor seguía soñando con Carlo, la muy ladina. Lo dominó una furia incontrolable. Cogió una silla y la tiró al suelo.

Livia se despertó de golpe, sobresaltada.

—¿Qué pasa?

—Nada, perdona. Tengo que irme. Volveré para comer. Hasta luego.

Salió deprisa y corriendo para evitar una trifulca.

Via Cavour formaba parte del barrio donde vivía la gente rica de Vigàta.

El barrio había sido proyectado por un arquitecto que como mínimo

merecería la cárcel. Un edificio parecía un galeón español de la época de los piratas, el de al lado estaba claramente inspirado en el Panteón...

Aparcó delante del número 13 —que guardaba semejanza con la pirámide de Micerino— y entró. A la izquierda estaba la garita de madera y cristal del portero.

—¿En qué piso vive el señor Penettone?

El portero, un cincuentón alto y fornido que a todas luces frecuentaba los gimnasios, dejó el periódico que estaba leyendo, se quitó las gafas, se levantó y salió de la garita.

—No hace falta que se moleste —dijo Montalbano—. Sólo necesito...

—Lo que tú necesitas es alguien que te parta la cara —replicó el portero, alzando el brazo derecho con el puño apretado.

Montalbano, estupefacto, dio un paso atrás. ¿Qué mosca le había picado?

—Oiga, espere, debe de haber un malentendido. Yo busco al señor Penettone y soy ...

—Lárgate pitando, ¿me oy es?

A Montalbano se le acabó la paciencia.

—¡Soy el comisario Montalbano, joder!

El hombre se quedó pasmado.

—¿De verdad?

—¿Quieres ver la credencial?

El portero se puso rojo como un tomate.

—¡Virgen santa, es verdad! ¡Ahora lo reconozco! Lo siento mucho, creía que quería tomarme el pelo. Le pido disculpas. Pero, verá, aquí no vive ningún Penettone.

Naturalmente, Catarella le había dicho mal el apellido, como de costumbre.

—¿Hay alguien con un apellido parecido?

—Está el *dottor* Peritore.

—Podría ser él. ¿En qué piso?

—En el segundo.

El portero lo acompañó hasta el ascensor sin dejar de disculparse y hacer reverencias.

Montalbano se dijo que, el día menos pensado, Catarella, a fuerza de darle apellidos de su propia cosecha, provocaría que alguien un poco nervioso le pegara un tiro.

• • •

El hombre elegante, de unos cuarenta años, rubio, delgado y con gafas que le abrió la puerta no resultó un antipático como se había temido.

—Buenos días. Soy Montalbano.

—Pase, comisario, por favor. Me han avisado de su visita. Como ve, el piso está desordenado; mi mujer y yo no hemos querido tocar nada.

—Me gustaría echar un vistazo.

Dormitorio, comedor, habitación de invitados, salón, despacho, cocina y dos baños, todo patas arriba.

Armarios y cómodas con las puertas y los cajones abiertos, y todo el contenido desparramado por el suelo, una librería completamente vaciada y los libros desperdigados sobre las baldosas, escritorios y estanterías revueltos...

Ladrones y policías tenían eso en común cuando registraban una vivienda; sin duda, un terremoto dejaría las cosas un poco más ordenadas.

En la cocina había una mujer de unos treinta años, rubia también, atractiva y amable.

—Mi esposa, Caterina.

—¿Le apetece un café? —preguntó la señora.

—Gracias —respondió el comisario. Después de todo, la cocina era la estancia menos destrozada—. Quizá sea mejor hablar aquí —añadió, sentándose en una silla.

Peritore lo imitó.

—Me parece que no han forzado la puerta de entrada —continuó el comisario—. ¿Han entrado por una ventana?

—No. Han entrado con nuestras llaves —dijo Peritore. Sacó un manajo de llaves del bolsillo y lo depositó en la mesa—. Las han dejado en el recibidor.

—Perdone, pero entonces, ¿ustedes no estaban aquí cuando se cometió el robo?

—No. Precisamente anoche fuimos a dormir a la casa que tenemos en la playa, en Punta Piccola.

—Ah, ¿y cómo han podido entrar, si las llaves las tenían los ladrones?

—Siempre dejo un juego de reserva en la garita del portero.

—Disculpe, pero no lo he entendido bien. ¿De dónde cogieron los ladrones las llaves para entrar aquí?

—De nuestra casa de la playa.

—¿Mientras ustedes dormían?

—Exacto.

—¿Y allí no robaron?

—Por supuesto que sí.

—Entonces, ¿han sido dos robos?

—Exacto.

—Perdone, comisario —intervino la señora Peritore mientras servía el café—. Será mejor que se lo cuente yo; mi marido no consigue ordenar sus ideas. Verá, esta mañana nos hemos despertado a las seis con un leve dolor de cabeza.

Y enseguida nos hemos dado cuenta de que los ladrones, después de forzar la puerta del chalet, nos atontaron con algún gas para estar a sus anchas.

—¿No oyeron nada?

—Absolutamente nada.

—Qué raro. Lo digo porque, antes de dormirlos, forzaron la puerta. Acaba de decirlo usted. Y algún ruido harían...

—Bueno, es que estábamos... —La señora se sonrojó.

—¿Estaban...?

—Digamos que bastante achispados. Habíamos celebrado nuestro quinto aniversario de boda.

—Comprendo.

—En pocas palabras, no habríamos oído ni un cañonazo.

—Continúe.

—Los ladrones encontraron en la americana de mi marido la cartera con su carnet de identidad y la dirección de nuestra residencia, o sea, ésta, con las llaves del piso y las del coche. Montaron tranquilamente en el coche, vinieron aquí, robaron lo que había para robar y adiós muy buenas.

—¿Qué se han llevado?

—Pues, aparte del coche, de la casa de la playa relativamente poco. Nuestras alianzas, el Rolex de mi marido, mi reloj con brillantes, un collar de cierto valor, dos mil euros en metálico, los dos ordenadores, los móviles y las tarjetas de crédito, que ya hemos cancelado.

Si eso era poco...

—Y una marina de Carrà —añadió como si tal cosa. Montalbano dio un respingo.

—¿Una marina de Carrà? ¿Y la tenían allí colgada, sin más?

—Bueno, esperábamos que su valor pasara inadvertido.

En cambio, lo habían advertido muy bien.

—¿Y aquí?

—Aquí el botín ha sido mayor. Para empezar, el joyero con todas mis cosas.

—¿Piezas de valor?

—Alrededor de un millón y medio de euros.

—¿Qué más?

—Los otros cuatro Rolex de mi marido. Los colecciona.

—¿Y ya está?

—Cincuenta mil euros. Y...

—¿Y...?

—Un Guttuso, un Morandi, un Donghi, un Mafai y un Pirandello que mi suegro le dejó en herencia a su hijo —enumeró la señora de un tirón.

En resumen, una galería de arte de enorme valor.

—Una pregunta —dijo el comisario—. ¿Quién sabía que irían a celebrar el

aniversario de boda al chalet de Punta Piccola?

Marido y mujer cruzaron una mirada.

—Nuestros amigos —respondió ella.

—¿Y cuántos son esos amigos?

—Unos quince.

—¿Tienen asistenta?

—Sí.

—¿Ella también lo sabía?

—No, ella no.

—¿Están asegurados contra robo?

—No.

—Tienen que ir a la comisaría para presentar una denuncia formal —anunció Montalbano, levantándose—. Quisiera una descripción pormenorizada de las joyas, los Rolex y los cuadros.

—De acuerdo.

—Y también una lista completa de los amigos que estaban informados, con sus direcciones y teléfonos.

La señora soltó una risita.

—Supongo que no sospechará de ellos.

Montalbano la miró.

—¿Usted cree que se ofenderían?

—Desde luego.

—Pues no les diga nada. Yo me voy ya. Nos vemos en la comisaría.

Y se marchó.

En cuanto entró en la comisaría, se percató de que Catarella tenía el semblante triste y descompuesto.

—¿Qué ocurre?

—Nada, *dottori*.

—¿Sabes que a mí tienes que decírmelo todo! Adelante, ¿qué te ha pasado? Catarella cantó de plano.

—*¡Dottori*, yo no tengo la culpa de que al *dottori* Augello lo hayan puesto en libertad! ¡Yo no tengo la culpa de que Fazio se hubiera ido al mercado! ¿A quién podía dirigirme? ¿Quién me quedaba? ¡Usía solamente! ¡Y usía me ha tratado muy mal!

Estaba llorando y, para que Montalbano no lo viera, hablaba con el cuerpo girado tres cuartos.

—Perdona, Catarè, pero esta mañana estaba nervioso por asuntos míos. Tú no tienes nada que ver. Perdona.

Acababa de sentarse cuando Fazio entró en su despacho.

—*Dottore*, perdone que no haya podido ir yo, pero la riña en el mercado...

—Al parecer, ésta es la mañana de los perdones. Está bien, siéntate y te cuento lo del robo.

—Curioso —dijo Fazio, moviendo la cabeza, cuando el comisario terminó.

—Sí, es un robo planeado a la perfección. En Vigàta nunca se había cometido un delito tan estudiado.

Fazio negó con la cabeza.

—No me refería a la perfección, sino a la duplicación.

—¿Qué quieres decir?

—*Dottore*, hace tres días hubo un robo exactamente igual que éste, clavado punto por punto.

—¿Y por qué no se me informó?

—Porque usía nos tiene dicho que no quiere que le toquemos las pelotas con asuntos de robos. Se ocupó el *dottor* Augello.

—Cuéntame.

—¿Conoce a Lojacono, el abogado?

—¿Emilio Lojacono? ¿Ese cincuentón gordo que cojea?

—Ese mismo.

—¿Y bien?

—Todos los sábados por la mañana su mujer va a Ravanusa para visitar a su madre.

—Espléndido ejemplo de amor filial. Pero ¿a mí qué coño me importa? ¿Y en qué nos afecta a nosotros?

—Nos afecta, nos afecta. Un poco de paciencia. ¿Usía conoce a la *dottoressa* Vaccaro?

—¿La farmacéutica?

—Esa misma. Su marido también va todos los sábados por la mañana a visitar a su madre, aunque él va a Favara.

Montalbano empezó a ponerse de los nervios.

—¿Quieres hacer el favor de ir de una vez al meollo del asunto?

—Estoy llegando. Resulta que el señor Lojacono y la *dottoressa* Vaccaro aprovechan la lejanía de sus respectivos cónyuges para pasar juntos la noche del sábado en la casa de campo del abogado.

—¿Desde cuándo son amantes?

—Desde hace un año y pico.

—¿Y quién lo sabe?

—Toda la ciudad.

—Vamos bien. Bueno, ¿y qué pasó?

—El abogado es un hombre conocido por su precisión; hace siempre los mismos gestos, nunca falla. Por ejemplo, cuando va a la casa de campo con su amante, siempre pone las llaves encima del televisor, que está a un metro de una ventana que deja entornada, día y noche, haga frío o calor. ¿Le queda claro?

—Clarísimo.

—Los ladrones introdujeron una pértiga de madera de más de tres metros, con una punta metálica imantada, a través de la verja y la ventana, y se agenciaron el manojito de llaves con el imán.

—¿Cómo habéis averiguado lo de la pértiga?

—La encontramos allí.

—Continúa.

—Abrieron la verja y la puerta del chalet, entraron en el dormitorio y adormilaron al abogado y la *dottoressa* con un gas. Cogieron las cosas de valor, subieron en los dos coches, porque la *dottoressa* había ido con el suyo, y vinieron a Vigàta a desvalijar sus respectivas casas.

—Entonces, los ladrones eran como mínimo tres.

—¿Por qué?

—Porque forzosamente tenía que haber un tercer hombre, el que conducía el vehículo de los ladrones.

—Es verdad.

—¿Y cómo es que las televisiones locales no han hablado de este asunto?

—Hemos hecho un buen trabajo intentando evitar un escándalo.

En ese momento entró Catarella.

—Pido *pardón*, pero acaban de llegar ahora mismito los señores Penettone.

Montalbano le dirigió una mirada asesina, pero prefirió no decirle nada. Catarella era capaz de ponerse a llorar otra vez.

—¿Se llaman así? —preguntó Fazio, atónito.

—¡Qué va! Se llaman Peritore. Oye, recíbelos en tu despacho, que presenten la denuncia y te den la lista que les he pedido, y vuelve aquí.

Cuando llevaba una media hora firmando documentos, que se amontonaban en su mesa, sonó el teléfono.

—*Dottori*, es su novia.

—¿Está aquí?

—No, *signor*, está en la línea.

—Díle que no estoy —ordenó, dejándose llevar por un impulso.

Catarella se quedó de una pieza.

—*Dottori*, pido comprensión y perdón, quizá usía no ha entendido quién está en la línea. Se trata de su novia Livia, no sé si me he explicado...

—Lo he entendido, Catarè; no estoy.

—Como usía quiera.

Y al cabo de un segundo, Montalbano se arrepintió. Pero ¿qué tonterías estaba haciendo? Actuaba como un crío enfurruñado con una niña. ¿Y ahora cómo lo arreglaba? Se le ocurrió una idea.

Se levantó y fue al cuarto de Catarella.

—Préstame tu móvil.

Luego se dirigió al aparcamiento, se metió en el coche y se fue. Una vez en medio del tráfico, llamó a Livia con el móvil.

—Hola, Livia, soy Salvo. Catarella me ha dicho que... Estoy conduciendo; sé breve, dime.

—¡Menuda joya está hecha tu Adelina! —exclamó Livia.

—¿Qué ha hecho?

—¡Para empezar, yo iba desnuda y me la he encontrado delante! ¡No ha llamado!

—Perdona, pero ¿por qué tendría que haber llamado? Ella no sabía que tú estabas, y como tiene llaves...

—¡Sí, tú defiéndela! ¿Sabes qué ha dicho nada más verme?

—No.

—Me ha dicho, o por lo menos eso me ha parecido entender, ya que habla en este dialecto africano vuestro: « Ah, ¿está usted aquí? Entonces me voy. Buenos

días.» ¡Y se ha ido!

Montalbano prefirió pasar por alto la cuestión del dialecto africano.

—Livia, sabes perfectamente que Adelina no te soporta. La historia ya viene de lejos. ¿Será posible que cada vez...?

—¡Es posible, sí! ¡Yo tampoco la soporto!

—¿Ves como ha hecho bien en irse?

—Más vale que lo dejemos. Voy a Vigàta en autobús.

—¿Para qué?

—Para hacer la compra. ¿Quieres comer o no?

—¡Claro que quiero comer! Pero ¿por qué tienes que molestarte? Has venido a pasar unos días de vacaciones, ¿no?

Hipócrita redomado. La verdad es que Livia no sabía cocinar; cada vez que comía un plato preparado por ella se intoxicaba.

—¿Y qué hacemos?

—Hacia la una paso a recogerte con el coche y vamos a la *trattoria* de Enzo.

Mientras tanto, disfruta del sol.

—En Boccadasse tengo todo el sol que quiero.

—No lo dudo. Pero se podría resolver el asunto así: aquí lo tomas por delante, digamos en la cara y el pecho, y en Boccadasse por atrás, o sea, en la espalda.

Se mordió la lengua. Se le había escapado.

—¿Qué tonterías dices? —preguntó Livia.

—Nada; perdona, quería hacerme el gracioso. Hasta luego.

Y volvió a la oficina.

Fazio se presentó una hora más tarde.

—Misión cumplida. Creía que no íbamos a acabar nunca. ¡Desde luego, este robo ha sido muy rentable para los ladrones!

—¿Y el anterior?

—Había menos cosas de valor, aunque, sumando lo de las dos casas, tampoco les fue nada mal.

—Deben de tener un buen informador.

—Y el cerebro de la banda tampoco es para tomárselo a broma.

—Volveremos a oír hablar de ellos, seguro. ¿Te han dado la lista de los amigos?

—Sí, señor.

—Esta tarde empiezas a hacer averiguaciones sobre ellos, uno por uno.

—De acuerdo. Ah, *dottore*, le he sacado una copia. —Fazio dejó una hoja encima de la mesa.

—¿De qué?

—De la lista de los amigos de los señores Peritore.

Una vez solo, al comisario se le ocurrió llamar a Adelina.

—¿Por qué no me dijo que iba a venir su novia?

—Porque no lo sabía. Me ha dado una sorpresa.

—¡A mí también me ha dado una buena sorpresa! ¡Estaba completamente desnuda!

—Oye. Adeli...

—¿Cuándo se va?

—Seguramente dentro de dos o tres días. Yo te aviso, tenlo por seguro. Oye una cosa, ¿tu hijo está en libertad?

—¿Cuál de ellos?

—Pasquali.

Los dos hijos varones de Adelina, Giuseppe y Pasquale, eran delincuentes habituales que entraban y salían continuamente de la cárcel.

Pasquale, al que Montalbano había arrestado varias veces, estaba especialmente encariñado con el comisario e incluso había querido, para gran escándalo de Livia, que fuera el padrino de su hijo.

—Sí, señor, por el momento está en libertad. En cambio, Giuseppi no. Está en la cárcel de Palermo.

—¿Puedes decirle a Pasquali que venga hoy a la comisaría después de comer, pongamos hacia las cuatro?

—¿Qué pasa? ¿Quiere arrestarlo? —se asustó Adelina.

—Tranquila, Adeli. Palabra de honor. Sólo quiero hablar con él.

—Como usía mande.

Pasó a recoger a Livia, a la que encontró en la galería leyendo un libro, nerviosa y callada.

—¿Adónde quieres que vayamos?

—Bufff...

—¿La *trattoria* de Enzo te parece bien?

—Bufff...

—¿O prefieres la de Carlo?

No existía ningún restaurante con ese nombre, pero de repente, en vista del recibimiento que le estaba dispensando Livia, decidió presentar batalla. Y que fuera lo que Dios quisiera.

—Bufff... —dijo por tercera vez Livia, indiferente. No se inmutó al oír aquel nombre.

—¿Sabes qué te digo? Vamos a la *trattoria* de Enzo y no se hable más.

Livia continuó leyendo el libro cinco minutos más, simplemente para desairar

a Montalbano dejándolo plantado a su lado.

Cuando llegaron, Enzo se apresuró a hacer los honores a Livia:

—¡Qué agradable sorpresa! ¡Es un placer volver a verla!

—Gracias.

—¡Usía sí que es una gracia para los ojos! ¡Una auténtica delicia! Pero ¿me explica cómo es que cada vez que usía me honra viniendo aquí está más guapa?

Una súbita sonrisa borró las nubes de la cara de Livia, como un rayo de sol.

«Pero ¿cómo es que ahora este dialecto africano le resulta comprensible?», se preguntó Montalbano.

—¿Qué tomarán?—preguntó Enzo.

—Me ha entrado bastante hambre —dijo Livia.

Pues si los cumplidos de Enzo le abrían el apetito, ¡mejor no pensar en el efecto que le producirían los de Carlo!

El nerviosismo de Montalbano se multiplicó.

—Tengo espaguetis con erizos de mar, fresquísimos, de esta mañana, una delicia —recomendó Enzo.

—Me apunto a los erizos de mar —aprobó Livia, parpadeando como Minnie Mouse ante Mickey.

—¿Y usted qué va a tomar?—le preguntó Enzo al comisario.

«Yo voy a tomar este tenedor y a sacarle los ojos a mi novia», pensó, y dijo:

—Yo no tengo tanta hambre. Tráeme unos *antipasti*.

Después de zamparse los espaguetis, Livia sonrió al comisario, puso una mano sobre la suya y la acarició.

—Perdóname por lo de anoche.

—¿Anoche? —repitió Montalbano, más falso que Judas, fingiendo no acordarse de nada.

—Sí, anoche. Me comporté como una idiota.

¡Ah, no! ¡Eso no valía! Se sintió pillado. Hizo un gesto con la otra mano que podía significar cualquier cosa y murmuró algo. Ella lo interpretó como una reconciliación.

Al salir de la *trattoria*, Livia dijo que quería ir a Montelusa, que hacía tiempo que no ponía los pies allí.

—Coge el coche —respondió Montalbano.

—¿Y tú?

—Yo no lo necesito.

No le hacía falta el consabido paseo digestivo y meditativo por el muelle hasta el faro, porque había comido poquísimo. Que Livia no le hubiera facilitado poder

hablar de Carlo le había cerrado la boca del estómago. Pero dio el paseo de todos modos, con la esperanza de serenarse.

Sin embargo, cuando se sentó en la habitual roca plana, su mirada se topó con la gran torre que dominaba el panorama. La había mandado construir Carlos V.

Pero ¿cuántos hombres había en el mundo que se llamaban así?

Al verlo llegar, Catarella levantó los brazos para llamarlo.

—¡Ah, *dottori*! ¡Está aquí el hijo de su asistenta esperándolo! ¡Dice que usía lo ha convocado!

—Hazo pasar a mi despacho.

Montalbano se sentó detrás de su mesa y apareció Pasquale.

Se dieron la mano.

—¿Cómo está tu hijo?

—Crece que da gusto verlo.

—¿Y tu mujer?

—Bien. ¿Y la *siñurita* Livia?

—Bien, gracias.

Finalizado el ritual, Pasquale entró en materia:

—Mi madre me ha dicho...

—Sí, tengo que preguntarte una cosa. Siéntate.

Se sentó.

—Usía dirá.

—¿Por casualidad ha llegado a tus oídos algo sobre esos recientes robos cometidos con mucha habilidad?

Pasquale puso cara de distraído e hizo un gesto con la boca como restando importancia al asunto.

—Sí, *siñor*, alguna cosita he oído.

—¿Cuál, por ejemplo?

—Pues... cosas que se dicen... que uno oye por casualidad... de pasada.

—¿Y qué has oído decir por casualidad, de pasada?

—*Dottori*, yo se lo cuento, pero que quede entre usía y yo. ¿De acuerdo?

—Desde luego.

—He oído decir que no es una faena nuestra.

O sea, que los ladrones de Vigàta no tenían nada que ver.

—Me lo imaginaba.

—Esos son unos artistas.

—Ya. ¿Extracomunitarios?

—No, *siñor*.

—¿Gente del norte?

—No, *siñor*.

—¿Entonces...?

—Sicilianos como usía y como yo.

—¿De la provincia?

—Sí, *signor*.

Había que usar las tenazas; Pasquale no tenía ningunas ganas de hablar del asunto con el comisario. Una cosa es ser amigos y otra hacer de soplón. Además, cuanto menos hable uno con la policía, mejor le irá.

—En tu opinión, ¿por qué han decidido de repente venir a trabajar a Vigàta?

Antes de responder, Pasquale se miró las puntas de los zapatos, luego levantó los ojos hacia el techo, después detuvo la mirada en la ventana y al final se decidió a abrir la boca.

—Los han llamado.

¿Llamado? Pasquale lo dijo en voz tan baja que Montalbano creyó que no lo había entendido.

—Habla más fuerte.

—Los han llamado.

—Expílicate mejor.

Pasquale abrió los brazos.

—*Dottori*, se dice que los ha llamado expresamente alguien de aquí, de Vigàta. Él es el que los dirige.

—O sea, que ese tipo sería al mismo tiempo el informador y el cerebro.

—Eso parece.

Era frecuente que una banda de ladrones se trasladara de zona, pero nunca había oído hablar de una banda reclutada expresamente.

—¿Un ladrón?

—Yo diría que no.

¡Ay! Si no se trataba de un ladrón profesional, el asunto era más complicado.

¿Quién podía ser?

¿Y por qué lo hacía?

—¿Tú cómo lo ves, Pasquà?

—¿En qué sentido, *dottò*?

—Digamos desde tu punto de vista.

—De ladrón, se sobreentendía.

Pasquale sonrió.

—*Dottò*, ¿usted ha visto la pértiga?

—¿Qué pértiga?

—La imantada del primer robo.

—No, no la he visto. ¿Y tú?

La sonrisa de Pasquale se tornó más divertida.

—*Dottò*, ¿todavía sigue haciéndome esos trucitos? Si hubiera visto la pértiga, eso querría decir que formo parte del grupo de ladrones.

—Perdona, Pasquà, deformación profesional.

—Yo tampoco la he visto, pero me la han descrito.

—¿Y cómo es?

—De una madera especial, ligera y fuerte, tipo caña, pero telescópica. ¿Me explico? Un artificio hecho por encargo, para usar en más de una ocasión.

—¿Y qué?

—Pues que no entiendo por qué la dejaron allí después del robo. Yo me la habría llevado. Total, siendo telescópica, no era un estorbo.

—¿Sabes que también han dejado las llaves de la casa donde han robado esta mañana?

—No, *signor*, no lo sabía. Y eso tampoco me cuadra. Un manojito de llaves siempre puede ser útil.

—Oye, Pasquà, voy a hacerte una última pregunta. Esos ladrones también han robado tres coches. ¿Tè cuadra eso?

—Sí, *signor*.

—¿Qué han hecho con ellos?

—*Dottò*, en mi opinión, se los han quitado de encima y han salido ganando.

—¿Cómo?

—Si son coches de lujo, hay quien los compra para llevarlos al extranjero.

- ¿Y si no son de lujo?
—Algunos desguazadores los pagan bien por las piezas de recambio.
—¿Tú conoces a alguno?
—¿De qué?
—De esos desguazadores.
—No es mi especialidad.
—Está bien. ¿Tienes algo más que decirme?
—No, *signor*.
—Gracias, Pasquà, y hasta la próxima.
—Le beso la mano, *dottò*.

Se había dado cuenta enseguida de que esos robos eran cosa de forasteros, expertos y profesionales. Los ladrones de Vigàta eran más primitivos e ingenuos; derribaban una puerta y entraban, pero nunca cuando había personas dentro, y jamás de los jamases se les habría ocurrido hacer una pértiga como aquella.

La banda debía de estar compuesta por cuatro personas: los tres de fuera que actuaban sobre el terreno y un cuarto, el autor intelectual. Y este último quizá era el único que vivía en Vigàta. Con toda probabilidad, los demás volvían a su ciudad después del golpe.

El olfato y la experiencia le decían que aquella investigación sería difícil.

Su mirada se posó en la hoja que le había dejado Fazio: la lista de los amigos de los Peritore. Dieciocho en total.

Empezó a repasarla distraídamente, y al llegar al cuarto nombre dio un respingo.

Abogado Emilio Lojacono.

El que, cuando estaba en su casa de campo con su amante, había sido víctima del primer robo.

Continuó leyendo con mayor atención.

En el decimoséptimo nombre dio otro respingo.

Dottoressa Ersilia Vaccaro.

La amante del abogado Lojacono.

Un destello le atravesó el cerebro. Una intuición sin justificación lógica: que el siguiente robo se produciría seguramente en casa de uno de los dieciséis nombres restantes de la lista. Por consiguiente, lo que le dijera Fazio acerca de los amigos de los Peritore sería importantísimo.

Justo en ese momento, Fazio lo llamó por teléfono.

—*Dottore*, quería decirle...

—Escúchame antes a mí. ¿Te has dado cuenta de que en la lista de los Peritore están también...?

—¿El señor Lojacono y la *dottoressa* Vaccaro? ¡Claro, me di cuenta

enseguida!

—¿Y qué te parece?

—Que el nombre de la próxima víctima está en esa lista.

¡Vaya por Dios! Quería lucirse, pero no lo había conseguido. Era el día en que estaba destinado a que todos lo pillaran a contrapié. Aunque, de todos modos, Fazio llegaba a menudo a las mismas conclusiones que él.

—¿Qué querías decirme?

—Ah, *dottore*, me he enterado de que la señorita Livia está aquí.

—Ajá.

—A mi mujer le gustaría mucho que mañana por la noche vinieran a cenar a casa. Siempre y cuando no haya nada en contra.

¿Y qué podía haber en contra?

Entre otras cosas, y no era un detalle menor, la señora Fazio cocinaba muy bien.

—Gracias, se lo diré a Livia. Iremos, desde luego. Nos vemos mañana por la mañana.

—¡Catarella!

—¡A sus órdenes, *dottori*!

—Ven enseguida a mi despacho.

Antes de que tuviera tiempo de colgar, Catarella se materializó ante él en posición de firmes.

—Catarè, tengo que pedirte una cosa que resolverás con cinco minutos de ordenador.

—¡*Dottori*, por usía estaría cien años si fuera preciso delante del ordenador!

—Tendrías que hacerme una lista de todos los desguazadores de coches de la provincia que hayan sido condenados por receptación.

Catarella se quedó dubitativo.

—No he entendido bien, *dottori*.

—¿Todo o una parte?

—Una parte.

—¿Cuál?

—La última palabra.

—¿Receptación?

—Esa misma.

—Bueno, se refiere a cuando uno compra una cosa sabiendo que ha sido robada.

—Entendido, *dottori*. Pero, si me la escribe, mejor.

—Ah, oye —dijo Montalbano, tendiéndole el papelito donde escribió «receptación» —, localiza a Fazio y pásamelo.

Al poco rato sonó el teléfono.

—Dígame, *dottore*.

—¿Te acuerdas de la marca y la matrícula de los tres coches robados?

—No, señor. Pero si usía va a mi despacho, encima de mi mesa hay una hoja donde figuran todos los datos.

Fazio era ordenadísimo, meticoloso más bien, y Montalbano no tardó nada en encontrar la hoja.

Copió lo que le interesaba y volvió a su despacho.

DAEWOO CZ 566 RT *dottore* Vaccaro.

VOLVO AC 641 RT abogado Lojacono.

PANDA AV 872 RT señores Peritore.

De coches entendía tanto como de astrofísica, pero estaba seguro de que ninguno de aquéllos era de lujo.

Al cabo de menos de cinco minutos entró Catarella y puso una hoja encima de la mesa.

1) Angelo Gemellaro, via Garibaldi 32, Montereale, tel. 0922 4343217.

Oficina: via Martiri di Belfiore 82. Una condena.

2) Carlo Butticè, via Etna 38, Sicudiana, tel. 0922 468521.

Oficina: via Gioberti 79. Una condena.

3) Carlo Macaluso, viale Milizie 92, Montelusa, tel. 0922 2376594.

Oficina: via Saracino s/n. Dos condenas.

¡Ajá! De tres delincuentes, dos se llamaban Carlo. Y eso sin duda tenía que significar algo. La estadística nunca se equivocaba. Bueno, en fin, a veces llegaba a conclusiones demenciales, pero en general...

No había un minuto que perder; probablemente los ladrones aún no habían colocado el coche de los Peritore.

—Catarella, llama al *dottor* Tommaseo y pásamelo.

Tuvo tiempo de repasar la tabla del siete.

—Dígame, Montalbano.

—¿Puede recibirme dentro de unos veinte minutos?

—Hecho.

Se metió en el bolsillo la lista de los tres desguazadores, llamó a Gallo y se fue a Montelusa en un vehículo de servicio.

Tardó una hora larga en convencer al fiscal Tommaseo de que mandara

pinchar los tres teléfonos. En cuanto se hablaba de escuchas, los fiscales se ponían a la defensiva.

¿Y si luego resultaba que un ladrón, o un camello, o un macarra, era amigo íntimo de un diputado? Seguro que la cosa acababa mal para el pobre magistrado.

Por eso el gobierno estaba preparando una ley que las prohibía todas, aunque, por suerte, todavía no la había aprobado.

Volvió a la comisaría satisfecho.

Menos de cinco minutos después de que entrara en su despacho, sonó el teléfono.

—Ah, *dottori*, resulta que la señorita su novia me ha dicho que lo espera en el aparcamiento y yo le he dicho que usía no está, y entonces ella, ya sabe, su novia, me ha dicho que igualmente lo espera ahí. ¿Y ahora qué hacemos?

—Pero ¿por qué le has dicho que no estoy?

—Porque esta mañana usía me ha dicho que dijera eso.

—Pero ahora no es esta mañana.

—Muy cierto, *dottori*. Pero yo no he *ricibido* contraorden. Y por lo tanto no sabía si la riña era pasajera o estable.

—Oye, ¿tú ves dónde está aparcada?

Catarella fue a mirar y volvió enseguida al teléfono.

—¡Ah, *dottori*! Está justo delante de la cancela de *aceso*.

—Se dice acceso, Catarè. —Sólo quedaba intentar una salida de sitiado—. ¿La puerta de la parte de atrás de la comisaría está abierta?

—No, *siñor*, está siempre cerrada.

—¡Vaya, qué putada! ¿Y quién tiene las llaves?

—Yo, *dottori*.

—¡Ah, bueno! Pues ve a abrirla.

Montalbano recorrió toda la comisaría y llegó a la puerta trasera cuando Catarella ya la había abierto.

Salió a la calle, dobló la esquina, dobló la siguiente y llegó delante de la cancela.

Al verlo, Livia dio un breve toque de claxon.

Montalbano le sonrió y subió al coche.

—¿Hace mucho que esperas?

—Ni cinco minutos.

—¿Adónde vamos?

—¿Te importa que pasemos por casa? Quiero ducharme.

Mientras Livia estaba en el baño, el comisario se sentó en la galería para disfrutar del atardecer y fumarse un cigarrillo.

Al cabo de un rato, Livia apareció preparada para salir.

—¿Adónde quieres que vayamos? —preguntó Montalbano.

—Decide tú.

—Me gustaría ir a un sitio donde no he estado nunca, en la costa, pasado Montereale. Enzo me ha dicho que se come bien.

—Si te lo ha dicho Enzo...

Alguien que conociera el camino habría tardado veinte minutos en llegar. El comisario se equivocó cuatro veces y tardó una hora de reloj. Para acabar de arreglarlo, tuvo una breve pelotera con Livia, que le había sugerido el camino correcto.

Era un auténtico restaurante, con un montón de camareros uniformados y fotos de futbolistas y cantantes en las paredes. En compensación, encontraron una mesa en la terraza, junto al mar.

El local estaba invadido por una colonia de ingleses ya medio borrachos de aire salino.

Tuvieron que esperar un cuarto de hora antes de que se acercara un camarero que llevaba en la solapa de la americana una placa verde con su nombre escrito en negro: « Carlo. »

Al comisario se le erizó el vello de los brazos como si fuera un gato rabioso. Y tomó una decisión en el acto.

—¿Puede volver dentro de cinco minutos? —le preguntó al camarero.

—Por supuesto. Como el señor desee.

Livia lo miró estupefacta.

—¿Qué pasa?

—Tengo que ir al baño.

Se levantó y se alejó presuroso ante los ojos atónitos de Livia.

—¿Dónde está el encargado? —le preguntó a un camarero.

—En la caja.

Se acercó a la caja. El encargado era un sexagenario con bigote estilo imperial y gafas de montura dorada.

—Dígame.

—Soy el comisario Montalbano.

—Es un placer. Mi amigo Enzo...

—Perdone, pero tengo prisa. La señora que me acompaña, mi novia, sufrió hace diez días la pérdida de su queridísimo hermano, que se llamaba Carlo. Resulta que el camarero de nuestra mesa también se llama Carlo, y yo no quisiera que... ¿comprende?...

—Perfectamente, comisario. Mandaré que lo cambien.

—Se lo agradezco.

Montalbano regresó a la mesa y sonrió a Livia.

—Perdona, era una necesidad repentina e imperiosa.

Llegó otro camarero, Giorgio. Pidieron los *antipasti*.

—Pero ¿el camarero de antes no se llamaba Carlo? —preguntó Livia.

—Ah, ¿se llamaba Carlo? No me he fijado.

—A saber por qué lo han cambiado.

—¿Te molesta?

—¿Por qué tendría que molestarme?

—Diría que lo echas de menos.

—Pero ¿qué dices? Lo que pasa es que parecía más majo.

—¡Majo! Quizá ha sido una suerte, mira lo que te digo.

Livia lo miró, cada vez más perpleja.

—¿Que hayan cambiado al camarero?

—Pues sí.

—¿Por qué?

—Porque más del setenta por ciento de los que se llaman Carlo son delincuentes. Lo dice la estadística.

Sabía que estaba soltando una chorrada tras otra, pero la rabia y los celos le impedían razonar el mínimo imprescindible. No podía parar.

—¡Anda ya!

—Tú no te lo creas y ya verás. ¿Conoces a muchos Carlos?

—A alguno.

—¿Y son todos delincuentes?

—Pero ¿se puede saber qué te pasa, Salvo?

—¿A mí? ¡Más bien a ti! ¡Estás haciendo una montaña de un grano de arena!
¡Si quieres, pido que regrese tu querido Carlo!

—Pero bueno, ¿te has vuelto loco?

—¡No, no me he vuelto loco! Eres tú que...

—*Antipasti* para el señor —anunció Giorgio.

Livia esperó a que se alejara para hablar.

—Oye, Salvo, anoche fui yo la que se puso en plan capullo, pero esta noche me parece que tienes la intención de superarme. Te juro que no me apetece lo más mínimo pasarme las noches que esté aquí discutiendo contigo. Si piensas continuar así, llamo un taxi, voy a Marinella, hago la maleta, sigo para Palermo y cojo el primer vuelo que salga para el norte. Tú decides.

Montalbano, que ya se sentía avergonzado por la escena de antes, se limitó a decir:

—Prueba los *antipasti*. Tienen buen aspecto.

El primer plato también estaba bueno.

Y el segundo, buenísimo.

Y las dos botellas de excelente vino surtieron efecto. Salieron del restaurante cogidos de la mano.

La reconciliación nocturna fue larga y perfecta.

A las ocho de la mañana estaba preparado para salir de casa cuando sonó el teléfono.

Era Catarella.

—¿Han matado a alguien?

—Nada de asesinatos, *dottori*, lo siento. Han llamado de la Jefatura para que usía pase por allí urgentísimamente.

—Pero ¿quién ha llamado?

—No lo han dicho. Sólo han dicho que usía debía ir donde está el vino.

—¿Y qué sitio es ése? ¿Una taberna?

—*Dottori*, a mí me han dicho eso.

—Pero ¿han dicho exactamente «donde está el vino» o han utilizado otra palabra?

—Otra palabra.

—¿Bodega?

—¡Exacto!

La bodega era el término convencional para indicar la planta subterránea donde estaban instalados los aparatos de interceptación de comunicaciones.

—Si llega Fazio, dile que me espere.

—A sus órdenes, *dottori*.

Montalbano se despidió de Livia y salió para Montelusa.

La puerta del sótano estaba blindada, y delante había un policía de guardia armado con metralleta.

—¿Tienes orden de disparar a bocajarro si se presenta algún periodista?

—¿Quién es usted? —preguntó el agente, que no tenía ganas de bromear.

—El comisario Montalbano.

—Documentación, por favor.

Montalbano se la enseñó, y el agente, abriéndole la puerta, dijo:

—Box siete.

Llamó a la puerta del box 7, que era un poco más grande que una cabina electoral, y una voz le dijo que pasara.

Dentro había un inspector jefe sentado delante de un aparato, con unos auriculares al cuello.

—Guarnera —se presentó, levantándose.

—Montalbano.

—Esta mañana, a las seis y trece, Carlo Macaluso ha recibido una llamada interesante. Póngase estos auriculares para escuchar la conversación.

Giró un botón y Montalbano oyó una voz somnolienta, que debía de ser la de

Macaluso:

—¿Sí...? ¿Quién es?

—Soy el amigo del bigote —respondió una voz decidida de hombre joven, en torno a los treinta años.

—Ah, sí. ¿Qué hay?

—Tengo tres paquetes nuevos, impecables.

—Me interesan. ¿Cómo lo hacemos?

—Como de costumbre. Esta noche, a las doce, te los dejamos donde ya sabes.

—Y yo os dejo el dinero en el mismo sitio. La cifra de siempre.

—No. Esto es material completamente nuevo.

—Hagamos lo siguiente: yo os doy ahora la misma cifra y la próxima vez os entrego la diferencia. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Montalbano se quitó los auriculares, dio las gracias, se despidió y se dirigió a la comisaría.

Había tenido suerte; como mínimo, los propietarios recuperarían sus coches.

Fue directamente a buscar a Fazio.

—Ven a mi despacho —le dijo.

Fazio lo siguió.

—Siéntate.

Le contó lo que le había dicho Pasquale, la idea que había tenido sobre los desguzadores de coches y la conversación interceptada que había oído.

—¿Cómo procedemos? —preguntó Fazio.

—Está claro que a partir de esta tarde hay que tener bajo vigilancia a Macaluso.

—Mando a Gallo, y que se mantenga en contacto con nosotros vía móvil.

—Perfecto.

—Quizá sería mejor aplazar la cena de esta noche.

—¿Por qué? Podemos empezar a cenar a las ocho y media, seguro que Gallo no llama antes de las diez y media u once. En caso necesario, Livia se queda con tu mujer y luego, cuando todo acabe, aunque se haga un poco tarde, paso a recogerla.

—Muy bien.

—Pero tienes que mandar por lo menos a tres agentes con Gallo.

—¿Por qué?

—Seguro que Macaluso va acompañado de tres hombres para conducir los otros coches.

—Es verdad.

—Y ahora dime si has descubierto algo interesante entre los amigos de los Peritore.

—*Dottore*, dejando aparte los nombres del abogado Lojacono y la *dottoressa* Vaccaro, debo decirle que he llegado a la mitad de la lista. El número cinco es bastante interesante. Si no le importa coger la lista...

Estaba encima de la mesa. Montalbano la miró. Junto al número cinco ponía: «Ingeniero Giancarlo de Martino.»

—¿Quién es?

—Es forastero; nació en Mantua.

—¿Y qué hace aquí?

—Vive en Vigàta desde hace cuatro años. Dirige las obras de reestructuración del puerto.

—¿Y por qué es interesante?

—Porque ha pasado cuatro años entre rejas.

Cuatro años no eran ninguna broma.

—¿Qué hizo?

—Colaboración con banda armada.

—¿Brigadas Rojas o similar?

—Sí, señor.

—¿Y en qué consistía la colaboración? Fazio sonrió.

—Organizaba robos para financiar a la banda.

—¡Coño!

—Eso mismo.

—¿Cuántos años tiene?

—Sesenta exactos.

—¿Qué dice la gente de él?

—Que es una persona respetable y tranquila.

—Ya, y cuando arrestemos al cerebro de la banda, descubriremos que era una persona respetable y tranquila.

—Sí, *dottore*, pero De Martino se ha convertido en un hombre de orden, vota en las generales y hace propaganda a favor del Popolo della Libertà.

—Entonces hay que tenerlo doblemente vigilado.

—Ya me he encargado de eso, *dottore*. Le he asignado la vigilancia al agente Caruana.

—Sigue con la lista, haz el favor. Nos vemos esta noche en tu casa.

Se fue a Marinella para recoger a Livia. Al no encontrarla en casa, se asomó a la galería y la vio tumbada en la playa, junto a la orilla, en bañador. Se reunió con ella.

—Estoy tomando el sol.

—Ya lo veo. Vístete y vamos a comer.

—No me apetece vestirme.

—Bueno, y o tengo un poco de hambre.

—Ya he pensado en eso.

Montalbano se quedó lívido. Estaba perdido. Si Livia había cocinado, el dolor de tripa estaba asegurado durante dos días.

—He llamado a la charcutería y han sido amabilísimos. ¿Cómo se llama esa

pizza que hacéis vosotros?

Llamar pizza a los *cuddriruni* era una auténtica blasfemia. Como llamar *suppli* a los *arancini*, ¡menuda diferencia entre unos y otros!

—*Cuddriruni*.

—Bueno, yo se lo he explicado bien y lo han entendido. Y para después, pollo asado con patatas fritas. Me lo han servido a domicilio. Está todo en el horno.

—Me ocupo yo —dijo el comisario sin pensárselo dos veces, aliviado por haber salido indemne—. Tú sigue tomando el sol.

Entró en casa, se puso el bañador, preparó la mesa en la galería y fue a darse un chapuzón. El agua estaba fría y tonificante. Entró de nuevo, se secó y llamó a Livia. Después de comer volvieron a tumbarse en la arena.

Como se quedó adormilado y Livia no lo despertó, cuando llegó a la comisaría eran ya las cuatro y media.

—¿Alguna novedad?—le preguntó a Catarella.

—Ninguna, *dottori*.

—Llama a Fazio y pásamelo.

Se sentó detrás de la mesa, cubierta de montones de papeles para firmar. Firmar o no firmar, ésa era la cuestión.

¿Y Fazio? ¿Cómo es que no daba señales de vida? Llamó a Catarella.

—¡Ah, *dottori*! Fazio debe de estar desconectado, porque la *siñurita* automática me dice automáticamente que el número al que llamo está disponible.

—Será que no está disponible.

—¿Y yo qué he dicho?

—En cuanto conteste, me lo pasas.

Se lo pensó un poco más, y al final decidió hacer caso a su conciencia de honrado funcionario público y ponerse a estampar ciento y pico autógrafos.

Al cabo de una hora sonó el teléfono. Era Fazio.

—Perdone, *dottore*, pero estaba manteniendo una conversación delicada con una persona de la lista. Luego le cuento.

—¿Cómo está el panorama?

—Todo en orden. Gallo está vigilando la oficina de Macaluso, y a las siete de la tarde Miccichè, Tantillo y Vadalá se reunirán con él.

—Entonces, nos vemos a las ocho y media.

• • •

Siguió firmando, pero un cuarto de hora más tarde lo interrumpió otra llamada.

—Ah, *dottori*, está in situ un señor que quiere hablar con usía personalmente en persona.

—¿Para qué?

—Dice que en su casa ha habido un *arobo*.

—¡¿Un robo?! —En aquel momento, los robos tenían prioridad absoluta—. Hazlo pasar a mi despacho inmediatamente.

Llamaron a la puerta con los nudillos.

—¡Adelante!

—Me llamo Giosuè Incardona —dijo el hombre, entrando.

Montalbano echó un vistazo a la lista de los amigos de los Peritore: ningún Incardona.

—Siéntese.

Era un quincuagenario con gafas gruesas, sin un pelo en la cabeza, delgado, vestido con ropa demasiado grande para él. Estaba visiblemente emocionado de encontrarse en una comisaría.

—No quisiera molestar, pero...

—Dígame.

—Tengo una casita en el campo, a medio camino entre Vigàta y Montelusa. De vez en cuando voy con mi mujer y nuestros dos nietecitos. Como la última vez me dejé unas gafas, hoy después de comer he vuelto y me he encontrado con que habían derribado la puerta.

—¿Literalmente derribada?

—Bueno, arrancada de los goznes.

—¿Tan difícil era abrirla con una ganzúa o una llave falsa?

—No, señor. Facilísimo. Pero se ve que no querían perder tiempo.

—¿Qué robaron?

—Un televisor recién comprado, un ordenador que usamos para ponerles películas a los nietos, y un reloj del siglo dieciocho que era de mi tatarabuelo. Pero yo creo que buscaban otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Esto. —Sacó del bolsillo un juego de llaves y se lo enseñó.

—¿De dónde son?

—De mi casa de Vigàta. Los ladrones debían de saber que tengo una copia en el campo. Seguramente pretendían, si las encontraban, venir a robar a mi casa de aquí.

—¿Y cómo es que no las encontraron?

—Porque la última vez que estuve las cambié de sitio. Las metí en la cisterna del retrete. Acababa de ver *El padrino*, ¿la recuerda? Cuando el hijo del padrino tiene que ir a matar a los...

Montalbano cogió la lista y se la tendió.

—Eche un vistazo a esta lista, por favor, y dígame si conoce a alguno de estos

señores.

Incardona la miró y se la devolvió.

—A casi todos.

A Montalbano lo sorprendió la respuesta.

—¿Cómo es eso?

—Modestia aparte, soy el mejor fontanero de la ciudad. Y también puedo hacer copias de llaves perfectas.

—Oiga, ¿recuerda si le ha aconsejado a alguno de estos señores que haga lo mismo que usted, o sea, tener un juego de llaves de reserva en otra casa?

—¡Por supuesto! Es la manera más segura de...

—Discúlpeme un momento. —El comisario llamó a Catarella—. Acompaña al señor a la mesa de Galluzzo para que presente la denuncia... Señor Incardona, si hay alguna noticia, se lo comunicaré. Hasta pronto.

Había algo que no le cuadraba.

Casi seguro que se trataba de un robo cometido para despistar. Hablando con sus amigos, los Peritore habrían mencionado que la policía les había pedido sus nombres. Y el cerebro de la banda, para evitar que Montalbano sacara cierta conclusión, había ideado una maniobra de distracción. Pero había llegado tarde.

Además, los autores materiales habían cometido el error de derribar la puerta. Al parecer, sabían que era un trabajo poco rentable, hecho sólo como cortina de humo.

El propio cerebro también había cometido un error al escoger como víctima del robo simulado —o lo que parecía tal— a alguien que conocían todos los de la lista, pese a no estar incluido en ella.

Y eso confirmaba que la víctima del siguiente robo auténtico sería uno de los dieciséis nombres que figuraban en la lista.

El cerebro de la banda estaba demostrando poseer una mente muy veloz, y era capaz de comprender cómo funcionaba la del comisario.

Sería una partida de ajedrez apasionante.

Cuando fue a recoger a Livia, ésta llevaba puesto un modelo que no le había visto nunca.

Falda plisada y blusa elegante, estilo años treinta, con una especie de volantes en la parte delantera.

—Muy bonito.

—¿Te gusta? Me lo ha hecho un modisto amigo mío. Él también quería poner volantes detrás, pero a mí me pareció excesivo.

No un destello, sino un auténtico rayo de tormenta seguido de un trueno fortísimo, zigzagueando, le quemó y le atronó el cerebro. Se dejó caer con todo su peso sobre una silla para no desplomarse como un saco vacío.

—¿Qué te pasa?—preguntó Livia.

—Nada, un ligero mareo. Es que estoy un poco cansado. Oye, por curiosidad, ¿tu amigo modisto se llama Carlo?

—Sí, y para que te enteres, no tiene nada de delincuente —contestó ella con ánimo polémico—. Es más, es una excelente persona, honrada como pocas. Pero ¿cómo has adivinado su nombre?

—¿Adivinar? ¿Yo? No, no; me lo has dicho tú.

—No me acuerdo. ¿Nos vamos?

La confianza recompensada.

Novela para jovencitas de buena familia y costumbres severas.

Un hombre, corroído por los celos, tergiversa el sentido de una frase que su mujer pronuncia en sueños. Durante varios días se atormenta y la somete a interrogatorios, le monta escenas y le tiende trampas. Sólo cuando rechaza sus insanos celos obtiene la recompensa. Su mujer le revela de forma casual el verdadero significado, inocente por completo, de la frase pronunciada en sueños. Y el hombre siente que desde ese momento ama todavía más a la mujer de su vida.

Bonito, ¿no? Y, además, instructivo.

La señora Fazio había preparado cosas sencillas pero exquisitas. Una sopa de pescado y marisco y unos crujientes salmonetes fritos. Los *cannoli* que llevó Montalbano de postre estaban deliciosos.

El comisario y Fazio no hablaron de trabajo delante de las señoras.

A las once menos cuarto, Montalbano acompañó a Livia a Marinella y luego montó en el coche de Fazio, que los había seguido.

A las once y diez sonó el móvil de Fazio. Era Gallo.

—Macaluso acaba de salir de su casa y ha tomado la carretera para Vigàta. Conduce un Mitsubishi amarillo y lo acompañan tres hombres. Estoy siguiéndolo. ¿Dónde estáis?

—En Marinella —dijo Fazio.

—Creo que se dirige hacia Montereale. Si esperáis allí, pasaremos por delante de vosotros. Si cambia de carretera, os aviso.

Se situaron con el morro del coche al borde de la carretera y apagaron los faros.

Al cabo de unos diez minutos vieron pasar el Mitsubishi amarillo. Detrás, a una distancia de dos coches, pasó un Polo.

—Ese es Gallo —dijo Fazio, y arrancó—. Estamos detrás de ti —le comunicó por el móvil.

—Os he visto.

Pasaron Montereale, pasaron Sicudiana, pasaron Montallegro; se hicieron las doce menos diez y el coche de Macaluso seguía circulando.

Por fin, Montalbano vio que se encendía el intermitente derecho del Mitsubishi, que se metió en una especie de gran área de descanso.

Al pasar por delante, vieron tres coches aparcados.

—Los vehículos ya están ahí —dijo Montalbano.

En ese momento oyeron a Gallo por el móvil:

—¡Estoy volviendo! ¡Voy a detenerlos!

Y un instante después lo vieron ir hacia ellos a toda pastilla.

Fazio lo dejó pasar e hizo un cambio de sentido tan rápido que el automóvil estuvo a punto de volcar.

Cuando llegaron al área de descanso, Gallo tenía la situación bajo control. Los tres hombres habían conseguido montar cada uno en un coche, pero no habían tenido tiempo de arrancar.

Ahora estaban con los brazos levantados, mientras los tres agentes los apuntaban.

Macaluso también tenía las manos en alto junto a un contenedor de basura. En una de ellas sostenía un paquete envuelto en papel de periódico y atado con bramante.

—Dámelo —ordenó Montalbano.

Macaluso se lo dio.

—¿Cuánto hay?

—Quince mil en billetes de cien.

Para volver a Vigàta, a Montalbano le tocó llevar el coche de Fazio.

—Puesto que te hemos pillado como a un idiota con tres coches robados, es decir, en flagrante delito, esta vez, querido Macaluso, me parece que lo tienes crudo. Porque, encima, eres reincidente: ya tienes dos condenas por receptación.

Habían llevado a los tres cómplices al calabozo. Macaluso, en cambio, estaba bajo un foco en el despacho del comisario.

—¿Pueden quitarme las esposas? —pidió Macaluso.

Era un hombretón vestido con mono de trabajo, una especie de armario ambulante, de piel y pelo rojos.

—No —respondió Montalbano.

Se hizo el silencio.

—Por mí, podemos estar aquí hasta que se haga de día —dijo Fazio al cabo de un rato.

Macaluso suspiró y empezó a hablar:

—Las cosas no son lo que parecen.

—*Dottore*, ¿usted sabía que nuestro amigo es filósofo? —se asombró Fazio—. Explicanos, entonces, cómo son las cosas.

—Me telefoneó un cliente y me dijo que fuera a recoger esos tres coches que había dejado...

—¿Cómo se llama ese cliente?

—No me acuerdo.

—¿Y cómo te dio las llaves?

—Me dijo que las había metido en el maletero del Daewoo, que estaba abierto.

—Ese detalle será verdad, sólo que las llaves las dejaron ahí los ladrones.

—Les aseguro que...

—Intenta encontrar algo mejor, vamos.

—¿Sabéis qué os digo? —intervino Montalbano—. Es tarde, son las dos de la madrugada y yo tengo sueño.

—Déjeme libre y nos vamos todos a dormir —propuso Macaluso.

—Tú calla. No abras la boca y escúchame. Presta mucha atención. —Entonces empezó a reproducir la llamada interceptada: « ¿Sí...? ¿Quién es? » « Soy el amigo del bigote. » « Ah, sí. ¿Qué hay? » « Tengo tres paquetes nuevos, impecables... » —Miró a Macaluso y le preguntó: ¿Es suficiente o tengo que continuar?

Macaluso estaba lívido.

—Es suficiente.

—¿Quieres un cigarrillo?

—Sí, señor.

Montalbano se lo dio a Fazio, el cual se lo puso a Macaluso entre los labios y lo encendió.

—Podemos hacer un trato —dijo el comisario.

—Oigámoslo.

—Tú nos dices el nombre del que te ha telefoneado, el del bigote, y yo hablo con el ministerio público para que tenga en cuenta que has colaborado.

—Yo aceptaré encantado, créame.

—¿Y quién te prohíbe hacerlo?

—Nadie. Pero a ese del bigote sólo lo he visto una vez, de noche y a escondidas, hace tres años, y no sé cómo se llama.

—¿Desde cuándo trabajáis juntos?

—Desde hace tres años, ya se lo he dicho. Telefonean, me dicen dónde han dejado el coche, yo meto el dinero en el contenedor, me voy y adiós muy buenas.

Parecía sincero.

Montalbano y Fazio cruzaron una rápida mirada y se entendieron. Fazio también creía que Macaluso estaba diciendo la verdad. Continuar sería una pérdida de tiempo y sueño.

—Enciérralo —dispuso el comisario—, y mañana por la mañana los llevas a todos a la cárcel. Luego haces un informe para Tommaseo. Buenas noches.

El comisario Salvo Montalbano no estaba satisfecho de cómo habían ido las cosas.

—¡Despierta, gandul!

Montalbano abrió los párpados, que parecían pegados con cola. Por la ventana abierta entraba un sol glorioso y triunfal.

—¿Podrías traerme una tacita de café a la cama?

—No. Pero lo tienes preparado en la cocina.

¡Tomar un café acostado, horror de horrores!

¡Pecado mortal! ¡Peor que la lujuria!

Se levantó maldiciendo mentalmente, fue a la cocina, se tomó un café y se encerró en el cuarto de baño.

Cuando salió de casa, eran las diez.

En la comisaría lo esperaba Fazio.

—*Dottore*, tengo algunas cosas que decirle.

—Yo también. Empieza tú.

—Ayer, cuando usía me llamó al móvil y lo encontró desconectado, era porque estaba hablando con la señora Agata Cannavò, viuda del *commendatori* Gesmundo, ex director general del puerto, ex patrón de la fiesta de los portuarios, ex...

—Vale, vale... pero ¿quién es la señora Cannavò?

—La decimosexta de la lista.

—Ah, sí. ¿Y cómo es que fuiste a hablar con ella?

—Fui a decirle que había alguna probabilidad, aunque remota, de que fuera víctima de un robo.

—No comprendo.

—*Dottore*, de las personas de la lista he oído hablar a gente de fuera, extraña. Me interesaba conocer la opinión de una que estuviera incluida.

—¡Claro! ¡Muy buena idea! ¿Y qué te dijo?

—Un montón de cosas. La viuda es una chismosa que lo sabe todo de todos. Y no para de hablar. Me dijo que el contable Tavella está hasta el cuello de deudas de juego porque frecuenta garitos clandestinos. Me dijo que la señora Martorana, esposa del aparejador Antonio, es amante del ingeniero Giancarlo de Martino. Me dijo en susurros que, en su opinión, los Peritore son una pareja liberal, aunque se ocupan de no parecerlo, hasta van a la iglesia todos los domingos. Es más, me contó una cosa graciosa.

—¿Qué?

—Por lo visto, la noche del robo en el chalet de la costa había cuatro durmiendo allí.

—Explicáte mejor.

—*Dottore*, según la viuda, la señora Peritore dormía en una habitación con un hombre, mientras que el señor Peritore dormía en otra con una mujer.

—Pero ¿no habían ido a celebrar el aniversario de boda?

—Cada uno celebra las cosas como mejor le parece —repuso Fazio, filósofico.

—Menudo ambientillo. Oye, ¿cómo se gana la vida Peritore?

—Oficialmente, vende coches de segunda mano.

—¿Y oficiosamente?

—Vive de su mujer, que está forrada gracias a la herencia que le dejó una tía.

—En conclusión, la viuda no te reveló nada importante acerca de los robos.

—Nada.

—Estamos en un punto muerto.

—Eso parece.

—Estoy más que seguro de que habrá otro robo.

—Segurísimo. Pero ¿no podemos poner bajo vigilancia dieciséis pisos aquí y quién sabe cuántos chalets y casas en la costa o el campo!

—Sólo nos queda esperar, confiando en que en el próximo robo den un paso en falso.

—Es difícil.

—Bueno, no tanto. En el robo planeado para despistarnos, cometieron un error al derribar la puerta.

—Perdone, pero ¿a qué robo se refiere?

—Ah, es verdad, tú no estás al corriente.

Y le contó la visita del fontanero Incardona y el robo que, a su entender, era una maniobra de distracción.

Fazio se mostró de acuerdo.

Cuando Fazio se fue, Montalbano alargó despacio una mano, cogió las cuatro cartas dirigidas a él que había encontrado encima de la mesa, y se puso a examinar el matasellos para ver su procedencia.

Dos de Milán, una de Roma y la última de Montelusa.

En Milán no tenía amistades, en Roma tuvo un amigo que lo había alojado en su casa, pero que se había trasladado recientemente a Parma, y en Montelusa conocía a pocas personas.

La verdad era que lo fastidiaba abrir el correo.

En los últimos tiempos sólo recibía propaganda, invitaciones a actos culturales y algunas exiguas líneas de antiguos compañeros de estudios. En resumidas cuentas, dada su edad, se podía decir que había tenido pocas amistades a lo largo de su existencia. Por una parte, se alegraba, y por la otra, todo lo contrario: tal vez, visto que la vejez se acercaba a la velocidad de un cohete espacial, fuera mejor tener algún que otro amigo. Claro que, en el fondo, ¿Fazio, Mimi Augello y el propio Catarella no eran ya más amigos que compañeros de trabajo? Podía consolarse así, si de consolarse se trataba.

Se decidió a abrir los sobres. Tres cartas, en efecto, eran de asuntos sin importancia, pero la cuarta...

Era anónima, escrita con letras de molde.

Ponía lo siguiente:

Queridísimo comisario:

Esta carta desea ser una especie de desafío.

En cualquier caso, usted ya ha aceptado el desafío haciéndose cargo de la investigación personalmente.

Por la presente tengo el placer de comunicarle que, desgraciadamente para usted, habrá dos robos más. Después volveré a hacer lo que siempre he hecho. Me habré divertido bastante.

Tenía que buscar una manera de pasar el rato, ¿no?

Y que lo hago por pura diversión lo demuestra el hecho de que todos los objetos robados se los cedo a mis colaboradores.

A usted le corresponde prevenir los dos próximos robos, adivinando el lugar y el día.

Con toda cordialidad y mis mejores deseos.

La habían echado al correo en Montelusa el día anterior. Llamó a Fazio y se la tendió. Este la leyó y la dejó sobre la mesa sin decir nada.

—¿Qué opinas?

—Pfff... —resopló Fazio, moviendo la cabeza.

—Habla, no te hagas el misterioso.

—*Dottore*, esta carta me parece una cosa inútil, escrita por escribir, no tiene ninguna finalidad.

—Aparentemente, así es.

—En cambio...

—Primero, el que la manda es un presuntuoso. Será también inteligente, pero presuntuoso lo es sin ninguna duda. Y un presuntuoso no siempre sabe controlarse. En un momento dado, lo asalta la necesidad de demostrar a todo el mundo lo bueno que es, cueste lo que cueste.

—¿Y qué más?

—Segundo, quiere hacernos creer que los robos le sirven sólo de distracción, para pasar el rato.

—En cambio...

—En cambio, tengo la impresión de que está buscando una cosa concreta, una sola, la única que le interesa.

—¿Algo que robar?

—No necesariamente. A menudo estos robos tienen... cómo diría... efectos colaterales. Cuando era subcomisario, robaron en una casa y la señora denunció que se habían llevado unas joyas. Casualmente, su marido vio la lista y descubrió que había unos pendientes y un collar que él no le había comprado a su mujer. Había sido el amante. Y la cosa acabó como el rosario de la aurora.

Montalbano se pasó la mañana estampando una firma tras otra hasta acabar con el brazo destrozado.

«La estatua ideal del burócrata —pensó— debería llevar el brazo en cabestrillo.»

Se fue a Marinella creyendo que Livia estaría en la playa tomando el sol, pero la encontró vestida de la cabeza a los pies.

—Tengo que volver inmediatamente a Génova.

—¿Por qué?

—Me han llamado de la oficina. Dos compañeras se han puesto enfermas y no he sido capaz de decir que no. Con los tiempos que corren, pueden aprovechar la menor ocasión para despedirte.

¡Maldita sea! ¡Justo ahora que las cosas entre ellos empezaban a funcionar de maravilla!

—¿Has reservado billete?

—Sí, me voy en el vuelo de las cinco.

Montalbano miró el reloj: la una en punto.

—Oye, disponemos de una hora. Estoy libre, así que puedo llevarte a Punta Raisi. Podemos ir primero a comer algo rápido a la *trattoria* de Enzo o...

Livia sonrió.

—O...

El trayecto hacia el aeropuerto fue tranquilo hasta el cruce con Lercara Freddi. La carretera estaba cortada; un agente le explicó a Montalbano que habían chocado dos camiones y que había que tomar un desvío.

De repente se encontraron recorriendo una especie de camino campestre, en medio de un mar de bocas de dragón sobre el cual, a intervalos regulares, se alzaban altísimos molinos de viento.

Livia se quedó fascinada.

—Desde luego, tenéis unos paisajes...

—¿Por qué lo dices? ¿En Liguria no?

Intercambio de cumplidos, lo que demostraba que entre ellos todo iba sobre ruedas. De lo contrario, ese mismo paisaje habría sido « de bandidos » .

• • •

Llegaron a Punta Raisi una hora antes de la salida, justo a tiempo para enterarse de que el avión despegaría con una hora de retraso.

Como había elegido saltarse la comida, Livia aprovechó para darse un atracón de *cannoli*.

Cuando el avión de Livia despegó, Montalbano telefoneó desde el mismo aeropuerto a la comisaría para avisar a Catarella de que esa tarde no iría; hizo otra llamada, ésta a Adelina, para decirle que tenía vía libre y podía presentarse en casa a la mañana siguiente. A continuación tomó el camino más largo para volver a Vigàta, el que pasaba por Fiacca.

Llegó hacia las ocho y media y se dirigió a un restaurante que preparaba langostas.

Se puso las botas.

A las once estaba de nuevo en Marinella. En cuanto entró, sonó el teléfono. Era Livia, agitatísima.

—Pero ¿dónde estabas? ¡He llamado ya cuatro veces! ¡Temía que hubieras tenido un accidente!

Tranquilizó a Livia, se dio una ducha y se sentó en la galería con cigarrillos y whisky. No tenía ganas de pensar en nada, sólo de contemplar el mar nocturno. Estuvo así una hora; luego entró, encendió el televisor y se sentó en la butaca.

Había sintonizado Televigàta, así que vio aparecer la cara de culo de gallina de Pippo Ragonese, el comentarista, el opinador de una sola opinión: estar siempre de parte de quien mandaba.

A Montalbano se la tenía jurada.

« Nos han llegado rumores de que en Vigàta opera, desde hace unos días, una banda de ladrones de viviendas muy especializada y bastante bien organizada. Al parecer, se han cometido algunos robos con una técnica singular, demasiado larga para explicarla a nuestra audiencia. Según todos los indicios, no se trata de una banda formada por extranjeros, como sucede en el norte de Italia, sino por sicilianos. Lo asombroso es el silencio de la policía sobre el asunto.

» Nos consta que la investigación la está llevando a cabo el comisario Montalbano. Sinceramente, no nos atrevemos a afirmar que esté en buenas manos, teniendo en cuenta los antece...»

Apagó el televisor mandando a Ragonese a freír espárragos.

Pero ¿cómo se había enterado del asunto de los robos? Nadie de la comisaría o la fiscalía había hablado, eso seguro. ¿El propio cerebro de la banda había informado al periodista, quizá mediante una carta anónima? Con lo presuntuoso que era, probablemente no soportaba el silencio que envolvía sus hazañas.

Se sentía un poco cansado; conducir lo fatigaba. Decidió irse a la cama.

Y tuvo un sueño.

Sin saber cómo ni por qué, se encontraba en el centro de una palestra vestido de arriba abajo como un paladín de la *opira dei pupi* —el teatro de marionetas típicamente siciliano—, a caballo y empuñando una lanza.

Montones de damas y caballeros asistían al evento, y todos estaban de pie, mirando hacia él y gritando:

—¡Viva Salvo! ¡Viva el defensor de la cristiandad!

Él no podía responder inclinándose porque se lo impedía la armadura, así que levantaba un brazo, que pesaba una tonelada, y agitaba la mano enguantada en hierro.

De pronto sonaban trompetas y entraba en la palestra un caballero con una armadura completamente negra, un gigante terrorífico con la cara tapada con la celada.

En ese momento se levantaba Carlomagno en persona y decía:

—¡Que dé comienzo el combate!

Él cargaba contra el caballero negro, el cual, por el contrario, permanecía inmóvil como una estatua.

Luego, no se sabe cómo, la lanza del caballero negro lo golpeaba en la espalda y lo derribaba.

Mientras él caía, el caballero negro levantaba la celada. No tenía cara; en su lugar había una especie de pelota de goma.

Y entonces Montalbano comprendía que aquél era el cerebro de la banda de ladrones y que al cabo de unos minutos lo mataría.

¡Madre de Dios! ¡Menudo papelón delante de todos!
Se despertó sudando y con el corazón desbocado.

El teléfono sonó a las ocho pasadas. Soltó una sarta de reniegos.

Su intención secreta era quedarse durmiendo hasta las nueve y que Adelina le llevara el café a la cama.

—¿Sí...?—dijo en tono malhumorado.

—¡Virgen santa, *dottori!* ¿Qué puedo hacer yo si ha habido otro *arrobo*? Si quiere, vuelvo a llamarlo dentro de media hora —gimoteó Catarella.

—Catarè, ahora ya no tiene remedio. Dime.

—Acaba de telefonear la señora Angelica Cosulichchio.

¡Qué Cosulichchio ni qué niño muerto! Angelica Cosulich. Número catorce de la lista.

—¿Dónde vive?

—En via Cavourro número quince.

Pero ¡si era la misma calle de los Peritore!

—¿Se lo has dicho a Fazio?

—Está desconectado.

—En ese caso, llama a la señora y dile que ahora voy.

• • •

El edificio donde vivía la señora Cosulich tenía forma de cucurucho de helado. Incluidos los trocitos de avellana tostada encima.

—¿Cosulich?—le preguntó al portero.

—¿Cuál?

Dios santo, no soportaría otro encontronazo con un portero. Le entraron ganas de dar media vuelta e irse, pero se sobrepuso.

—Cosulich.

—Ya lo he oído, no estoy sordo. Pero aquí hay dos Cosulich: Angelica y Tripolina.

Estuvo tentado de decir Tripolina para conocer a una mujer con semejante nombre.

—Angelica.

—Último piso.

El ascensor era superrápido; prácticamente le dio un puñetazo en la boca del estómago y lo mandó volando hasta el ático, o sea, a la altura de la nata que suele coronar el cucurucho de helado.

Había una sola puerta en el enorme rellano en forma de media luna, y a ésa

llamó el comisario.

—¿Quién es? —preguntó al cabo de un momento una voz de mujer joven desde el otro lado.

—El comisario Montalbano.

La puerta se abrió y el comisario sufrió estos tres fenómenos seguidos: primero, ligero enturbiamiento de la vista; segundo, sustancial aflojamiento de las piernas; y tercero, notable falta de respiración.

Porque la señora Cosulich no sólo era una treintañera de sorprendente belleza natural, agua y jabón, una rara avis que no utilizaba pintura facial como los salvajes, sino que...

Pero ¿era real o producto de su imaginación? ¿Era posible que pudiese ocurrir algo así?

La señora Cosulich era idéntica, clavada, a la Angelica del *Orlando furioso* tal como él la había imaginado y deseado ver viva, en carne y hueso, a los dieciséis años, admirando a escondidas las ilustraciones de Gustave Doré que su tía le había prohibido mirar.

Algo inconcebible, un auténtico milagro.

*En cuanto su mirada dio en la dama,
reconoció al instante, aun desde lejos,
el bello rostro y el semblante angélico
que en amorosa red lo tiene preso.*

¡Angelica! ¡Oh, Angelica!

El joven Montalbano se había enamorado perdidamente de ella a primera vista, y pasaba buena parte de las noches imaginando que hacían juntos cosas tan obscenas que jamás habría tenido el valor de confesárselas ni siquiera a su amigo más íntimo.

¡Ah, cuántas veces había pensado que era Medoro, el pastor del que Angelica se enamoraba, circunstancia que hizo enloquecer al pobre Orlando!

Se representaba, temblando de deseo, la escena de ella desnuda sobre la paja, dentro de una gruta, con el fuego encendido, mientras fuera llovía y a lo lejos se oía un coro de ovejas balando...

*Más de un mes estuvieron disfrutando
tranquilos del placer los dos amantes.
Nunca se hartaba la mujer, que sólo
tenía ojos para el jovencito,
y aunque siempre a su cuello se colgaba,
de su deseo nunca se saciaba.*

—Pase.

La ligera niebla que pesaba sobre sus ojos se disolvió, y sólo entonces vio Montalbano que la mujer llevaba una ajustada blusa blanca.

*... eran sus senos como la cuajada
leche que brota del partido junco...*

No, quizá los senos de aquellos versos no pertenecían a esta Angelica, pero aún así...

—Pase —repitió Angelica Cosulich, sonriendo ante el evidente pismo del comisario.

Su sonrisa era como una bombilla de cien vatios encendiéndose de pronto en la oscuridad.

Montalbano tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para pasar de los dieciséis años a los cincuenta y ocho de su triste edad presente.

—Perdone, estaba ensimismado.

Entró. Ya desde el recibidor se intuían los destrozos que los ladrones habían perpetrado en el piso. Un piso enorme, por cierto, con muebles modernísimos, similar al interior de una nave espacial. Y debía de tener una terraza interminable. Circular, por supuesto.

—En este momento —dijo Angelica—, la única estancia un poco habitable es la cocina. ¿Le importa que nos instalemos allí?

«Con usted me instalaría hasta en una cámara frigorífica», pensó Montalbano, y respondió:

—En absoluto.

Ella llevaba unos pantalones negros tan ajustados como la blusa, y verla andar desde atrás era una verdadera gracia de Dios. Algo tonificante y languidecedor a un tiempo.

—Siéntese —dijo, ofreciéndole una silla—. ¿Le apetece un café?

—Sí, gracias. Pero antes quisiera un vaso de agua.

—¿Se encuentra bien, comisario?

—Pe... perfectamente.

El agua lo ayudó a recuperarse.

La escena era idéntica a la sucedida en casa de los Peritore, con la única diferencia de que faltaba el hombre. Más aún, parecía no haber rastros de hombre en el piso.

Angelica sirvió dos tazas de café y se sentó frente al comisario. Lo tomaron en silencio.

A Montalbano le pareció de perlas; por él, podían seguir tomando café hasta la mañana siguiente. Mejor aún, hasta que en la comisaría lo dieran por desaparecido.

—Si quiere fumar —dijo después Angelica—, puede hacerlo. E incluso ofrecerme un cigarrillo.

Se levantó por un cenicero y volvió a sentarse. Después de la primera calada empezó a media voz:

—En pocas palabras, se trata de una copia exacta del robo del que fueron víctimas mis amigos los Peritore.

Su voz era una armonía celeste, encantaba como una flauta encanta a las serpientes. Pero era preciso empezar con el maldito trabajo, aunque a Montalbano no le apetecía lo más mínimo. Se aclaró la voz; tenía la garganta seca pese al agua que había bebido.

—¿Usted también durmió anoche en otra propiedad suya, fuera de la ciudad?

La joven tenía el pelo rubio y muy largo, hasta la mitad de la espalda. Antes de responder, se lo apartó de la cara.

Por primera vez, al comisario le pareció que se sentía un tanto cohibida.

—Sí, pero...

—¿Pero...?

—No se trata de una casa.

—¿Un piso?

—Ni eso.

A ver si resultaba que dormía en una tienda de campaña o una caravana...

—¿Qué es, entonces?

Ella dio una profunda calada y expulsó el humo. Luego miró al comisario a los ojos.

—Se trata de una habitación con una cama de matrimonio y un baño. Entrada independiente. ¿Comprende?

Un impacto en el corazón, preciso, directo. Un disparo hecho por un tirador de primera. Le dolió, pero

*cuando le dan la vuelta se amontona
precipitado líquido en el cuello
del angosto bocal...*

—Comprendo —respondió.

Un estudio. Para ser exactos, lo que vulgarmente se llama picadero. Era la primera mujer que conocía que tuviera uno.

Sintió una punzada de celos irracionales, como le sucede a Orlando cuando

*ve a Angelica y Medoro con cien nudos
y en cien diversos troncos enlazados.*

—Estoy prometida —explicó ella—, pero mi novio trabaja en el extranjero, viene a Italia una semana al año, y yo necesito de vez en cuando... Procure entenderlo... Pero no tengo una relación fija.

«¿Puedo ponerme en la lista de espera?», quiso preguntar Montalbano, pero dijo:

—Cuénteme cómo fue el robo.

—Bueno, anoche, después de cenar, alrededor de las nueve y media, cogí el coche y me dirigí hacia Montereale. Justo en la salida de la ciudad recogí a... al chico con el que había quedado, y fui a la villa donde tengo alquilada la habitación.

—Perdone, pero ¿de quién es la villa?

—De un primo mío que vive en Milán y sólo viene en verano a pasar quince días.

—Perdone que la interrumpa de nuevo.

—Es su trabajo —repuso Angelica sonriendo.

Con picadero o sin picadero, era algo para comerlo a pequeños bocados, como un fruto exquisito.

—¿Los ladrones desvalijaron la habitación?

—Así es.

—¿Y la villa?

—Yo también pensé en esa posibilidad. Fui a mirar, pues sé dónde están las llaves. Pero no, en la villa no entraron.

—Continúe.

—Bueno, no hay mucho más. Tomamos una copa, charlamos lo que pudimos y luego nos fuimos a la cama.

*... pero en cada lectura resultaba
más y más claro y él, con fría mano,
sentía el corazón más afligido.*

—Perdone, no quisiera...

—No, no; diga...

—Dice que charlaron lo que pudieron.

—Sí.

—¿Qué significa?

Ella sonrió con cierta picardía.

—Los hombres con los que voy no tienen que ser forzosamente cultos. Me interesan otras dotes. El de anoche en concreto era medio analfabeto.

Montalbano tragó saliva. Amarga. ¿Cómo decía otro poeta?

tendrá esta perla rara...

—Continúe.

—¿Qué más?... Me desperté con un fuerte dolor de cabeza. Él dormía profundamente. Quise ver la hora, pero no encontré el reloj de pulsera que había dejado en la mesilla de noche. Pensé que se habría caído. Pero al levantarme me di cuenta de que lo habían robado todo.

—¿Qué es todo?

—El reloj, el collar, la pulsera, el móvil, el ordenador, la cartera, el bolso y las llaves de este piso. Salí, y el coche también había desaparecido.

—¿Por qué había llevado consigo el ordenador?

—Pregunta pertinente. —Sonríó—. Para ver alguna peliculita preparatoria... ya sabe...

Quiere encubrir Orlando su calvario...

—Sí, claro. ¿Cómo se las arregló para volver a la ciudad?

—Mi primo tiene un utilitario en el garaje de la villa.

—¿Llevaba mucho dinero en la cartera?

—Tres mil euros.

—Continúe.

—Vine directamente a casa; sabía lo que iba a encontrarme.

—¿Se llevaron muchas cosas?

—Bastantes. Y de muchísimo valor, por desgracia.

—Tendrá que ir a la comisaría a presentar la denuncia.

—Pasaré a última hora de la mañana. Tengo que comprobar bien qué se llevaron. —Hizo una pausa—. ¿Me da otro cigarrillo?

Montalbano le tendió el paquete y le dio fuego.

—¿Y cómo es que usted no hace lo que se supone que debería hacer? —preguntó Angelica de pronto.

—¿Yo?! ¿Y qué se supone que debería hacer?

—No sé; sacar una lupa, tomar fotos, llamar a la policía científica...

—¿Por las huellas dactilares?

—Pues sí.

—Es impensable que unos ladrones tan hábiles como éstos no utilicen guantes. Sería una pérdida de tiempo. Por cierto, ¿cómo entraron en su pic... su habitación?

Estuvo a punto de escapársele « picadero ». Habría sido una metedura de pata colosal. Aunque, bien mirado, ¿por qué una metedura de pata? Angelica parecía una mujer que llamaba a las cosas por su nombre, que hablaba sin tapujos.

—Mi habitación está situada en la parte trasera de la villa, y se accede a ella

por una escalera exterior. Junto a la puerta hay una ventana con reja, prácticamente la única abertura por la que se ventila la estancia. La dejé abierta. Además de la cama, hay una mesa con dos sillas. Las llaves de la habitación las dejo siempre encima de la mesa. Debieron de lanzar el gas por la ventana y entornarla. Cuando el gas hizo efecto, abrieron de nuevo y, con una pértiga telescópica provista de un gancho, tiraron de la mesa hacia ellos. Luego no tuvieron más que alargar el brazo.

Los especialistas en pértigas telescópicas: una vez con imán, otra con gancho...

—Perdone, pero esa historia de la pértiga con gancho... en fin, ¿se la ha imaginado usted?

—No. He visto la pértiga; la dejaron allí.

Montalbano cerró un momento los ojos; ahora venía la parte más dolorosa para él. Tomó aire y se lanzó.

—Debo hacerle algunas preguntas personales.

—Hágalas.

—A esa habitación, ¿ha llevado a algún hombre más de una vez?

—Nunca. No me gustan los platos recalentados.

—¿Con qué frecuencia va?

—Una vez cada quince días seguro. Aunque hay excepciones, claro.

No soy yo, no lo soy, el que parezco...

—Claro —repuso Montalbano afectando indiferencia—. ¿Alguna vez ha tenido un incidente, no sé... una discusión, con alguno de ellos?

—Una vez.

—¿Cuándo?

—Hace cosa de un mes.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Quería más dinero.

—¿Cuánto habían acordado?

—Dos mil.

—¿Y cuánto quería?

—Cuatro mil.

—¿Se los dio?

—No.

—¿Cómo se las arregló?

—Lo amenacé.

—¿Con qué?

—Con dispararle.

Lo dijo como si disparar a alguien fuera lo más natural del mundo.

—¿Es una broma?

—En absoluto. Cuando voy a esos encuentros, me siento más segura si llevo una pistola. Tengo permiso de armas.

A diferencia de la Angelica de su juventud, ésta no huía ante el peligro. Montalbano se recobró como de un ligero desfallecimiento.

—¿Y anoche también la llevaba en el bolso?

—Sí.

—¿Se la robaron?

—Claro.

—Oiga, esto es un asunto grave. Cuando vaya a la comisaría, lleve todos los documentos relacionados con esa arma.

—De acuerdo.

—Disculpe, pero ¿usted trabaja?

—Sí.

—¿Y a qué se dedica?

—Desde hace seis meses, soy jefa de caja en el Banco Sículo-Americano.

« Me parece que voy a abrir una cuenta ahí », pensó Montalbano, y dijo:

—Explíqueme cómo busca a esos hombres.

—Pueden ser encuentros casuales, clientes del banco... La mayoría de las veces no hace falta ni hablar; nos entendemos al vuelo.

—Las llaves de este piso...

—Las han dejado en el recibidor.

—Una última pregunta y acabo. ¿De dónde es?

—¿El qué?

—Usted. ¿Dónde nació?

—En Trieste. Pero mi madre era de Vigàta.

—¿No vive?

—No. Y mi padre tampoco. Fue un terrible... accidente, aquí. Yo tenía cinco años. Cuando sucedió, no estaba; mis padres me habían mandado a Trieste, a casa de mis abuelos.

Sus ojos azul celeste se ensombrecieron; evidentemente, la muerte de sus padres era un tema penoso para ella.

Montalbano se levantó. Ella también.

—Tengo que pedirle un gran favor —dijo Angelica, con la cara tapada por el pelo.

—Dígame.

—¿Se podría omitir la primera parte?

—Perdone, no la entiendo.

Ella dio un paso adelante y apoyó las manos en las solapas de la americana del comisario. Estaba cerquísima, y él percibió el aroma de su piel. Le dio vértigo. Le pareció que sus manos quemaban; seguro que le dejarían las huellas

marcadas a fuego en la americana.

—¿Usted podría... no mencionar el asunto de la habitación y decir que el robo sólo se cometió aquí?

Montalbano sintió que podía derretirse como un helado al sol.

—Bueno... sería posible pero ilegal.

—Pero ¿usted podría hacerlo?

—Podría, pero... ¿quién nos garantiza que el hombre que ha pasado la noche con usted no irá por ahí contando la verdad?

—De eso tendría que ocuparse usted.

Angelica apartó las manos de las solapas, las estiró por encima de los hombros de Montalbano y las cruzó detrás de su nuca.

*Cuanta más paz y más sosiego busca,
encuentra más dolor y más tormento...*

—Si se llegara a saber la existencia de esa habitación, sería mi ruina, ¿comprende? Con usted he sido sincera, enseguida he notado que podía fiarme... Pero si el asunto trascendiera, sin duda tendría repercusiones en el banco, quizá me despedirían... ¡Por favor! ¡Le estaría muy agradecida!

Montalbano hizo una rápida maniobra de desenganche dando un paso atrás.

—Veré lo que puedo hacer. Hasta luego.

Salió casi huyendo.

Estaba sudando y se sentía aturdido, como si se hubiera bebido media botella de whisky.

• • •

Se lo contó todo a Fazio. Aunque no le dijo nada, naturalmente, de lo que había sentido por Angelica.

—Vayamos por partes, *dottore*. Empecemos por el robo en el picadero.

A saber por qué, aquella palabra pronunciada por Fazio lo molestó.

—¿Usía entiende por qué razón abandonan en el escenario del delito el instrumento especial que utilizan para entrar en las viviendas?

—¿Las pértigas telescópicas? He pensado mucho en ese detalle. Los ladrones no hacen nada que no tenga un significado. Para empezar, es una jugada a dos bandas que se repite siempre de la misma forma.

—No comprendo.

—Ahora me explico. El robo siempre se lleva a cabo en dos fases. Primero entran en un chalet, en una habitación, donde sea, mientras dentro duermen los propietarios. Y lo hacen porque necesitan apoderarse de las llaves de la otra

vivienda, la de Vigàta. Tiran a la banda A para que la bola vaya a golpear la banda B. ¿Lo ves claro ahora?

—Clarísimo.

—Por eso he comprendido que el robo en la casa de campo de Incardona era una maniobra de distracción. No se ajustaba al modelo.

—¿Y los instrumentos?

—Ahora llego ahí. Dejarlos en el escenario del delito tiene un doble significado. Debe de ser una idea del cerebro de la banda. Por una parte, significa que no volverán a ese lugar, y por otra, el cerebro nos dice que tiene ingenio para dar y vender. Que para coger las llaves de un piso puede idear cada vez una manera distinta. El mismo significado que dejar las llaves en el recibidor de los pisos desvalijados: ya no las necesita. ¿Te convence?

—Me convence. Y el asunto de que la señora Cosulich no quiera que digamos nada del picadero, ¿cómo lo ve?

—Estoy indeciso. Por un lado, quisiera hacerle ese favor; por otro, temo que el chico que estaba con ella...

—Eso tiene remedio. Cuando la señora Cosulich venga para presentar la denuncia, le pregunto el nombre del chico y hablo yo con él. Lo convenceré de que no suelte prenda.

—Pero el problema no es sólo el chico.

—¿Ah, no?

—No. Alguien más sabrá que hemos redactado un informe que no se corresponde con los hechos: el cerebro de la banda, llamémoslo señor X. Y él podría utilizar esa omisión ilegal contra nosotros en cualquier momento.

—Sí, es lo más probable. Pero usía señaló acertadamente que el señor X es un presuntuoso.

—¿Y qué?

—A lo mejor esa omisión le molesta y le hace dar un paso en falso. ¿Qué le parece?

Montalbano no respondió.

—*Dottore*, ¿me oye?

Montalbano tenía los ojos clavados en la pared de enfrente.

—¿Se encuentra bien, *dottore*?

Montalbano se puso en pie de un brinco y se dio una palmada en la frente.

—¡Seré idiota! Tienes razón. Redactaremos el informe como quiere la señora Cosulich. Pero tú tienes que hacer una cosa.

—Dígame.

—Coge la lista de los amigos de los Peritore y comprueba cuáles tienen una segunda residencia donde pasan los fines de semana o duermen de vez en cuando. Nos vemos dentro de una hora.

—Pero ¿usía adónde va?

—A ver a Zito.

Si iba a Montelusa, quizá perdiera una ocasión de ver a Angelica, pero, en fin, paciencia.

Aparcó frente a la sede de Retelibera y entró. La secretaria lo recibió con una amplia sonrisa.

—¡Qué agradable sorpresa! ¿Cuánto hace que no nos visita? Lo encuentro muy bien, *dottore*.

—Y tú estás cada día más guapa.

—El director está en su despacho. Pase, pase.

A Zito y el comisario los unía una antigua amistad.

La puerta del despacho estaba abierta y, al verlo, el periodista se levantó y fue a su encuentro para darle un abrazo.

—¿Cómo están tu mujer y tu hijo, Zito?

—Muy bien, gracias. ¿Necesitas algo?

—Así es.

—A tu disposición.

—¿Has oído a Ragonese informar de dos robos?

—Sí.

—Pues ha habido un tercero. Pero nadie sabe nada todavía.

—¿Me das la exclusiva?

—Sí.

—Gracias. ¿Qué debo decir?

—Que se ha cometido un robo en el domicilio de la señora Angelica Cosulich, residente en Vigàta, en via Cavour número quince. Hay que destacar que en el número trece de la misma calle se cometió uno de los robos anteriores, del que fueron víctimas los señores Peritore. También hay que señalar que, en el momento del robo, la señora Cosulich estaba durmiendo en su casa, pero que la dejaron inconsciente con un gas. Y eso es todo.

—¿Qué esperas conseguir?

—Una reacción.

—¿De quién?

—Sinceramente, no sabría decírtelo. Pero si recibes una llamada o una carta anónima relacionada con la noticia, avisame enseguida.

—La daré en el telediarario de la una. Y la repetiré en el de las ocho.

Montalbano volvió a la comisaría a setenta por hora, que para él era una velocidad de Fórmula 1.

—Mándame a Fazio —le dijo a Catarella.

—*Dottore*, he resuelto lo que quería con una ronda de llamadas —anunció Fazio—. Los de la lista con una casa fuera de la ciudad son dos matrimonios y un viudo: los señores Sciortino, los señores Pintacuda y el señor Maniace.

—¿Les has preguntado dónde están esas casas?

—Sí, señor. Tengo las direcciones.

—Perfecto. Ahora, esos señores deberían informarnos de cuándo tienen intención de...

—Ya está hecho —lo interrumpió Fazio—. Comprendiendo adonde quería ir a parar usía, me he permitido...

—Bien hecho. El próximo robo seguramente será en una de esas tres casas.

—El señor Sciortino me ha dicho que quizá lleguen hoy unos amigos de Roma, una pareja, y que en ese caso irían al chalet de la playa. Hemos quedado en que, si van, me avisará.

—¿Y la señora Cosulich ha venido?

—Todavía no.

—Por cierto, la señora Cannavò, la viuda cotilla, ¿te dijo algo de ella?

—¡Cómo no! ¡Le hizo un monumento! ¡Una estatua para poner encima del altar! Me dijo que es absolutamente fiel a su novio, aunque sólo viene a verla una vez al año, que un montón de hombres revolotean a su alrededor como moscones, pero ella nada, firme como una roca.

Montalbano sonrió.

—Parece que ha sabido mantener en secreto lo del picadero y por eso no quiere que salga a la luz.

Miró el reloj: era casi la una. En ese momento sonó el teléfono. Era Angelica.

—Ahora voy, perdone el retraso.

—Cuando llegue, pregunte por el inspector Fazio. La atenderá él.

—Ah. —Tono ligeramente desilusionado. ¿O se equivocaba?—. ¿Y a usted no lo veré? Había pensado que si no tiene ningún compromiso podríamos comer juntos.

*Hirió más grande y más profunda herida
su corazón con invisible flecha...*

—Cuando haya terminado con Fazio, pase por mi despacho —respondió Montalbano en un tono entre burocrático e indiferente.

En realidad, si no fuera porque Fazio estaba allí, se habría puesto a dar saltos de alegría.

¿Cómo podía pasar el rato mientras esperaba a que Angelica tramitara la denuncia con Fazio?

La pregunta le recordó un episodio de cuando era subcomisario. Y consiguió calmar un poco los nervios, que le producían una especie de temblor interno.

Una noche se había apostado con dos hombres en una calleja de un pueblo que no conocía, formado por una treintena de casas y perdido entre las montañas. Esperaban capturar a un prófugo.

Se hizo de día, salió el sol. Ya no tenían nada que hacer allí; la operación había fracasado. Entonces fue con sus hombres a tomar un café y vio a lo lejos, en la calle principal, una tienda con periódicos en el exterior.

Se acercó, pero cuando estuvo delante de aquella especie de quiosco de prensa descubrió que los periódicos expuestos eran antiguos, de 1940. Había hasta un ejemplar de *Il Popolo d'Italia*, el diario fascista por excelencia, que reproducía en primera plana el discurso de Mussolini declarando la guerra.

Estupefacto e intrigado, entró en el pequeño local. En los polvorientos estantes de madera había pastillas de jabón, tubos de dentífrico, cuchillas de afeitar, cajas de brillantina, pero todo de la misma época que los periódicos. Detrás del mostrador había un septuagenario flaco, con una barba caprina y gafas de cristales gruesos.

—Quisiera un tubo de dentífrico —dijo Montalbano. El anciano le tendió uno.

—Debe probarlo antes de llevárselo —le aconsejó—. Es posible que ya no esté en buen estado.

Montalbano desenroscó el tapón, apretó el tubo, y en vez de pasta de dientes salió una especie de polvo rosa.

—Lo siento, se ha secado —se lamentó el hombre.

Pero Montalbano advirtió en sus ojos un destello de picardía.

—Probemos otro —propuso, deseoso de llegar hasta el fondo de aquel intrigante asunto.

Del segundo tubo también salió polvo rosa.

—Perdone, pero ¿le importaría explicarme qué saca de un negocio como éste? —le preguntó entonces.

—¿Que qué saco? Paso el tiempo con forasteros como usted.

Pasar el tiempo significa sobrevivir.

Como aquella vez que entabló una competición de resistencia al sol con una lagartija...

Llamaron a la puerta.

—Adelante.

Eran Fazio y Angelica.

—Hemos tardado un poco porque la señorita es muy meticulosa y ha traído una lista muy detallada de los objetos robados —dijo Fazio.

—Entonces, ¿podemos irnos? —le preguntó Montalbano a Angelica.

—Corriendo —respondió ella con una sonrisa.

—¿Tiene coche?

—¿Ya no se acuerda de que me lo han robado?

Verla andando a su lado le hacía perder la cabeza.

—Entonces vamos con el mío.

—¿Adónde me lleva?

—A donde suelo ir, la *trattoria* de Enzo. ¿Ha estado alguna vez?

—No. Nosotros tenemos un acuerdo con un pequeño restaurante detrás del banco. No es nada del otro mundo. ¿En la *trattoria* de Enzo se come bien?

—De maravilla. De lo contrario, no iría.

—A mí también me gusta comer bien. No cosas complicadas; platos sencillos pero buenos.

Un punto a su favor. En realidad, el milésimo primero, considerando los mil puntos que ya se había ganado con su sola presencia aquella mujer.

A Enzo lo impresionó la belleza de Angelica y no lo ocultó. Se quedó unos instantes extasiado, mirándola con la boca abierta, y luego, como la servilleta tenía una imperceptible manchita, se empeñó en cambiársela.

—¿Qué van a tomar?

—Yo tomaré todo lo que el señor tome —dijo ella.

*... le royó el corazón secreta lima,
le royó el corazón, que quedó luego
todo inflamado de amoroso fuego.*

Montalbano empezó la letanía:

- ¿Un *antipasto* de marisco?
—¡Bien!
—¿Espaguetis con erizos de mar?
—¡Perfecto!
—¿Salmonetes de roca fritos?
—¡Fantástico!
—¿Vino de la casa?
—De acuerdo.

Enzo se alejó feliz.

Ahora venía una cosa difícil de decir.

—Me considerará un maleducado, y con razón, pero debo advertírselo: detesto hablar mientras como. Aunque, tratándose de usted, puedo escucharla con mucho gusto, eso sí.

Angelica se echó a reír. Una risa hecha de perlas que caían al suelo y rebotaban, volvían a caer y rebotaban de nuevo.

Un viejo cliente sentado a una mesa se volvió hacia Angelica y la obsequió con una inclinación de cabeza.

—¿Por qué se ríe?

—Porque a mí tampoco me gusta hablar mientras como. ¡Si supiera el tormento que es compartir la mesa con los compañeros, que encima sólo hablan de trabajo!

No volvieron a cruzar una palabra; sí miradas, sonrisitas y expresiones inarticuladas de satisfacción, y muy profusas. Fue mucho mejor que una larga charla.

Se lo tomaron con calma, y al salir de la *trattoria* se sentían bastante pesados.

- ¿La acompaño a casa?
—¿Usted regresa a la comisaría?
—Sí, pero antes...
—¿Qué hace?

—Bueno... —¿Se lo decía o no? Pero ¿podía ocultarle algo a Angelica?—. Voy en coche al puerto, y allí doy un paseo por el muelle hasta el faro, me siento en una roca, fumo un cigarrillo y vuelvo.

—¿En esa roca hay sitio para dos?

Había, pero poco, así que forzosamente sus cuerpos no hicieron más que tocarse. Soplabla una brisa ligera.

*Es el Amor que el corazón me abrasa
y provoca este viento con sus alas.*

Fumaron el cigarrillo sin pronunciar palabra.

—Respecto a ese favor que le he pedido... —empezó al cabo ella.

—¿Fazio no le ha dicho nada?

—No.

—Hemos decidido acceder a su petición.

«En respuesta a su demanda», debería haber dicho antes, si quería interpretar el papel de burócrata perfecto.

Las palabras de ambos estaban como en la cuerda floja; bastaba una de más o de menos para que la situación diera un vuelco.

—Gracias.

—¿Volvemos? —propuso Montalbano.

—Sí.

¡Qué natural y sencillo fue el gesto de Angelica cogiéndolo de la mano!

Llegaron al coche.

—¿La llevo al banco?

—No. He pedido un día de permiso. Quiero ponerlo todo en orden; va a venir la asistente a ayudarme.

—Entonces, la llevo a casa.

—Prefiero ir a pie. Además, no está muy lejos. Gracias por su compañía.

—Gracias a usted.

Más adelante, Montalbano no lograría recordar cómo había pasado aquella tarde en la comisaría.

Sin duda, Fazio fue a hablarle de algo, pero no se enteró absolutamente de nada. Su cuerpo estaba sentado detrás de la mesa, eso podían verlo todos, pero lo que no veían era que su cabeza, como el globo de un niño, se había desprendido del cuello y estaba pegada al techo. Decía que sí y que no, viniera o no viniera a cuento.

Fazio entró otra vez, lo vio con la mirada perdida y prefirió volver por donde había llegado.

Montalbano se notaba unas décimas de fiebre.

¿Por qué Angelica no buscaba una excusa cualquiera y lo llamaba? Necesitaba oír su voz.

*Injustísimo Amor, ¿por qué el deseo
casi nunca se ve correspondido?*

Por fin se hicieron las ocho. Había llegado la hora de volver a Marinella.

Salió del despacho, y al pasar por delante de Catarella le preguntó:

—¿Ha habido llamadas para mí?

—No, *signor dottori*, para usía ninguna.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—Entonces, buenas no...

—Pero acaba de llamar ahora mismo un genérico —lo interrumpió Catarella.

—¿Alguien que se apellida Genérico?

—No, *signor dottori*, genérico en el sentido de que se trataba de una cosa genéricamente genérica.

¿Qué galimatías era ése?

—¿Puedes explicarte mejor?

—Ese señor no preguntaba por nadie en particular.

—Pero ¿qué ha dicho?

—Una cosa inútil con la que esta comisaría no sabría qué hacer.

—Tú dímela igualmente.

—*Dottori*, poca cosa he entendido. Ha dicho que, dado que su amigo había llegado, se marchaba. ¿Qué debía decir yo en respuesta? Le he deseado buen viaje.

Una idea tomó forma inmediatamente en la cabeza de Montalbano.

—¿Te ha dicho cómo se llamaba?

—Sí, *signor dottori*, y lo he apuntado. —Cogió un papel—: Ha dicho que se llamaba Estornino.

¡Sciortino! Que, tal como habían acordado, los avisaba de que se iba a la casa de la playa.

—Llama a Fazio y dile que venga ahora mismo.

Volvió a su despacho y un minuto después llegó Fazio.

—¿Qué pasa, *dottore*?

—Que los Sciortino se han ido a la playa con sus amigos de Roma. Me he enterado por pura casualidad. Ya me iba y Catarella no había soltado prenda. Pero la culpa es nuestra, nos hemos olvidado de avisarlo.

—¡Vaya por Dios! ¡Y yo que le he dado permiso a Gallo!

—Mandemos a otro.

—*Dottore*, no tenemos personal. Con todos los recortes que ha hecho el gobierno...

—¡Y todavía tienen el valor de llamarla ley para garantizar la seguridad de los ciudadanos! Nos hemos quedado sin coches, sin gasolina, sin armas, sin hombres... Se ve que están decididos a favorecer la delincuencia. Ya basta. ¿Qué podemos hacer?

—Si quiere, voy yo —propuso Fazio.

Sólo había una solución. Montalbano sopesó los pros y los contras y llegó a

una conclusión.

—Oye, ya lo tengo. Yo me marcho a Marinella, ceno y a las once voy a montar guardia. Tú vienes a relevarme a las tres. Dame la dirección del chalet.

Mientras se dirigía a Marinella, pensó que quizá era mejor echar un vistazo al chalet de los Sciortino mientras aún había claridad; quedaba a unos diez kilómetros de su casa, pasada Punta Bianca.

Fue una buena idea.

Justo detrás del chalet, que estaba casi a orillas del mar, había una pequeña colina con algunos árboles. Se llegaba por la carretera provincial. Aparcando el coche justo en el arcén podía tenerlo todo bajo control cómodamente sentado.

Tomó la carretera para regresar. Oyó el teléfono mientras estaba abriendo la puerta, como solía suceder. Llegó a tiempo para responder. Era Livia.

No quiso reconocer ante sí mismo que sintió cierta decepción. Livia le dijo que lo llamaba a esa hora porque tenía una reunión con los sindicatos y volvería tarde.

—¿Y desde cuándo tienes tú relaciones con los sindicatos?

—Mis compañeros me han elegido como representante. Por desgracia, hay despidos a la vista.

Él le deseó buena suerte.

Abrió el frigorífico. No había nada. Abrió el horno y se le iluminaron los ojos. Adelina le había preparado una bandeja de berenjenas a la parmesana para cuatro personas que olía de maravilla. Puso la mesa en la galería, empezó a comer y se sintió reconfortado.

Después de cenar, como todavía le quedaba una hora, se dio una ducha y se puso un traje viejo pero cómodo.

Sonó el teléfono.

Era Angelica.

Su corazón empezó a petardear como un viejo tren cuesta arriba.

—¿Por qué jadea?

—He hecho un poco de *footing*.

—He llamado a la comisaría y han tenido la amabilidad de darme su número privado.

Pausa.

—Sólo quería desearle buenas noches.

La primavera llegó de golpe: brotaron margaritas entre las baldosas del suelo; dos golondrinas se posaron sobre la librería y trinaron, suponiendo que las golondrinas trinen.

—Gracias. Pero, por desgracia, para mí no será una buena noche. —¿Por qué le decía eso? ¿Quería inspirarle compasión o mostrarse ante ella como un guerrero como Orlando?

—¿Por qué?

—Tengo que vigilar el chalet de los Sciortino.

—Sé dónde está. ¿Cree que esta noche los ladrones...?

—Es una posibilidad.

—¿Irá solo?

—Sí.

—¿Y dónde se esconderá?

—¿Conoce esa pequeña colina que está...?

—Sí, ya. —Una pausa—. Bueno, que tenga suerte y buenas noches de todos modos.

—Le deseo lo mismo.

¡Al final había llamado! Mejor eso que nada. Se dirigió al coche canturreando:

—Siempre balanceándonos, siempre balanceándonos, soooy feliz...

Cuando llevaba diez minutos en el coche, comprendió que no había sido una buena idea.

Los Sciortino y sus amigos habían hecho una barbacoa a orillas del mar, y ahora estaban fumando y bebiendo. Así que él no tenía nada que vigilar. Lo único

que podía hacer era dedicarse a pensar.

Y ése fue el gran error. Porque no pensó ni por asomo en la investigación, los ladrones y el señor X.

Pensó en Angelica, y...

*Tan abstraído está en su pensamiento
que parece de ruda piedra hecho.*

Inmóvil, empezó a notar que en su interior crecía, súbito y violento, un inmenso sentimiento de vergüenza. Aunque estaba solo, percibió que se ponía colorado como un tomate.

Pero ¿qué hacía? ¿Había perdido el juicio?

¡Comportarse con Angelica como un enamorado de dieciséis años! Una cosa era suspirar de amor a los dieciséis años ante el dibujo de una mujer, y otra ponerse a hacer el idiota con una de carne y hueso. Había confundido el sueño de un adolescente con la realidad de un hombre de casi sesenta años.

¡Ridículo! ¡Estaba comportándose de una forma ridícula! ¡Enamorarse así de una mujer que podía ser su hija! ¿Qué esperaba obtener?

Angelica había sido una fantasía de juventud, ¿y ahora trataba de recuperar la juventud perdida hacía décadas a través de ella? ¡No era más que un capricho de viejo chocho! Debía poner fin a aquello enseguida, inmediatamente. No era un comportamiento digno de un hombre como él.

Y posiblemente Fazio lo había advertido y estaba tronchándose de risa.

¡Qué espectáculo tan indigno y miserable estaba ofreciendo!

*Más de una hora estuvo pensativo
y cabizbajo el paladín doliente...*

¡No! ¡Y sobre todo, nada de seguir con esa estupidez del *Orlando furioso*!

Aunque las ventanillas estaban bajadas, dentro del coche le faltaba aire. Bajó y dio unos pasos. Hasta sus oídos llegaban las risas de los cuatro amigos en la orilla. Encendió un cigarrillo y reparó en que le temblaban las manos. Desde abajo no podían verlo.

Siguiendo con el hilo de su pensamiento, lo primero que debía hacer al llegar a Marinella era desconectar el teléfono, por si acaso a Angelica se le ocurría llamarlo de noche. Y al día siguiente por la mañana, en cuanto llegara a la comisaría, daría orden a Catarella de...

De pronto observó que un coche abandonaba la carretera provincial, apagaba los faros y se dirigía a oscuras y muy despacio hacia donde se encontraba él. El corazón le dio un vuelco.

Eran los ladrones, seguro. Ellos también habían elegido la colina como punto de observación.

Tiró el cigarrillo, corrió hasta su coche doblado por la cintura, sacó el arma de la guantera y se puso en cuclillas a un lado del vehículo.

El otro coche avanzaba al ralenti, sin luces.

Trazó un plan de acción.

Detenerlos no serviría de nada; es más, sería un error garrafal. Había que esperar a que intentasen entrar en el chalet, y entonces llamaría con el móvil a los Sciortino para avisarlos. Ellos se pondrían a dar voces, a pedir ayuda, y los ladrones, espantados, se batirían en retirada. Entretanto, él haría lo necesario para que los cacos se encontraran con que su coche no arrancaba. Después improvisaría.

El automóvil se detuvo a poca distancia. La puerta se abrió.

Bajó Angelica.

*De dulce y amoroso afecto henchido,
hacia su amada y diosa fue corriendo,
que estrechamente se abrazó a su pecho...*

Bastante más tarde, cuando los Sciortino y sus amigos se habían ido a dormir, todas las luces del chalet estaban apagadas y la luna llena iluminaba la noche, él le preguntó:

—¿Por qué has venido?

—Por tres razones. Porque no tenía sueño, porque tenía ganas de volver a verte y porque he pensado que una pareja dándose el lote en un coche no despertaría sospechas en los ladrones.

—Por cierto, ¿de quién es el coche en que has venido?

—Lo he alquilado esta tarde. Me es indispensable.

—En el coche no me gusta. Tenemos tiempo.

—A mí tampoco me gusta.

Más tarde todavía, eran ya las dos y media, Montalbano le dijo que Fazio no tardaría en ir a relevarlo.

—¿Quieres que me vaya?

—Sería mejor.

—¿Comemos juntos mañana?

—Llámame a la comisaría. Si estoy libre...

Se abrazaron estrechamente.

Y se dieron un beso tan largo que emergieron de él jadeando como dos

submarinistas tras una prolongada inmersión.

Luego ella se fue.

Diez minutos después llegó Fazio. Montalbano lo esperaba fuera del coche.

No quería que el inspector se acercara a él; estaba demasiado impregnado del olor de Angelica.

—¿Alguna novedad? —preguntó Fazio.

¡Algo más que una novedad! Se había producido un milagro inesperado, divino. Pero no tenía nada que ver con la investigación.

—Ninguna. Todo tranquilo.

Sin ningún motivo, Fazio le iluminó la cara con la potente linterna de la policía.

—*Dottore*, ¿qué le ha pasado en los labios?

—¿Por qué?

—Los tiene rojos e hinchados.

—Debe de haberme picado algún mosquito.

Angelica y él no habían hecho otra cosa, durante casi cuatro horas, que besarse sin parar.

—Buenas noches, *dottore*.

—Buenas noches. Ah, si necesitas algo, llama, por favor. No tengas ningún reparo.

—De acuerdo.

• • •

Sabía que era inútil irse a dormir. No haría otra cosa que dar vueltas en la cama sin conseguir pegar ojo, pensando obsesivamente en Angelica. Así que se sentó en la galería, con el paquete de tabaco y la botella de whisky al alcance de la mano.

Y así vio llegar el amanecer.

Entonces apareció el pescador de siempre, que lo saludó levantando un brazo y empezó a empujar la barca hacia el agua.

—¿Le apetece dar un paseo?

—¿Por qué no? Enseguida vuelvo.

Entró en casa para ponerse el bañador, bajó a la playa y subió a la barca.

Cuando se hubieron alejado de la costa, se zambulló y estuvo casi media hora nadando, hasta sentirse agotado.

El agua estaba helada, pero era lo que necesitaba para enfriar la sangre, que aquella noche había alcanzado temperatura de ebullición.

Se presentó en la comisaría de punta en blanco antes de que dieran las nueve.

—¡Virgen santa, *dottori!* ¡Qué buen aspecto tiene esta mañana! ¡Parece que tenga diez años menos! —exclamó Catarella al verlo.

—Ya puestos, si hubieras dicho treinta menos, habría estado mejor —replicó—. ¿Ha llegado Fazio?

—Hace un momento.

—Mándamelo.

—Todo tranquilo —dijo Fazio, entrando en el despacho del comisario—. Bajé a las cinco y media. Demasiado tarde para los ladrones.

—Convendría que llamaras a los Sciortino para saber hasta cuándo van a quedarse en Punta Bianca.

—Ya está hecho.

Cuando Fazio decía «ya está hecho», y sucedía a menudo, Montalbano se ponía de los nervios.

—Estarán hasta pasado mañana —añadió el inspector.

—Pues eso significa que hay que organizar los turnos para esta noche y mañana por la noche.

—Ya está hecho.

Debajo de la mesa, uno de los talones de Montalbano empezó a golpetear el suelo por iniciativa propia.

—¿Yo hago falta? —preguntó.

—No, *dottore*. Usía está dispensado por el momento. A no ser que le parezca un plan apetecible...

¿Qué significaba esa frase? ¿Era una indirecta? ¿Fazio sospechaba algo? Fazio era un policía más que temible del que había que huir como de la peste en aquella situación.

—¿Cómo quieres que me resulte apetecible pasarme un montón de horas vigilando dentro de un coche? —repuso en tono deliberadamente cortante.

Fazio no replicó.

—¡Y con todos esos mosquitos que no te dejan en paz! —añadió.

—A mí no me han picado.

Esa vez el que no replicó fue Montalbano. Pero esperó que Angelica no lo llamara mientras el inspector estaba en su despacho.

De pronto se le ocurrió una idea.

En el móvil tenía el número del chalet de los Sciortino, pero se lo había dejado en Marinella. Se lo pidió a Fazio.

—¿Sí...? —contestó una voz femenina.

—Buenos días. Soy el comisario Montalbano. Quisiera hablar con el señor Sciortino.

—Soy su mujer. Se lo paso enseguida.

—Buenos días. Dígame, comisario.

—Señor Sciortino, siento molestarlo, pero necesito una información.

—A su disposición.

—¿Les ha comentado a sus amigos de Vigàta que iría a pasar tres días a su chalet de la playa?

—Perdone, ¿por qué me pregunta eso?

—No puedo responderle; créame.

—Tengo plena confianza en mis amigos.

—Hace muy bien.

—Por lo demás, me parece que anoche no sucedió nada, ¿no?

—Absolutamente nada. Pero, aun así, le ruego que me conteste.

—Creo que no se lo comenté a ninguno.

—Piénselo bien.

—Estoy seguro, a ninguno.

—¿Y su mujer?

—Espere un instante.

Tardó realmente un instante.

—Antonietta dice que ella tampoco.

—Ha sido usted muy amable. Gracias.

En cuanto colgó, Fazio dijo:

—Este camino no lleva a ninguna parte, *dottori*.

—Expícate.

—He entendido adonde quiere ir a parar. Pero, aunque los ladrones no aparezcan las dos próximas noches, eso no significa que el señor X sea uno de los dieciocho amigos de los Peritore. Es posible que el señor X no forme parte de ese grupo de amigos, o que forme parte de él pero no tenga ningún interés en robar en casa de los Sciortino.

—El razonamiento es correcto —admitió Montalbano.

Si estuviera en condiciones normales, jamás se le habría ocurrido una idiotez semejante. Pero ¿podía considerarse en condiciones normales un casi sesentón perdidamente enamorado de una joven treintañera?

Más para recobrar la dignidad ante Fazio que por verdadera necesidad, llamó a Retelibera.

—¿Está Zito? Soy Montalbano.

—Un momento.

En la línea sonó un pasaje de *El anillo del nibelungo*, que no era precisamente lo más adecuado como entretenimiento telefónico.

—Hola, Salvo.

—Hola. Oye, después de dar la noticia del robo, ¿ha habido alguna reacción?

—Ninguna. De lo contrario, te habría llamado.

—De acuerdo. Adiós.

Otro tiro errado, por utilizar una frase hecha. Fazio y el comisario se miraron desconsolados.

—Me voy a mi despacho —dijo Fazio, levantándose.

Inmediatamente después de que saliera el inspector, sonó el teléfono.

—*Dottori*, es la señora Cosulichchio.

—¿Está aquí?

—No, *signor dottori*, en la línea.

—Pásamela.

Sincronización perfecta.

—Hola.

—Hola.

—¿Has dormido bien? —preguntó ella.

—No me he acostado.

—¿Ha habido complicaciones?

—No. Pero como estaba seguro de que no conseguiría dormir, he esperado a que amaneciera.

—Yo, en cambio, caí en la cama como una piedra. Te llamo desde la oficina, tengo poco tiempo. No puedo ir a comer.

El alma se le cayó a los pies, y a buen seguro se hizo algunas heridas.

—¿Por qué?

—Tengo que quedarme en el banco media hora más después del cierre. Estaríamos juntos muy poco rato.

—Siempre será mejor que nada.

—Yo no lo veo igual. Aquí termino a las seis. Paso por casa, me cambio y voy a la tuya, si estás libre y quieres. Vamos a cenar en vez de a comer.

—De acuerdo.

—Explicame bien cómo se va a tu casa.

Las heridas del alma producidas por la anterior caída cicatrizaron perfectamente.

Fue a comer a la *trattoria* de Enzo.

—¿Y la preciosa joven de ayer? —Parecía decepcionado.

—Enzo, es una conocida ocasional.

—Esas ocasiones quisiera tenerlas y o también.

—¿Qué me traes? —cortó Montalbano.

—Lo que quiera.

El indefectible *antipasto*. Arroz a la marinera. Dos lenguados enormes que se salían del plato.

Estaba levantándose para marcharse cuando Enzo lo llamó:

—¡Al teléfono, *dottori*!

¿Quién se permitía tocarle las pelotas incluso en el restaurante? Había dado órdenes taxativas al respecto.

—¡Pido comprensión y perdón, *dottori*, pero acaba de telefonar el *signor* jefe *supirior* tan furioso que parecía un chacal de la selva ecuatorial! ¡Ave María Purísima, cómo estaba! ¡Se me ha erizado el vello de los brazos!

—¿Qué quería?

—No me lo ha dicho. Pero dentro de media hora volverá a llamar, y dice que quiere encontrarlo en la comisaría de manera imperativamente imperativa.

—Voy para allá.

Adiós muy buenas al paseo por el muelle. ¿Y ahora cómo digería todo lo que se había zampado?

Lo mejor sería tomar otro tipo de medida.

—Enzo, dame un digestivo.

—Tengo un limoncello que hace mi mujer que es mejor que un desatascador. Y la verdad es que cierto efecto hizo.

Llevaba unos diez minutos sentado en su despacho cuando sonó el teléfono.

—¡El mismísimo, *dottori*! —exclamó Catarella, alterado.

—Pásamelo.

—¡Montalbano!

—Aquí estoy, señor jefe superior.

—¡Montalbano!

—Sigo aquí.

—¡Y ésa es mi maldición! ¡Que usted siempre sigue aquí, en vez de irse al infierno! ¡De desaparecer! Pero ¡esta vez va a pagar por todas, vaya que sí!

—No comprendo.

—Comprenderá. Lo espero a las seis.

¡Y un cuerno! ¡Ni a las seis ni después, así bajara el mismísimo Dios del cielo! Había que inventarse una excusa.

—¿A las seis ha dicho?

—Sí. ¿Se ha quedado sordo?

—Pero ¡es que a las seis llega el *Pinkerton*!

—¿Y eso qué es?

—Un barco, señor jefe superior.

—¿Un barco? ¿Y qué tiene usted que ver con eso?

—Me han avisado de la Capitanía del puerto. Parece que a bordo hay contrabando.

—¿Y eso no es competencia de la Policía Fiscal?

—Sí, señor. Pero están todos enfermos. Hay una pequeña epidemia de colitis. Por lo visto, la conducción del agua potable estaba contaminada. —¿Qué más podía inventarse?

—Pues mande al subcomisario.

—Ha sido puesto en libertad, señor jefe superior.

—¿Puesto en libertad? Pero ¿qué coño dice?

—Perdone, me he confundido. Quiero decir que se ha tomado unos días libres. —¡Maldito Catarella!

—Entonces lo espero a las cinco en punto. —Y colgó sin despedirse.

¿Qué habría ocurrido?

Sonó el teléfono. Era Zito.

—¿Has oído a Ragonese en el noticiario de la una?

—No. ¿Qué ha dicho?

—Ven y te paso la grabación. Es mejor.

Veinte minutos después entraba a toda prisa en los estudios de Retelibera.

—Ven, está todo preparado.

Entraron en una sala vacía y Zito puso en marcha el reproductor.

La boca de la cara de culo de gallina de Ragonese empezó a hablar.

«Hemos tenido conocimiento de un hecho de una gravedad inaudita. Naturalmente, haremos que llegue a manos del jefe superior de policía, el señor Bonetti-Alderighi, la carta que nos ha puesto al corriente del episodio. Ya informamos a nuestros telespectadores de que sobre nuestra ciudad se ha abatido una oleada de robos sin que el comisario Salvo Montalbano, a quien por desgracia compete la investigación, haya conseguido ponerle freno. Los ladrones tienen un modus operandi repetitivo.

» Entran en una casa de veraneo mientras los propietarios están dentro durmiendo, se apoderan de las llaves de su piso en la ciudad y van a desvalijarlo tranquilamente. Lo mismo ha sucedido en el nuevo robo de que ha sido víctima la

señorita Angelica Cosulich, pero, en su informe, el comisario Montalbano ha alterado los hechos diciendo que el robo se cometió exclusivamente en la vivienda urbana de la señorita Cosulich. Sin embargo, en esta ocasión el procedimiento fue también el mismo: los ladrones habían entrado previamente en la villa de un primo de la señorita Cosulich mientras ella dormía allí y habían cogido las llaves de su piso. Esto plantea dos interrogantes. ¿La señorita Cosulich no le contó al comisario Montalbano cómo habían sucedido realmente las cosas? Y en caso afirmativo, ¿con qué finalidad? ¿O bien es el comisario Montalbano el que ha redactado un informe parcial de los hechos? Y en caso afirmativo, ¿por qué? Mantendremos informados a nuestros telespectadores del desarrollo de un asunto que consideramos de enorme gravedad.»

—¿No querías una reacción? ¡Pues aquí la tienes! —dijo Zito.

• • •

Ahora entendía por qué estaba tan furioso el señor jefe superior.

Eran las cuatro y media, de modo que se dirigió sin prisa hacia la Jefatura.

El ordenanza lo hizo pasar al despacho de Bonetti-Alderighi a las cinco y veinte. Montalbano estaba tranquilo; había tenido tiempo de preparar una defensa que exigía una interpretación al estilo de la antigua escuela dramática italiana, tipo Gustavo Salvini o Ermete Zacconi.

El jefe superior no levantó los ojos del papel que estaba leyendo, no lo saludó y tampoco le dijo que se sentara.

Aviso a navegantes: inminente borrasca de fuerte intensidad.

Luego, sin pronunciar palabra, alargó un brazo y le tendió a Montalbano el papel.

Era una carta anónima, escrita con letras de molde:

NO ES VERDAD QUE LOS LADRONES HAYAN ENTRADO SÓLO EN EL PISO DONDE VIVE ANGELICA COSULICH. LAS LLAVES LAS COGIERON DE LA VILLA DE UN PRIMO SUYO ADONDE ELLA HABÍA IDO A PASAR UN DÍA DE ASUETO. ¿POR QUÉ EL COMISARIO MONTALBANO HA OMITIDO ESTE HECHO EN SU INFORME?

Montalbano arrojó el papel a la mesa con gesto indignado.

—¡Exijo una explicación! —exclamó Bonetti-Alderighi.

El comisario se llevó una mano a la frente como si le doliera y replicó con voz impostada:

—¡Ay de mí! ¿Qué he hecho yo para merecer tan grave ofensa? —Apartó la

mano de la frente, abrió exageradamente los ojos y señaló al jefe superior con dedo trémulo—. ¡Me siento herido por tan inicua injuria!

—¡Basta, Montalbano, nadie está injuriándolo! —repuso Bonetti-Alderighi, un tanto desconcertado.

—¡Usted ha prestado oídos a un vil anónimo! ¡Usted, sí, usted, que debería proteger a sus fieles servidores, los abandona a merced de una burda patraña!

—Pero ¿por qué habla así? ¡Cálmese de una vez!

Montalbano, más que sentarse, se desplomó sobre una silla.

—¡Mi informe es honrado y veraz! ¡Y ningún mortal debe ni puede ponerlo en duda!

—Pero ¿por qué habla así? —repitió el jefe superior, impresionado.

—¿Puedo beber un poco de agua?

—Sí, cójala.

Montalbano se levantó, dio dos pasos tambaleándose como un borracho, abrió el minibar, se sirvió un vaso de agua y volvió a sentarse.

—Ya estoy mejor. Perdone, señor jefe superior, pero cuando soy acusado injustamente, pierdo durante algún tiempo el control del lenguaje. Es el síndrome de Scott Turow, ¿lo conoce?

—Vagamente —contestó Bonetti-Alderighi, que no quería pasar por un ignorante total—. Dígame, ¿qué ocurrió en realidad?

—Señor jefe superior, esa carta no dice más que falsedades. Es verdad que la señorita Cosulich estaba durmiendo en la villa de su primo...

—¿Entonces...?

—Déjeme terminar, por favor. Los ladrones no entraron en la villa, no la desvalijaron. —Y ésa era la pura y simple verdad.

—Pero ¿cómo se apoderaron de la llave? ¡Porque usted, en su informe, pone que no forzaron la puerta del piso!

—Permítame que se lo explique. La señorita Cosulich dejó, incautamente, las llaves de su casa de Vigàta en la guantera del coche, que estaba aparcado delante de la villa. Los ladrones, evidentemente de paso, forzaron la puerta del vehículo, miraron los documentos con la dirección de la señorita y aprovecharon la ocasión. Técnicamente, yo no podía plasmar en el informe un robo en la villa que nunca se cometió. Lo que sí puse es que a la señorita le robaron el coche. Como ve, no ha habido ninguna omisión.

Miró el reloj. ¡Virgen santa, eran las seis menos tres minutos!

—Perdone, señor jefe superior, pero el *Butterfly* está a punto de llegar y yo debería...

—Pero ¿no ha dicho antes que se llamaba *Pinkerton*?

—Sí, claro, tiene razón, *Pinkerton*, disculpe, pero esta injusta acusación me ha...

—Váyase, váyase.

Se dirigió a Marinella a todo trapo, el equivalente a ochenta kilómetros por hora para un conductor normal.

Mientras cruzaba la localidad de Villaseta, un carabinero que debía de estar escondido detrás de un seto apareció ante él con un disco en la mano, indicándole que parara.

—Carnet y permiso de circulación.

—Perdone, ¿por qué?

—El límite de velocidad en un centro urbano es de cincuenta por hora. Eso lo saben hasta los chinos.

Los nervios provocados por la nueva pérdida de tiempo y la frase hecha empujaron al comisario a soltar una gracia desafortunada:

—¿Y los negros qué? ¿No han sido informados?

El carabinero lo miró mal.

—¿Pretende hacerse el gracioso?

No podía ponerse chulo; aquel carabinero era muy capaz de llevarlo al cuartel, y entonces adiós Angelica.

—Perdone.

¡Qué humillación, qué vergüenza, qué afrenta para un comisario de policía tener que pedir perdón a un miembro del cuerpo de carabineros!

Este, que estaba examinando el carnet, puso cara de sorpresa.

—¿Es usted el comisario Montalbano?

—Sí —respondió entre dientes.

—¿Está de servicio?

Pues claro que estaba de servicio, él siempre estaba de servicio.

—Sí.

—En ese caso, prosiga —dijo el carabinero, devolviéndole el carnet y el permiso de circulación y haciéndole el saludo militar.

Montalbano se alejó a una velocidad que lo habría hecho llegar el último en una carrera de tortugas, pero después de la primera curva se puso de nuevo a ochenta.

Cuando llegó a Marinella eran las siete menos veinte.

¡A saber si Angelica ya había telefoneado!

Descolgó el auricular para que diera señal de comunicar si llamaban, fue a darse una ducha rápida porque estaba empapado en sudor, volvió a colgar el auricular y se cambió de ropa. Representar la escena dramática ante el señor jefe superior había sido bastante laborioso.

A las siete y media, cuando ya se había fumado un paquete entero de tabaco,

el teléfono se decidió a sonar.

—Ha surgido un contrat tiempo —anunció Angelica.

¿Qué pasaba? ¿Era el día del no?

—Dime.

—Estoy en la villa de mi primo. Quería poner en orden mi habitación, porque después del robo no había vuelto, y de pronto se ha ido la luz. Habrá saltado un fusible. Aquí tengo todo lo necesario, pero no sé cómo se hace.

—Perdona, pero ¿para qué necesitas la luz ahora? Cierra, ven a mi casa y mañana llamas a un electricista.

—Esta noche dan el agua.

—Me he perdido...

—Aquí dan el agua una vez a la semana. Y si no hay electricidad, el depósito no se llena. ¿Comprendes ahora? Me expongo a quedarme más de una semana sin agua.

«¿Acaso va a necesitar el picadero en los próximos días?», fue lo primero que pensó Montalbano.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Angelica añadió:

—Y no podré fregar el suelo, que está sucio.

—Puedo intentar arreglar la avería.

—No me atrevía a pedírtelo. Ahora te explico cómo se llega hasta aquí.

¡Había escogido bien el sitio! Estaba en pleno campo; el comisario tardó tres cuartos de hora en llegar.

Desde el camino arrancaba un largo paseo, al inicio del cual había una verja de hierro que parecía abierta desde hacía años. El paseo llevaba a un gran palacete dieciochesco, completamente aislado y bien conservado.

Fue con el coche hasta la parte posterior de la mansión. Angelica lo esperaba al final de una corta escalinata que conducía a su habitación.

—¡Estoy aquí! —exclamó sonriendo.

Fue como si el sol, que estaba poniéndose, se hubiera arrepentido y hubiese vuelto a elevarse hasta lo más alto del cielo.

Montalbano empezó a subir y ella bajó unos peldaños. Se abrazaron y besaron en mitad del tramo.

—Aprovechemos que todavía hay un poco de luz —dijo él.

Ella se volvió para subir los escalones que los separaban de la habitación y entró. Montalbano no vio un peldaño y tropezó en mala postura, conteniendo a duras penas una sarta de reniegos. Sintió un fuerte dolor en el tobillo izquierdo.

Angelica se apresuró a acudir en su ayuda

—¿Te has hecho daño?

—Un poco, en el tobillo.

—¿Puedes andar?

—Sí. No perdamos tiempo, que dentro de poco oscurecerá del todo.

No tardó mucho en localizar el cajetín que llevaba la luz desde la casa hasta la habitación. Se subió a una silla y retiró la tapa.

Un cable había hecho cortocircuito.

—Ve a la casa y quita la luz.

Angelica salió. Montalbano aprovechó su ausencia para observar la habitación. Era espartana; debía de servir sólo para una cosa, la que él ya sabía, y constatarlo lo puso de un humor de perros.

Angelica regresó.

—Ya está.

—Dame cinta aislante.

Tardó un par de minutos en reparar la avería.

—Vuelve a dar la luz.

Se quedó subido a la silla en espera del resultado. De pronto, la lámpara que colgaba en el centro de la habitación se encendió.

—¡Qué bien! —exclamó Angelica al regresar—. ¿Por qué no bajas?

—Tendrías que ayudarme.

Ella se acercó, y él, apoyándose con las dos manos en sus hombros, bajó despacio. Le dolía muchísimo el tobillo.

—Túmbate en la cama —dijo Angelica—. Quiero ver qué te has hecho.

Montalbano obedeció. Ella le subió un poco la pernera izquierda de los pantalones.

—¡Uf! ¡Está hinchadísimo! —Le quitó el zapato con cierta dificultad y luego el calcetín—. ¡Menuda torcedura!

Fue al cuarto de baño y volvió con un tubo en la mano.

—Esto te calmará el dolor. —Y le extendió la pomada por el tobillo, masajéandolo—. Dentro de diez minutos te pongo el calcetín.

Se tumbó al lado de Montalbano y lo abrazó, apoyando la cabeza en su pecho. Fue entonces cuando él, como en un destello, pensó:

*... en el mismo lecho en que yacía,
la ingrata dama habría reposado
abrazada a su amante muchas veces.*

¡Y en este caso no se trataba de un solo amante, sino quién sabe de cuántos!

Carne mendigada. Hombres que cobraban para hacerla gozar.

¿Cuántos pares de ojos habían mirado su cuerpo desnudo? ¿Cuántas manos la habían acariciado sobre aquella cama? ¿Y cuántas veces había oído aquella habitación semejante a una celda la voz de ella diciendo « más... más... » ?

Unos celos feroces lo asaltaron.

Los peores celos, los del pasado.

Pero no podía evitarlo; estaba empezando a temblar de rabia, de ira.

*Con tal asco se alzó, con tal presteza
de las odiosas plumas, cual villano...*

—¡Me voy! —exclamó incorporándose.

Desconcertada, Angelica levantó la cabeza.

—¿Qué te pasa?

—¡Me voy! —repitió Montalbano, poniéndose el calcetín y el zapato.

Ella debió de intuir algo de lo que le estaba pasando por la cabeza, porque se quedó mirándolo sin decir una palabra más.

El comisario bajó la escalera apretando los dientes para no quejarse, montó en el coche y se fue.

Estaba furioso.

En cuanto llegó a Marinella, desconectó el teléfono y se tumbó en la cama.

Cuatro whiskys después, acostado con la botella aún a mano, notó que la rabia había disminuido varios grados. Y se puso a pensar.

Para empezar, había que hacer algo con el tobillo, si no, al día siguiente no podría ir a la comisaría.

Miró el reloj; las nueve y media.

Telefonó a Fazio y le expuso la situación, pero le dijo que se había lesionado subiéndolo a la galería desde la playa.

—Dentro de media hora estoy ahí con Licalzi.

—¿Y quién es ése?

—El masajista del Vigàta.

Era la primera noticia que tenía de que en Vigàta hubiera un equipo de fútbol.

Pese al dolor en el tobillo y el disgusto por la cena frustrada con Angelica, le entró hambre. Fue hasta la cocina apoyándose en las sillas y demás muebles.

En el frigorífico había una fuente de ensalada de marisco. Se la comió sentado a la mesa de la cocina, sin siquiera aliñarla.

Acababa de terminar cuando llamaron a la puerta.

—Le presento al señor Licalzi —dijo Fazio.

Era un hombre de un metro noventa, con unas manos que daban miedo. Llevaba un maletín negro como de médico.

Montalbano se tendió en la cama, y Licalzi empezó a manipular el pie y la pierna lesionados.

—No es nada serio —anunció.

«¿Acaso ha habido alguna vez algo serio en mi vida?», pensó con amargura

el comisario. Y si por casualidad lo había habido, el ridículo de las últimas veinticuatro horas lo había borrado por completo.

Licalzi terminó de vendarle el pie.

—Sería conveniente que mañana por la mañana no saliera de casa e hiciera reposo.

Pasar una mañana solo consigo mismo y sus pensamientos no entraba en sus planes en esos momentos.

—¡Imposible! Tengo muchísimo trabajo.

Fazio lo miró sin abrir la boca.

—Pero conducir no...

—Yo vendré a recogerlo a las nueve —terció Fazio.

—Le iría bien utilizar un bastón.

—Yo se lo traeré —resolvió Fazio.

—Y, por favor, levántese de la cama lo mínimo imprescindible —insistió Licalzi.

Montalbano buscó con la mirada a Fazio, que negó con la cabeza. Estaba fuera de lugar pagarle al masajista.

—Le agradezco mucho que haya venido —dijo Montalbano tendiéndole la mano, e hizo ademán de levantarse para acompañarlo.

—No se levante —ordenó Licalzi—; conocemos el camino.

—Buenas noches, *dottori*.

—Gracias a ti también, Fazio.

—De nada, *dottore*.

• • •

Ahora venía lo difícil.

A pesar de lo que acababa de recomendarle Licalzi, se levantó, cogió botella, vaso, cigarrillos y encendedor, y fue a sentarse en la galería.

Primera consideración fundamental, básica para el desarrollo del razonamiento que seguiría: «Tú, querido Salvo, eres un imbécil redomado, mientras que Angelica Cosulich es una persona sincera y leal.»

¿Acaso le había ocultado en algún momento el picadero y para qué lo utilizaba?

¿No era una de las primeras cosas de las que había hablado con total claridad?

¿Qué habría querido él, en cambio? ¿Que fuera una doncella semejante a una rosa, por seguir empleando palabras de Ariosto?

¿Y ser el primero en coger esa rosa, «que jamás fuera tocada»?

Pero bueno, ¿estaba totalmente idiotizado? ¿O se trataba de uno de los primeros síntomas de alelamiento provocados por la edad?

No, en la habitación de Angelica no había sufrido un ataque de celos o ira, como creía, sino un ataque de chochez.

Y Angelica debía de sentirse profundamente ofendida y desconcertada. Siempre había jugado con él con las cartas boca arriba, ¿y ése era el pago que recibía?

La noche que habían pasado juntos en el coche, mientras se besaban, se abrazaban y se acariciaban, ella no le había dicho ni una sola vez « te amo » o « te quiero ». Había sido sincera incluso en esos instantes. Y él la había tratado como la había tratado. Hasta el señor X, en la carta anónima a Ragonese...

¡Un momento!

¡Quieto ahí, Montalbà!

Cuando Bonetti-Alderighi le enseñó la carta, él advirtió algo raro que no le cuadraba, pero estaba demasiado metido en el papel que debía interpretar para comprender de qué se trataba. ¿Qué ponía en aquella hoja? De pronto lo recordó todo.

El señor X, que lo acusaba a él de omisión, había omitido dos cosas, seguramente de forma voluntaria. La primera era que hablaba única y exclusivamente de la villa del primo de Angelica, sin mencionar ni por asomo la habitación especial que tenía ella en dicha villa. La segunda, que no hacía alusión alguna al uso que Angelica daba a esa habitación. Es más, decía que Angelica había ido allí a pasar un día de asueto. O algo parecido.

Sin embargo, los ladrones, al entrar, ¡habían visto de todas todas que estaba acostada con un hombre! Entonces, ¿por qué había omitido esos dos detalles nada secundarios? ¿Quería perjudicarlo sólo a él, preservando al mismo tiempo la honorabilidad de Angelica? Y en tal caso, ¿por qué? ¿Qué relación podía tener el señor X con Angelica?

Eso era algo que sólo ella podía explicarle. Pero implicaba volver a verla, y él no tenía ninguna intención de hacerlo. Porque la ridícula escena montada en el picadero había tenido al menos un lado positivo: dejarle claro que la historia con Angelica no podía continuar. De ninguna manera. Más que un encaprichamiento,

había sido un arrebató de locura.

Sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Lo deshizo con el enésimo whisky.

Luego apoyó los brazos en la mesa y la cabeza en los brazos y se durmió casi al instante, completamente aturdido por el alcohol y la autocompasión.

Hacia las cinco de la mañana fue arrastrándose hasta la cama.

—*Dottori*, ¿quiere café?

—Sí, Adeli.

Abrió un ojo; cinco minutos después consiguió abrir también el otro. Le dolía un poco la cabeza.

La primera taza de café lo remozó.

—Tráeme otra taza.

La segunda lo lustró.

Sonó el teléfono.

Creía que seguía desconectado; quizá la asistenta había puesto la clavija en su sitio.

—Adeli, cógelo tú. Di que no puedo levantarme de la cama.

La oyó hablar, pero no supo con quién. Luego Adelina entró en su cuarto.

—Era su novia. Ahora lo llama al móvil.

En efecto, sonó la melodía.

—¿Dónde te metiste anoche? ¡No sabes las veces que te llamé!

—Estaba haciendo una vigilancia.

—¡Podrías haberme avisado!

—Perdona, pero fui directamente desde comisaría. No pasé por Marinella.

—¿Y por qué no puedes levantarte?

—Anoche me torcí el tobillo. Estaba muy oscuro y...

¡Bravo, Montalbano! Defensor infatigable de la verdad en público y solemne embustero en la vida privada.

Fazio llegó a las nueve.

—Calma absoluta en el chalet de los Sciortino.

—A ver qué pasa esta noche.

En el momento de calzarse, no hubo manera de meter el pie izquierdo en el zapato.

—Póngase un zapato en el pie derecho y una pantufla en el izquierdo — sugirió Fazio, que lo había ayudado.

—Me siento ridículo yendo a la oficina con una pantufla —dijo Montalbano, desanimado.

—Pues quédese en casa; total, no hay nada que hacer. Yo vuelvo esta tarde con Licalzi.

—Espera un momento. Siéntate. Tengo que decirte una cosa. Ayer, cuando me llamó el jefe superior... —Y le contó a Fazio lo que ponía en la carta anónima—. ¿No te parece extraño?

—Desde luego.

—¿No crees que sería conveniente interrogar al respecto a la señorita Cosulich?

—Es la única persona que podría darnos una explicación —contestó Fazio.

—Entonces, llámala e interrógala.

Fazio lo miró atónito.

—Me parece una cosa bastante delicada. ¿Por qué no lo hace usía mañana, dado que tiene más confianza con ella?

—Ante todo, porque perderíamos demasiado tiempo. Y además, ¿quién te dice que yo tengo más confianza con ella que tú?

Fazio no se aventuró a abrir la boca.

—Llámala esta misma mañana —continuó el comisario—, y la convocas para cuando salga del banco, que será hacia las seis. Luego vienes a contármelo.

Se quedó toda la mañana acostado leyendo una novela. Se sentía convaleciente, no del pie, sino del corazón.

A la una, Adeli le sirvió la comida en la cama.

Pasta *'ncasciata* (una delicia capaz de hacer desistir a alguien a punto de suicidarse).

Crujiente sepia cortada en aros y frita.

Fruta.

Cuando Adeli se fue, después de dejarle la cena preparada, Montalbano se convenció de que no podría digerir la comida si se quedaba acostado.

Así que se vistió, se puso un zapato y una pantufla —total, la playa estaba desierta—, cogió el bastón que le había llevado Fazio y dio un largo paseo por la orilla del mar.

• • •

Fazio se presentó a las siete y media.

—Licalzi vendrá enseñada.

A Montalbano, Licalzi se la traía al fresco. Era otra cosa lo que le interesaba.

—¿Has hablado con la Cosulich?

—Sí, señor. Estaba muy preocupada por usía.

¿Se equivocaba, o había una sombra de sonrisita en los labios de Fazio? ¿O era que, como tenía remordimientos de conciencia, le parecía que todo se volvía contra él?

—¿Por qué estaba preocupada?

—Porque la ha llamado el director de la sucursal para contarle lo que Ragonese dijo en la televisión. Quería explicaciones. Ella se ha enterado en ese momento. Ante el director ha fingido estar en la inopia y ha confirmado que el robo se produjo en su casa de Vigàta. Pero le preocupan las consecuencias que el asunto podría tener para usía.

Montalbano prefirió no seguir hablando de esa cuestión, que era bastante resbaladiza.

—¿Le has contado lo que no cuadraba en la carta anónima?

—Sí, señor.

—¿Y qué ha dicho?

—No ha sabido explicarse la razón. Es más, se ha sonrojado cuando le he mencionado que los ladrones debían de haberla visto acostada en compañía...

Tampoco ése era un asunto agradable.

—¿En conclusión...?

—En conclusión, se ha quedado con la duda, como nosotros.

¿Se divertían errando un tiro tras otro?

Llamaron a la puerta. Era Licalzi.

—¿Se ha quedado todo el día en la cama?

—Claro.

—Esto ya está casi bien del todo. —Al parecer, el largo paseo lo había beneficiado—. Ahora le doy un masaje, le aplico un poco de crema, le pongo otra vez la venda, y ya verá como mañana por la mañana puede ir tranquilamente a la oficina.

Lo dijo en un tono tan alegre que parecía que ir a la oficina era mejor que ir a bailar.

Masajeándole el tobillo y la zona de alrededor, Licalzi le recordó a Angelica, haciéndole lo mismo mientras él estaba tumbado en la cama. Y justo entonces, una especie de flash como el de las cámaras de fotos le iluminó la mente.

Cuando Licalzi terminó, Montalbano le dio de nuevo las gracias por todo y detuvo a Fazio, que también se disponía a marcharse.

—Tú quédate cinco minutos más, por favor.

Fazio acompañó a Licalzi y volvió.

—Dígame.

—Deberías hablar otra vez con Angelica Cosulich, y enseguida.

El inspector hizo una mueca.

—¿Para qué?

—Enséñale la lista de los Peritore y pregúntale si alguno de los hombres que

figuran ahí le ha hecho la corte de manera insistente, y si ella le ha dado calabazas.

Fazio puso cara de estar poco convencido.

—Es simplemente una hipótesis que se me ha ocurrido ahora. Supón que uno de la lista recibió una negativa de Angelica Cosulich; ahora la tiene en sus manos, puede chantajearla. Si no te acuestas conmigo, digo públicamente qué haces en realidad en la casa de tu primo.

—*Dottore*, perdone, pero usía se ha emperrado en que el señor X es uno de la lista.

—Pero ¿por qué quieres excluir a priori esa posibilidad? ¿Hay que intentarlo al menos! ¿Qué perdemos?

—De acuerdo, pero ¿por qué no lo intenta usía? Usía sabe cómo tratar a las mujeres... En cambio, y o...

Montalbano prefirió cortar por lo sano.

—No; hazlo tú. Gracias por todo y buenas noches. Ah, si se produce alguna novedad con los Sciortino, llámame.

Acababa de poner la mesa en la galería para comerse la ensalada de arroz que le había preparado Adelina, un plato suficiente para tres personas como mínimo, cuando sonó el teléfono.

No tenía ganas de hablar con nadie, pero pensó que podía ser Livia para preguntarle cómo estaba del pie y fue a contestar.

Cuando alargó el brazo para descolgar, el teléfono enmudeció. Si era Livia, volvería a llamar, puesto que sabía que estaba inmovilizado en casa.

Regresó a la galería, y cuando estaba llevándose la primera cucharada a la boca, el teléfono sonó de nuevo.

Se levantó renegando.

—¡Diga!

—No cuelgues, por favor.

Era Angelica.

El corazón se le aceleró, es verdad, pero no tanto como había imaginado. Un buen síntoma de recuperación.

—No cuelgo. Dime.

—Tres cosas, pero rápidas. La primera es que quería saber cómo estás del pie.

—Mucho mejor, gracias. Mañana podré ir a la oficina.

—¿Has tenido muchos problemas por... el favor que me hiciste?

—Me llamó el jefe superior porque Ragonese le había reenviado la carta anónima que le mandaron. Conseguí convencerlo de que en el informe había puesto la verdad. No creo que el asunto tenga consecuencias para mí.

—Para mí quizá sí.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que mi director se ha creído en la obligación de informar a la Dirección General.

—¿Por qué?

—Porque le parece preocupante la hipótesis expuesta por el periodista, o sea, que yo pueda haber mentido. Dice que no es buena publicidad para el banco y que, con independencia de lo que pase, mi credibilidad como empleada queda menoscabada.

Desde luego, tenía una voz... Encantaba, como el canto de las sirenas. Te mecía, te...

Consiguió resistirse al encantamiento.

—Hablando claro, ¿qué significa?

—Que quizá me trasladen.

—Lo siento. —Era sincero.

—Yo también. Otra cosa más y te dejo. Fazio me ha preguntado si alguien de la lista de los Peritore me ha hecho la corte de manera insistente con rechazo por mi parte. Sí, claro, varios hombres de la lista, poniéndose muy pesados en ocasiones, pero no creo que ninguno de ellos sea capaz de hacer chantaje.

—Era sólo una hipótesis.

—Yo tengo otra.

—¿Cuál?

—Sin duda, el autor de la carta anónima conoce mis... llamémoslo así... costumbres. Pero no las ha sacado a la luz; de haberlo hecho, me habría perjudicado. ¿Por qué las oculta, entonces? Supón que se trata de una persona que conozco, no sé... un cliente del banco, que quiere así hacer una especie de *captatio benevolentiae* conmigo...

—No comprendo. ¿Para obtener un préstamo?

Angelica se echó a reír.

¡Dios mío, qué risa! El corazón de Montalbano, que hasta ese momento se estaba comportando como una locomotora de vapor, se transformó de golpe en una máquina de tren de alta velocidad.

—Para obtenerme en préstamo a mí —especificó Angelica cuando se le pasó la risa.

No era una idea tan peregrina... pero sí demasiado genérica. Angelica debía decir algo más, quizá dar el nombre de alguien que hubiera intentado más que otros tener relaciones con ella.

—¿Qué haces? —preguntó Angelica.

—Estaba cenando.

—Yo no.

—¿Dónde estás? —preguntó Montalbano, por decir algo.

—Aquí.

—¿Aquí dónde?

—En Marinella.

El comisario se quedó perplejo. ¿Por qué estaba en Marinella?

—¿Y qué haces aquí?

—Esperar a que me abras.

Le pareció que no lo había entendido bien.

—¿Cómo dices?

—Que estoy esperando a que me abras.

Montalbano se tambaleó y tuvo que apoyarse en una silla, como si le hubieran dado un golpe en la cabeza.

Dejó el auricular encima de la mesa, fue hasta la puerta y echó un vistazo por la mirilla.

Angelica estaba allí. Tenía el móvil pegado a la oreja.

Él abrió la puerta con lentitud.

Y, mientras lo hacía, sabía que estaba abriendo no sólo la puerta de su casa, sino también la de su condena personal, la de su infierno privado.

• • •

—¿Quieres cenar conmigo?

—Sí. Por fin lo consigo.

Montalbano le ofreció asiento a su lado para que pudiese contemplar el mar.

—¡Qué vista tan bonita! —exclamó Angelica, y no volvieron a abrir la boca hasta que terminaron de comer.

Sin embargo, había algo que despertaba la curiosidad del comisario:

—Perdona, pero... ¿no se te ha ocurrido pensar que a lo mejor yo no podía...?

—¿Abrirme la puerta?

—Ajá.

—¿Porque hubiera otra persona contigo?

—Ajá.

—Pero ¿tu novia no se marchó el otro día?

A Montalbano se le abrió automáticamente la boca. La cerró enseguida y se puso a hablar, aunque se dio cuenta de que balbuceaba:

—Pero... pero... ¿qué... qué sabes tú de... de mi...?

—Lo sé todo de ti. Cuántos años tienes, tus costumbres, lo que piensas de ciertas cosas... En cuanto saliste de mi casa después del robo, me pegué al teléfono y obtuve toda la información que necesitaba.

—Entonces, cuando te invité a comer en la *trattoria* de Enzo, ¿sabías que voy

siempre allí?

—Sí. Y también que no te gusta hablar mientras comes.

—Y fingiste que...

—Sí, fingí.

—Pero ¿por qué?

—Porque me gustaste enseguida.

Más valía cambiar de tema.

—Oye, querría aprovechar la ocasión...

Ella sonrió con picardía.

—No, en tu cama no.

—¿Puedes estar seria un momento?

—Me resulta difícil porque estoy contenta. Pero bueno, voy a intentarlo.

—Antes has dicho que la carta anónima podría ser una especie de *captatio benevolentiae*.

—¿No se dice así?

—Se dice así. Y yo también lo había pensado. Pero ¿podrías darme algún nombre?

—¿De quién?

—De alguien que, fuera del círculo de los Peritore, te haya...

Ella se encogió de hombros.

—Los hay a montones.

—Y yo te pido que busques en esos montones.

—¡Uf, es una gran responsabilidad!

—Pero ¡¿qué responsabilidad?!

—¡Pues sí! Si te doy un nombre a la ligera y ese pobre desgraciado acaba enredado en una...

—No te estoy pidiendo que me des un nombre a la ligera.

Ella se puso a contemplar el mar sin decir nada.

11

—¿Tienes whisky? —preguntó Angelica de pronto.

—Sí.

Montalbano se levantó por la botella y dos vasos, volvió a la galería y le sirvió dos dedos a ella y cuatro a sí mismo.

—¿Dónde está la igualdad de género?

Montalbano añadió dos dedos más al vaso de ella.

—¿Quieres hielo?

—Lo prefiero solo. Como tú.

Angelica dio el primer sorbo.

—No es fácil. Tengo que pensarlo bien.

—De acuerdo.

—Hagamos una cosa. Mañana por la noche vienes a cenar a mi casa y te doy los nombres.

—Muy bien.

Angelica se terminó el whisky y se levantó.

—Me voy. Y gracias por todo.

El comisario la acompañó a la puerta. Antes de salir, Angelica posó un instante sus labios sobre los de él.

Después, sentado en la galería, Montalbano no sabía si sentirse decepcionado o contento por la velada. Desde el momento en que había abierto la puerta, había esperado y a la vez temido.

Por tanto, concluyó que mejor no podía haber ido.

• • •

A las tres y media de la madrugada le pareció oír el teléfono.

Se levantó aturdido, tropezó con una silla y, a oscuras, consiguió levantar el auricular.

—¿Sí?...

—Soy Fazio, *dottore*.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un enfrentamiento armado con los ladrones en casa de los Sciortino. ¿Voy a buscarlo? Tengo que pasar por delante de su casa.

—De acuerdo.

Al cabo de diez minutos estaba a punto. El zapato le había entrado perfectamente. Ni siquiera cojeaba.

Fazio llegó cinco minutos después. Se dirigieron hacia Punta Bianca.

—¿Hay heridos?

—Estaba de guardia Loschiavo. Le han disparado, pero no le han dado. No sé más.

El chalet de los Sciortino estaba tan iluminado que parecía de día. La señora Sciortino ofrecía café a todos.

Los amigos romanos, que se apellidaban De Rossi, estaban bastante alterados, y en lugar de café la señora Sciortino les preparó una infusión de tila.

Montalbano y Fazio fueron con Loschiavo hasta la orilla del mar para hablar a solas.

—Cuéntanos lo sucedido —pidió el comisario.

—*Dottore*, yo estaba en la colina, en el coche de servicio. De pronto vi llegar desde la playa un automóvil con los faros apagados. Eran las tres menos cinco; salí del coche y empecé a bajar con sigilo. Apenas se veía y me caí dos veces. Después me escondí detrás de una roca.

—¿Cuántos eran?

—Tres. Creo que llevaban pasamontañas, pero, como le he dicho, estaba muy oscuro. En un momento dado dejé de verlos. La casa estaba entre ellos y yo y me impedía ver lo que hacían. Me desplazé hasta la parte de atrás del chalet y me asomé por una esquina para espiar. Estaban trajinando delante de la puerta de entrada. Entonces empuñé la pistola y salí al descubierto gritando: « ¡Quietos! ¡Policía!» Vi un destello y oí una detonación. Respondí al ataque disparando tres tiros y me puse a resguardo. Pero ellos empezaron a disparar sin pausa, lo que me impedía asomar la cabeza. Luego oí que el coche se alejaba a gran velocidad.

—Gracias, has sido muy preciso —dijo Montalbano. Y a Fazio—: ¿Dónde se han metido los Sciortino y los otros?

—Voy a ver. ¿Quiere interrogarlos?

—No, pero no entiendo por qué de repente han entrado todos en el chalet. —Mientras Fazio se alejaba, Montalbano le dijo a Loschiavo—: Has actuado muy bien. ¿Crees que alcanzaste a alguien al disparar?

—Fui a comprobarlo y en el suelo no hay ningún rastro de sangre.

Fazio volvió.

—Han decidido regresar a Vigàta. Dicen que les da miedo quedarse aquí.

—Pues los ladrones seguro que no vuelven —repuso el comisario—. ¿Sabes qué te digo? Vayamos a dormir unas horitas. Tú también puedes marcharte, Loschiavo.

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¿Se hizo mucho daño en el pie? ¿Hay peligro de que tenga que llevar siempre bastón? —preguntó Catarella, preocupado.

—¡No, no! ¡Estoy perfectamente! Traigo el bastón para devolvérselo a Fazio.

—¡Virgen santa! ¡Cómo me alegro!

—¿Está Fazio?

—Ha llamado para decir que se retrasará unos diez minutos.

Montalbano entró en su despacho. Solamente había faltado un día, pero le dio la impresión de que no iba desde hacía un mes.

Encima de la mesa, además de unos cincuenta expedientes para firmar, había seis cartas personales para él.

Su mano fue directa a coger una.

El mismo sobre que la otra vez, la misma letra; la diferencia era que ésta no había llegado por correo, sino en mano de alguien.

Levantó el auricular.

—Catarella, ven a mi despacho.

—A sus órdenes, *dottori*.

Pero ¿cómo se las arreglaba para llegar tan deprisa? ¿Se desintegraba en el cuartito del teléfono y volvía a tomar forma dentro de su despacho?

—¿Quién ha traído esta carta?

—Un chiquillo, *dottori*. Cinco minutos antes de que usted llegara.

El sistema clásico.

—¿Ha dicho algo?

—Que la mandaba el que usted ya sabe.

Sí, claro. Sabía perfectamente quién la había mandado.

El señor X.

—Gracias. Puedes irte.

El comisario se decidió a abrir el sobre.

Querido Montalbano:

Ha demostrado usted, cosa que no ponía en duda, ser muy inteligente. Sin embargo, lo ha ayudado la suerte y algún otro factor que todavía no he logrado identificar.

En cualquier caso, la presente es para confirmarle que se producirá el cuarto y último robo. A lo largo de este fin de semana.

Y será un éxito.

Si no ha llegado a esta conclusión por sí mismo, le revelo que la tentativa de robo de anoche tenía una finalidad: averiguar si usted había comprendido. Y en vista de que presentó una buena defensa, me verá obligado a cambiar de táctica.

De todos modos, anoto un punto a su favor:

Cordialmente.

—¿Qué te parece?

Fazio dejó la carta anónima en la mesa. Su expresión era de cierto rechazo.

—Me parece que el señor X tiene mucho interés en afirmar que organizó el robo de anoche con el único objetivo de descubrir si usía había comprendido sus movimientos. Es un presuntuoso; tenía usted razón.

—Pero no acabo de entender la segunda frase. ¿Qué significa que, según él, nos ha ayudado un factor que no ha logrado identificar?

—Vaya usted a saber.

—Y hay otra cosa que no me cuadra.

—¿En la carta?

—No; en el comportamiento del señor X.

—¿Cuál?

—No estoy seguro. A lo mejor hablar contigo me ayuda a aclararlo.

—Ah, pues hable.

—Es algo relacionado con la tentativa de robo en casa de los Sciortino. Lojacono, Peritore, Cosulich y Sciortino son todos amigos, forman parte del mismo círculo de conocidos, están incluidos en la famosa lista. Eso no puedes negármelo.

—En efecto, no se lo niego. Sólo quiero recordarle que los Sciortino no avisaron a sus amigos de que iban a pasar unos días a Punta Bianca.

—¡Justo ahí quiero ir a parar! ¿Y si por casualidad Sciortino o su mujer comentaron con sus amigos mi llamada, aquella en que les preguntaba si les habían dicho que iban a ir a Punta Bianca?

—No entiendo la...

—¡Déjame acabar! En cuanto el señor X se entera de nuestra llamada, organiza el robo.

—Pero ¿qué es? ¿Un imbécil? ¡Precisamente nuestra llamada le habría hecho comprender que el chalet estaría vigilado!

—¡Y así fue!

—*Dottore*, si no se explica...

—¡Es una oportunidad magnífica para él! Así demuestra que no pertenece al grupo de amigos de los Peritore. Finge no saber que el chalet está vigilado. Se trata de otra maniobra de distracción, ¿no lo ves? ¡Porque si yo caigo en la

trampa, forzosamente tengo que buscar al cerebro de la banda fuera de esa maldita lista!

—*Dottore*, cuando a usía se le mete una cosa en la cabeza... ¡Ahora acaba siempre diciéndome que el señor X es uno de la lista! ¿Sabe qué voy a hacer? Llamar a Sciortino y preguntarle si habló con alguno de sus amigos de nuestra llamada.

—¡Pues no! ¡Sería un error! Tenemos que dejar que crea que nos ha engañado.

—Como usía quiera —dijo Fazio. Y un momento después añadió—: Se me ha ocurrido una cosa.

—Di.

—En estos momentos dispongo de siete hombres y dos coches. Los pisos que quedan por robar, considerando los nombres de la lista, son catorce, pero todos se encuentran relativamente cerca unos de otros. Quizá consiga tenerlos todos bajo vigilancia hasta el sábado por la noche.

—¿Con dos coches?

—Dos coches y cinco bicicletas, como los serenos.

—Está bien, inténtalo. —Montalbano hizo una pausa. Debía abordar una cuestión desagradable—. Tengo que decirte otra cosa.

—Aquí me tiene.

—Anoche me llamó Angelica Cosulich.

No le gustaba mentir a Fazio, pero tampoco se sentía con ánimos para decirle la verdad.

—¿Qué quería?

—Había estado dándole vueltas a lo que te había dicho. Y había elaborado una hipótesis: que el señor X no ha revelado que ella utiliza la villa de su primo como picadero con la intención de chantajearla en un futuro.

Fazio se quedó pensativo.

—Es una hipótesis que no hay que descartar. Pero, en el caso de aceptarla, usía se contradice.

—Sé a qué te refieres. Dado que la señorita Cosulich ha descartado a los hombres de la lista, necesariamente el señor X no forma parte de los amigos de los Peritore. Pero, en el punto en que nos encontramos, no puedo descuidar nada.

—En eso estoy de acuerdo con usía. ¿La señorita Cosulich sospecha de alguien?

—Me dijo que esta noche me dará algunos nombres. Me ha invitado a cenar en su casa.

Fazio puso una cara que recordaba a una bombilla fundida.

—¿Qué pasa?

—Pues pasa que no es prudente, *dottore*. Perdone que se lo diga.

—¿Por qué?

—*Dottore*, ese periodista capullo ya insinuó en la televisión que usía está encubriendo a la chica. ¡Figúrese si ahora alguien lo ve entrar de noche en su casa!

—Es verdad. No se me había ocurrido.

—Y tampoco puede llevarla otra vez a un restaurante.

—¿Entonces...?

—Hágala venir aquí, a la comisaría.

—¿Y si no quiere?

—Pues entonces es mejor que vaya a su casa, a Marinella, y a tarde. Así será difícil que la vean.

¿Acaso Fazio estaba sonriendo con los ojos? ¿Estaba divirtiéndose a su costa, el muy cabrón?

—La haré venir aquí —decidió con resolución.

—Es lo mejor —aprobó Fazio, levantándose.

Tenía una mano sobre el teléfono para llamar a Angelica, pero se detuvo. Le responderían de la centralita. Y él debería decir que era el comisario Montalbano. ¿Y una llamada de la policía no comprometería más la posición de Angelica en el banco, y a de por sí delicada?

Entonces, ¿qué podía hacer para ponerse en contacto con ella?

Se le ocurrió una idea y llamó a Catarella.

—A sus órdenes, *dottori*.

—Catarè, ¿tú sabes si alguien de aquí es cliente del Banco Siculo-Americano?

—Sí, *signor dottori*. El agente Arturo Ronsisvalle. Una vez lo acompañé porque un cheque...

—Dile que venga a verme.

Mientras lo esperaba, cogió una hoja y escribió: «Le ruego que me llame a la oficina en cuanto pueda. Gracias. Montalbano.» Así, si por casualidad lo veían los compañeros de Angelica, no tendrían nada que decir. Metió la hoja en un sobre sin membrete.

—Dígame, *dottore*.

—Oye, Ronsisvalle, ¿tú conoces a la señorita Cosulich?

—Claro. Soy cliente del...

—Lo sé. Tienes que ir al banco y darle esta carta sin que nadie lo advierta.

—Diré que quiero que me atienda ella para pedirle un extracto de la cuenta.

—Gracias.

Media hora después recibió la llamada de Angelica.

—¿Qué ocurre?

—¿Puedes hablar?

—Sí.

—He pensado que no es prudente que vaya a cenar a tu casa. Podrían verme.

—¿Y a mí qué me importa?

—Pues debería importarte. Piénsalo. Entre otras cosas, los Peritore viven en la misma calle que tú. Si alguien llega a enterarse, los rumores de que hemos hecho un trato adquirirán más consistencia y resultará bastante difícil desmentirlos.

Ella suspiró y dijo:

—Quizá tengas razón. Pero entonces, ¿qué hacemos?

—Podrías venir a la comisaría.

—No.

Respuesta inmediata y decidida.

—¿Por qué?

—Por la misma razón por la que tú no vienes a mi casa.

—¿Qué tiene que ver? Yo puedo haberte convocado para saber más detalles del robo.

—No. Presiento que sería un error.

—Entonces podrías venir a mi casa, a Marinella.

—Acojo con entusiasmo la invitación. Pero, perdona, ¿no es lo mismo si alguien me ve ir a tu casa?

—Ante todo, yo vivo en una casa aislada; no hay otros inquilinos. Además, si vienes hacia las diez de la noche, o un poco más tarde, te aseguro que no te encontrarás con nadie.

—En ese caso, tengo una propuesta alternativa.

—¿Cuál?

Se la dijo.

Pero de esa propuesta alternativa no era cuestión de hablarle a Fazio.

Cogió la lista por enésima vez.

1) P.I. Leone Camera y esposa.

¿Qué significaba P.I.? ¿Tal vez perito industrial?

2) *Dott.* Giovanni Sciortino y esposa.

Este era el matrimonio de la tentativa de robo.

3) *Dott.* Gerlando Filippone y esposa.

Había que averiguar algo más sobre ellos.

4) Ab. Emilio Lojacono y esposa.

El abogado había sido víctima del primer robo mientras se encontraba con su amante, Ersilia Vaccaro.

5) Ing. Giancarlo de Martino.

El condenado por colaboración con banda armada.

6) PM. Matteo Schirò.

¿Soltero? Había que averiguar algo más.

7) P.M. Mariano Schiavo y esposa. Había que averiguar algo más.

8) P.M. Mario Tavella y esposa.

El que estaba hasta el cuello de deudas de juego.

9) *Dott.* Antonino Pirrera y esposa.

Había que averiguar algo más.

10) Ab. Stefano Pintacuda y esposa.

Tenían una casa de veraneo. Había que averiguar algo más sobre ellos.

11) *Dott.* Ettore Schisa.

¿Soltero? Había que averiguar algo más.

12) Apar. Antonio Martorana y esposa.

La mujer del aparejador era amante, al parecer, del ingeniero De Martino. Había que averiguar algo más.

13) Apar. Giorgio Maniace.

Fazio le había dicho que era viudo. ¿Y ése era todo su mérito? ¿A qué se dedicaba? ¿Tenía una casa de veraneo? ¿Y aparte de eso? Había que averiguar algo más.

14) *Dott.* Angelica Cosulich. A ésta la conocía de sobra.

15) Francesco Costa.

Debía de ser el más burro, puesto que no tenía título académico. Había que averiguar algo más.

16) Agata Cannavò.

La viuda. La chismosa. La que creía saberlo todo de todos.

17) *Dott.* Ersilia Vaccaro (y esposo).

Era la amante de Lojacono y punto. Pero ¿por qué la indicación del marido estaba entre paréntesis?

18) Ab. Gaspere di Mare y esposa.

Había que averiguar algo más.

En conclusión, pensara Fazio lo que pensase, habían tomado demasiado a la ligera esa lista. Había bastantes personas de las que no sabían nada. Casi con toda seguridad, Angelica podría decirle algo de ellas. Dobló la lista y se la guardó en el bolsillo.

Se hizo la hora de ir a comer.

Salió de su despacho y pasó por delante de Catarella, que estaba tan absorto haciendo algo con el ordenador que ni se percató de su presencia.

—¿Qué haces?

Un poco más y Catarella se cae de la silla. Se puso en pie de un salto, con la cara colorada como un tomate.

—Como no hay tráfico telefónico, estaba pasando el rato jugando.

—¿Con el ordenador?

—Sí, *signor dottori*.

—¿Y a qué juegas?

—Es un juego que para jugarlo hay que jugarlo en pareja.

—Pero tú no tienes pareja.

—Es verdad, pero el ordenador no sabe que estoy solo.

Y eso también era verdad.

—Cuéntame en qué consiste.

—*Dottori*, es exactamente lo contrario de ese juego que se llama «joder al compañero» .

—Explicate.

—*Dottori*, la consistencia de este juego consiste en hacer todo el daño que puedas a la pareja adversaria, o sea, la enemiga, y evitar que tu propio compañero sea puesto en grave peligro.

—¿Y tú en qué situación te encuentras?

—En este momento estoy en grave peligro, pero mi compañero, que también soy yo, va a venir a echarme una mano.

—Suerte.

—Gracias, *dottori*.

—Oye, Enzo.

—Dígame.

—Esta tarde, hacia las siete, la joven que el otro día comió conmigo, ¿te acuerdas de ella?...

—¿Cómo voy a olvidarla?

—Traerá un paquetito para mí. Pasaré a recogerlo hacia las ocho.

—Muy bien. ¿Qué le traigo?

—De todo.

No quería confesárselo a sí mismo, pero estaba contento.

Más tarde, sentado en la roca plana, cambió de humor.

Era como un cocodrilo que llora por efecto de la digestión.

Se dijo amargamente que procedía con lentitud, renqueando tras la investigación que tenía entre manos.

Lo estaba haciendo todo de acuerdo con la lógica, pero le faltaba la iluminación imprevista, la súbita intuición que salta por encima de la lógica y que en otros momentos lo había llevado directo a la solución.

¿Era la edad?

Le parecía que tenía el cerebro oxidado, como una máquina largo tiempo en desuso. ¿O acaso era la continua e invasiva presencia de Angelica en su cabeza lo que le impedía dar el salto adelante? Se sentía partido por la mitad. Medio Montalbano le decía que procurara no volver a verla, y el otro medio, en cambio, no pensaba sino en el momento en que la tendría a su lado.

—¿Cómo salgo de ésta? —le preguntó a un cangrejo que subía a la roca renqueando todavía más que él.

No obtuvo respuesta.

—¿Ha llamado a la señorita Cosulich? —preguntó Fazio entrando en su despacho.

—Sí, no quiere venir a la comisaría.

—Entonces, ¿qué va a hacer?

—Dice que me llamará esta noche a Marinella.

¡Madre de Dios, en qué maraña de embustes se veía obligado a moverse!

—*Dottore*, se me ha ocurrido una cosa.

—Dime.

—Puesto que esta noche va a hablar con la señorita Cosulich, ¿por qué no le pide alguna información, algo tipo cotilleo, sobre sus amigos?

—¿Los de la lista de los Peritore?

—Exactamente.

—¿Te estás convirtiendo a mi idea?

—Procuro hacer lo que me ha dicho usía: no descuidar nada.

—Pues mira, aquí está. —Sacó la lista del bolsillo y se la enseñó a Fazio—. Ya había pensado en eso. Hay cuatro nombres que me interesan de manera especial.

—¿Cuáles?

—Schirò, Schisa, Maniace y Costa.

—¿Por qué?

—Porque son solteros o viudos.

Fazio puso cara de perplejidad.

—Para alguien que se pone a la cabeza de una banda de ladrones —explicó el comisario—, una mujer representa un problema.

—Pero ella podría ser cómplice.

—En efecto. Pero si de momento conseguimos averiguar algo más sobre estos cuatro, habremos dado un paso adelante.

—Si usía quiere, puedo intentarlo también yo.

—¡Claro que quiero!

Se alegraba de que Fazio hubiera dejado de oponer resistencia al asunto de la lista.

Hacia las ocho pasó por la *trattoria* de Enzo a recoger el paquetito.

Después se dirigió a Marinella. Una vez allí, dejó el paquete en la mesa y fue a abrir el frigorífico para ver qué le había preparado Adefina. *Sartù* de arroz, fritura de pescadito y un plato de diminutos camarones condimentados con sal, aceite y limón.

Puso la mesa en la galería y empezó a comer despacio, alternando un bocado con una bocanada de aire de mar. Hasta que se hicieron las diez y media.

Quitó la mesa y telefoneó a Livia.

—Te llamo porque voy a salir. Creo que volveré tarde.

—¿La vigilancia habitual?

No le gustó el tono con que Livia le hizo la pregunta.

—Voy a pasarme la noche en vela, ¿y tú te pones irónica?

—Perdona, pero no tenía intención de ponerme irónica.

Entonces, ¿era él quien, por su sentimiento de culpa, lo malinterpretaba todo? Se sintió como un gusano; no sólo mentía a Livia, sino que le atribuía intenciones que no tenía. El señor comisario Montalbano no se estaba gustando nada.

Una vez acabada la conversación telefónica, abrió el paquetito. Dentro había unas llaves. Se las guardó en el bolsillo, se puso la americana y salió de casa.

Cuando llegó al barrio de lujo, que a la luz de una media luna parecía más una pesadilla tras un atracón que una zona residencial, se adentró en la paralela a via Cavour, via Costantino Nigra, adonde daba la parte trasera de los edificios.

En cuanto estuvo a la altura de la construcción en forma de cucurucho de helado, aparcó. Sin embargo, antes de bajar esperó cinco minutos.

Luego, en vista de que no pasaba ni un alma y de que no había luz en ninguna ventana, salió del coche, cruzó la calle y se encontró ante la puerta de servicio. La abrió con tres vueltas de llave, entró y cerró de nuevo con llave.

Se hallaba en una especie de cuarto iluminado con tubos de neón y atestado de bicicletas y ciclomotores. A la izquierda había una escalera que llevaba a los pisos superiores, y justo enfrente, un ascensor. Subió y pulsó el botón del último piso. Era lento, más un montacargas que un ascensor.

Y mientras subía hacia su paraíso terrenal, la acostumbrada serpiente, que se encontraba siempre en los alrededores, le silbó al oído: « ¡Sin duda no eres el único que conoce este camino secreto! ¡A saber cuántos lo han recorrido!»

Pero esa vez la serpiente no tuvo éxito en su intento. No hacía sino revelarles cosas que, conociendo las costumbres de Angelica, podía imaginar por sí solo.

El ascensor se detuvo. Había llegado.

Su respiración era acelerada y jadeante, como si hubiera subido a pie los seis pisos, así que decidió calmarse un poco antes de llamar a la puerta.

Cuando hubo recobrado el aliento, alargó un dedo para pulsar el timbre. Y en ese preciso momento el otro medio Montalbano le dijo: « ¡Estás haciendo una solemne tontería!»

Sin saber cómo, se encontró de nuevo dentro del ascensor, decidido a renunciar al paraíso.

Y fue entonces cuando oyó la voz de Angelica:

—Pero ¿qué haces dentro del ascensor?

Abrió. Su destino ya estaba sellado.

—Se me había caído el encendedor.

Ella le sonrió. Y él, completamente deslumbrado por aquella sonrisa, dejó que lo cogiera de la mano y lo llevara dentro.

El piso-nave espacial estaba en perfecto orden; parecía que los ladrones nunca hubieran entrado.

—Pero ¿qué te robaron? —se le escapó.

—¿No has visto la lista?

—No.

—Pues una fortuna en joyas y pieles.

—¿Dónde las tenías?

—¿Las joyas? En una pequeña caja fuerte que hay en mi estudio, escondida detrás de un cuadro. Me gasto todo el dinero en joyas, ¿sabes? Muchas las heredé de mi madre; fue ella quien me contagió la pasión. Las pieles estaban en el armario.

—¿No podías guardarlo todo en tu banco?

—Podría, sí, pero no lo hice porque habrían aumentado las habladurías sobre mí. Pero bueno, ¿has venido a interrogarme?

—No. He venido para saber...

—Ven, salgamos a la terraza.

—¿Y si nos ven?

—No pueden vernos. Confía en mí.

La siguió.

La terraza era enorme, como había imaginado. Pero lo que le impresionó fue la gran cantidad de plantas que había, flores, rosas.

*Cerca de allí ve una espesura llena
de espinos blancos y de rosas rojas...*

¡Dios mío! ¡Ya empezaba otra vez con Ariosto!

Pero no podía hacer nada; la Angelica que tenía al lado encajaba demasiado bien con la de su recuerdo de adolescencia. Parecía que estaban en el jardín del Edén. El perfume del jazmín aturdiría.

Angelica encendió sólo una lamparita que despedía una luz pálida.

—¿Dónde quieres que nos pongamos?

Sólo había dos posibilidades. Una especie de tumbona muy bajita, suficientemente ancha para dos personas, y un balancín de tres plazas.

—En el balancín —decidió con prudencia Montalbano.

Era cómodo, con muchos cojines. Como estaba casi pegado a la pared, no resultaba visible desde los edificios vecinos.

—¿Whisky?

—Sí.

Angelica le sirvió medio vaso y se lo tendió. Luego se sirvió otro medio para ella y fue a apagar la lamparita.

—Atrae a los mosquitos —dijo, y se sentó a su lado.

—¿Las plantas las cuidas tú?

—Aunque quisiera, no tendría tiempo. Viene un jardinero a las seis de la mañana dos veces a la semana. Sale un poco caro, pero les tengo demasiado cariño a mis flores, a mis rosas.

Se hizo el silencio.

Poco a poco, los ojos de Montalbano se acostumbraron a la oscuridad.

Veía el perfil de Angelica, que parecía dibujado por un gran maestro, y su largo cabello, que se mecía ligeramente, movido de forma intermitente por una brisa dulce como una caricia.

¡Qué guapa era!

Todo su ser la deseaba, pero una parte del cerebro aún oponía resistencia.

Ahora, a causa del balanceo, sus cuerpos estaban en contacto. Pero ninguno de los dos hacía ademán de apartarse. De hecho, aunque no abiertamente, se pegaban más el uno al otro.

Montalbano disfrutaba del calor de ella contra su costado. Angelica hizo un

movimiento hacia él, y el comisario notó la suavidad de un pecho que se apoyaba en su brazo.

Habría querido estar así la noche entera.

¡Qué cielo había! Las estrellas parecían bajísimas, y un puntito luminoso, quizá un globo sonda, navegaba despacio hacia oriente.

¡Madre de Dios, ese perfume de jazmín! ¡Hacia que le diera vueltas la cabeza! Y el vaivén del balancín que lo acunaba, lo embriajaba, le relajaba músculos y nervios...

Para poner la guinda al pastel, Angelica empezó a canturrear a media voz algo que parecía una nana...

El comisario cerró los ojos.

De pronto sintió los labios de Angelica sobre los suyos, con fuerza, con pasión.

Le faltó voluntad para resistirse.

Miró el reloj. Eran las cuatro y media. Se levantó de la cama.

—¿Ya te vas?

—Falta poco para que amanezca.

Fue al cuarto de baño a vestirse; le daba vergüenza que ella lo viera.

Cuando estuvo preparado, Angelica, en bata, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

—¿Nos vemos mañana?

—Nos llamamos.

Ella lo acompañó hasta el ascensor y volvió a besarlo.

Montalbano llegó a Marinella pasadas las cinco. Se sentó en la galería.

Había ido a casa de Angelica para que le diera el nombre de sus cortejadores más insistentes, pero no le había dicho nada.

No; tenía que ser sincero consigo mismo: había ido sobre todo con la secreta esperanza de que sucediera lo que había sucedido.

Pero, bien mirado, había descubierto algo importante: la Angelica que había hecho el amor con él era una mujer como las demás, aunque sin duda mucho más guapa.

¿Y qué esperaba?

¿Algo estilo poema caballeresco? ¿Fuegos artificiales? ¿Música de violines de fondo, como en las películas?

En cambio, había sido algo casi banal, nada extraordinario, media desilusión.

Bien mirado, se había tratado de una especie de trueque de cuerpos. Ella deseaba el suyo; él, el de ella. Habían resuelto el problema y santas pascuas. Más amigos que antes.

*Cuando Orlando volvió a su ser primero,
mucho más sabio y más viril que nunca,
fue juntamente del amor librado,
y aquella a la que había amado tanto
y tan bella y gentil le parecía,
por cosa vil la reputaba ahora.*

Al desvestirse para meterse en la cama, se percató de que no le había devuelto las llaves a Angelica.

Las dejó encima de la mesilla. Pero sabía que no volvería a utilizarlas.

• • •

Esperaba dormir unas tres horas, pero no hubo manera de conciliar el sueño.

Porque, en cuanto cerró los párpados, empezó a importunarle una especie de desazón cuyo origen era, qué duda cabía, lo sucedido con Angelica.

Por más que deseara repetirse que esa mujer ya había salido definitivamente de su corazón, el hecho innegable era que en su corazón había estado, ¡y de qué manera!

Y los hechos pesan; no se borran con facilidad, no son palabras que se lleva el viento...

¿Cómo había podido ocurrir? Ni siquiera tenía la excusa de la lejanía de Livia. Hasta un día antes de que todo empezara, Livia estaba con él, pero, en cuanto se había vuelto de espaldas, él, sin perder tiempo, se había encaprichado de otra mujer.

Durante años y años, en su vida sólo había estado Livia. Luego, llegado a cierta edad, ya no había sabido permanecer indiferente ante las oportunidades. ¿Añoranza de la juventud? ¿Miedo a la vejez? Se había dicho todo lo habido y por haber, era inútil ponerse a repetir la letanía, pero sentía que no eran razones suficientes.

Tal vez si hablara del asunto con alguien... Pero ¿con quién?

Más tarde, a través de la neblina del duermevela en que se había sumido hacia las siete y media, oyó el timbre insistente del teléfono.

Fue con los ojos cerrados hasta el aparato y descolgó.

—¿Sí...?—dijo con una voz de ultratumba.

—Soy Angelica. ¿Te he despertado?

Montalbano no sintió ninguna emoción al oír su voz.

—No.

—¡Anda! Pero si tienes la voz más ronca que...

—Estaba haciendo gárgaras.

—Oye, ¿por casualidad le dijiste a Fazio que nos veríamos?

—No; le dije que me llamarías por teléfono.

—Para que veas que soy generosa, voy a ahorrarte quedar mal. ¿Tienes papel y bolígrafo a mano?

—Sí.

—Entonces, escribe. Michele Pennino, via De Gasperi treinta y ocho. En torno a los cuarenta. Soltero. Era cliente del banco, riquísimo, no sé a qué se dedica. Perdió literalmente la cabeza por mí. Cuando comprendió que mi negativa era de verdad, canceló sus cuentas en el banco y le dijo al director que lo hacía porque yo siempre lo había tratado mal. ¿Has tomado nota?

—Sí, continúa.

—El otro se llama Eugenio Parisi, via del Gambero veintiuno, casado, dos hijos, sobre los cincuenta. Lo conocí en una fiesta. Lo que te cuente es poco: ramos de rosas todas las mañanas e incluso un collar que le devolví. Se vengó mandando una carta anónima a mi novio, cuya dirección había descubierto no sé cómo. La carta decía que yo era prácticamente una ramera.

—Pero ¿cómo puedes estar segura de que fue él quien...?

—Por algunos detalles que sería demasiado largo explicar.

Una idea cruzó la mente del comisario.

—¿Tienes todavía esa carta?

—¡No, figúrate...! Y eso es todo. Oye, ¿esta noche vienes a...?

Montalbano cerró los ojos y se zambulló.

—Ah, quería decirte que puedes pasar por la tarde a recoger la cajita con las llaves.

Casi antes de terminar de hablar, ya se había arrepentido. Pero se impidió rectificar mordiéndose la lengua.

Ella se quedó unos instantes en silencio y luego dijo:

—Comprendo. Adiós.

—Adiós.

Colgó y soltó un berrido idéntico al de Tarzán en la jungla.

Se había liberado.

Antes de que pudiera volver al dormitorio, el teléfono sonó otra vez.

—¿Sí...?

—Buenos días.

Era Livia.

—He llamado antes, pero estabas comunicando. ¿Con quién hablabas?

Una idea valiente le pasó por la cabeza: ¿por qué no contárselo todo? Sí, claro, al principio Livia se sentiría dolida, pero luego, pasado el enfado, igual sabría ayudarlo... Era la única persona del mundo que lo entendía como ni siquiera él lograba entenderse.

Se notaba sudoroso.

—Bueno, ¿qué te pasa? ¿Con quién hablabas?

Montalbano inspiró profundamente.

—Con una mujer. —Ya estaba dicho.

—¿Y qué quería?

—¿Puedes esperar un momento?

—Claro.

Fue corriendo a la cocina, bebió un vaso de agua, entró en el baño, se lavó la cara y volvió al teléfono.

—¿Qué quería esa mujer de ti?

¡Vamos, Montalbano! ¡Ánimo, dispara!

—Como hemos pasado la noche juntos...

—¿En qué sentido?

—¿Cómo que en qué sentido? Nos hemos acostado.

Se produjo un silencio.

—O sea, que cuando me dijiste que ibas a hacer una vigilancia, era mentira.

—Sí.

Otro terrible silencio.

Montalbano esperaba que se desatara el diluvio universal. En cambio, oyó la risa divertida de Livia. ¿Estaba tan afectada por la confesión que había perdido el juicio?

—¡Livia, por favor, para! ¡No te rías!

—¡No voy a picar, cariño!

Se quedó anonadado. ¡No lo creía!

—No comprendo por qué quieres que me ponga celosa, pero no voy a picar. ¡Se te ocurre decirme nada menos que has estado con una mujer! Pero ¡si te dejarías desollar vivo antes que admitirlo! ¿Querías gastarme una broma? Pues te ha salido mal.

—Oye, Livia...

—¿Sabes qué te digo? ¡Que me he hartado!

Y colgó.

Montalbano se quedó petrificado con el auricular en la mano.

Fue a acostarse de nuevo, vaciado de toda energía. Permaneció con los ojos cerrados sin pensar en nada.

Al cabo de una media hora oyó que abrían la puerta de la calle.

—Adeli, ¿eres tú?

—Sí, *signor dottori*.

—Prepárame una buena taza de café cargado.

• • •

Llegó a la oficina casi a las diez.

—Mándame a Fazio —le dijo a Catarella.

—Ahora mismito, *dottori*.

Fazio entró con una pila de papeles que dejó encima de la mesa.

—Todos para firmar. Ninguna novedad esta noche.

—Mejor así.

Fazio se sentó.

—*Dottore*, ayer usía me dio cuatro nombres sobre los que había que indagar.

—¿Y qué has averiguado?

—En el poco tiempo que he tenido, he preguntado en la ciudad sólo por Maniace. De los otros empezaré a ocuparme hoy.

—¿Qué me dices de Maniace?

—¿Puedo coger la hoja que llevo en el bolsillo?

—Sí, pero con la condición de que no me des ningún dato del tipo que ya sabes.

Fazio padecía lo que Montalbano llamaba el síndrome del registro civil. De toda persona sobre la que buscaba información, Fazio pedía un sinnúmero de detalles inútiles como nombre del padre y la madre, lugar y hora de nacimiento, domicilios anteriores, nombre y edad de los posibles hijos, parientes cercanos, parientes lejanos... Una verdadera fijación.

Fazio echó un vistazo al papel, se lo guardó de nuevo y empezó:

—El aparejador Giorgio Maniace tiene cuarenta y cinco años y es, como creo que ya le dije, viudo. Es presidente de los hombres católicos de la localidad.

—Eso no significa nada. Aparte de los extracomunitarios, el cien por cien de los delincuentes nacionales que mandamos a la trena son católicos y quieren al Papa.

—De acuerdo, pero me parece que éste es un caso especial. Maniace procede de una familia rica. Y hasta los treinta y cinco años, él y su mujer, que dicen que era muy guapa, se lo pasaban en grande. Después tuvo un accidente.

—¿Qué clase de accidente?

—Tenía un coche deportivo muy veloz. Iba con su mujer a Palermo, y en las proximidades de Misilmeri una niña de cinco años cruzó corriendo la carretera delante de él. La mató en el acto. Aturdido, se quedó paralizado y perdió el control. El coche siguió corriendo, se salió de la carretera y cayó por un barranco. Él se rompió tres costillas y el brazo izquierdo, pero su mujer murió cuatro días después en el hospital. Entonces, su vida cambió.

—¿Lo condenaron?

—Sí, pero fue poca cosa. Había testigos que declararon que, aunque hubiera ido a veinte por hora, la niña habría acabado igualmente bajo las ruedas.

—¿Y en qué sentido cambió su vida?

—Vendió casi todo lo que poseía y se puso a hacer obras de caridad. Se quedó sólo con una casita en el campo y la de aquí. Es un hombre verdaderamente devoto.

—En conclusión, ha sido una pérdida de tiempo.

—No, *dottore*, no lo es si así hemos podido eliminar un nombre de los cuatro. —Se miró las puntas de los zapatos y preguntó—: ¿Lo llamó anoche la señorita Cosulich?

—Sí. Me dio dos nombres. —Ahora le tocó a él sacar del bolsillo una hoja y tendérsela a Fazio—. Pennino, para vengarse del rechazo de Angelica Cosulich, canceló las cuentas en el Banco Sículo-Americano y la acusó ante el director de haberlo tratado mal.

—Yo conozco a este Pennino.

—¿Y cómo es?

—Creo que es capaz de cualquier cosa.

—Parisi, en cambio, es de los que mandan cartas anónimas.

Fazio aguzó el oído.

—Si la señorita Cosulich pudiera darnos una...

—¿Quieres compararla con las que me ha mandado el señor X?

—Sí.

—Siento decepcionarte. Angelica Cosulich tenía una, pero la tiró. Oye, no quiero cargarte con demasiado trabajo. De Pennino y Parisi me ocupo yo.

Escribió en un papel el nombre y la dirección de Pennino y de Parisi y le dijo a Catarella que fuera a su despacho.

—Manda un fax a la Jefatura Superior. Quiero saber si han realizado investigaciones, si hay alguna abierta o si tienen intención de hacerla, sobre estos dos individuos.

—*Inmediatamente, dottori.*

Después de pasarse una hora firmando papeles, se masajeó el brazo y se fue a comer.

—Enzo, este paquete se lo das a la señorita, que pasará esta tarde.

Enzo no se atrevió a hacer ningún comentario.

Simultáneamente a la realización de ese gesto definitivo, Montalbano notó que le entra un hambre canina. Hasta Enzo se quedó un poco impresionado.

—Buen provecho, *dottori.*

El paseo por el muelle lo hizo a paso ligero, casi corriendo, no con la calma habitual. Y cuando llegó al faro, le pareció insuficiente, así que giró sobre los talones y repitió el recorrido de ida y vuelta.

Finalmente, jadeando, se sentó en la roca plana y encendió un cigarrillo.

—Lo he conseguido —le comunicó al cangrejo que estaba parado en medio del musgo y lo miraba intrigado.

• • •

—¡Ah, *dottori!* ¡Ahora mismo ha llamado un *dottori* como usía de la Jefatura de Montelusa!

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Espere, que me lo he apuntado en un *papilito*. Se llama Pisquanelli.

—Pasquarelli, Catarè.

Era el jefe de la brigada antidroga.

—¿Y yo qué he dicho?

Más valía dejarlo estar.

—¿Qué quería?

—Ha dicho que si usía va a verlo a él, que es el mismo susodicho, lo más pronto posible, será mucho mejor para él.

—¿Ese él es Pasquarelli?

—No; ese él es usía.

No tenía nada urgente que hacer. Y prefería mil veces pasar el rato con esa visita a Montelusa que ponerse a firmar papeles.

—Voy enseguida.

Montó de nuevo en el coche y se fue.

Pasquarelli sabía hacer su trabajo y por eso Montalbano congeniaba con él.

—¿Por qué te interesa Michele Pennino? —le preguntó Pasquarelli en cuanto lo vio aparecer.

—¿Y a ti por qué te interesa mi interés por Pennino?

Pasquarelli se echó a reír.

—Está bien, Salvo, empiezo yo. Pero antes te advierto que he hablado del asunto con el jefe superior y ha reconocido que tengo prioridad.

—¿Prioridad sobre qué?

—Sobre Pennino.

—Entonces resulta inútil que esté aquí perdiendo el tiempo.

—Vamos, Salvo, nos apreciamos mutuamente, así que no viene a cuento que nos hagamos la guerra. ¿Por qué te interesa?

—Cabe la posibilidad de que sea el jefe de una banda de ladrones que han cometido en Vigàta...

—He oído hablar de ese asunto. Es imposible que se trate de él.

—¿Por qué?

—Porque desde hace más de un mes y medio lo tenemos sometido a estrecha vigilancia.

—¿Droga?

—Tenemos la certeza casi absoluta de que después de la muerte de Savino Imperatore, que era el mayor importador de la provincia, su puesto lo ocupó precisamente él. Puedo asegurártelo, Salvo, Pennino no es el hombre que buscas. Pongo la mano en el fuego.

—Gracias —dijo el comisario.

Y se marchó.

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Ah, *dottori!*

Era el típico lamento desgarrador de Catarella cuando llamaba el señor jefe superior.

—¿Qué quería?

—¡Él, o sea, el susodicho *signor jefe* superior, ha dicho que desea verlo inmediatamente de inmediato con urgentísima urgencia sin entretenerse ni un minuto!

Pero ¡sí acababa de llegar de Montelusa!

Soltando una retahíla de tacos, montó de nuevo en el coche.

Tuvo que esperar tres cuartos de hora en la antesala hasta que el jefe superior lo recibió.

—Siéntese.

Montalbano se quedó de una pieza. ¿Le ofrecía asiento? ¿Qué estaba pasando? ¿Era el fin del mundo?

Luego oyó que llamaban quedamente a la puerta.

—Adelante —dijo el jefe superior.

Apareció el subjefe superior Ermanno Macannuco. De casi dos metros de estatura, soberbio y antipático, llevaba la cabeza como los curas llevan el Sacramento en las procesiones.

Estaba destinado en la Jefatura Superior de Montelusa desde hacía apenas cuatro meses, pero para Montalbano habían sido más que suficientes para comprender que era un imbécil consumado.

El jefe superior le ofreció asiento.

Macannuco no saludó a Montalbano y éste fingió no haberlo visto.

—Hable usted —pidió Bonetti-Alderighi.

Macannuco habló, pero dirigiéndose en todo momento al jefe superior y sin dignarse dedicarle una sola mirada a Montalbano.

—He considerado que la posible investigación de la comisaría de Vigàta debe ser interrumpida porque interfiere.

—¿Con qué? —preguntó Montalbano al jefe superior, el cual no respondió, sino que miró a Macannuco.

—Con una investigación pretérita —respondió este último.

Al oír eso, Montalbano decidió divertirse. Puso cara de perplejidad absoluta.

—¿Qué significa « una investigación emérita » ?

—No ha dicho « emérita », sino « pretérita » —aclaró el jefe superior.

—Discúlpenme, pero según los más prestigiosos diccionarios de la lengua, se dice « pretérita » de una cosa ya acaecida en el pasado. Luego, si la investigación sobre Parisi ya fue realizada en el pasado por el *dottor* Macannuco, no veo de qué forma una nueva investigación llevada a cabo por mí puede...

—¡Montalbano, por lo que más quiera, no se me ponga filológico! —le pidió el jefe superior.

—He usado « pretérita » en la acepción de « precedente » —especificó con desdén Macannuco.

—Pero ¡yo no he hecho con precedencia ninguna investigación sobre Parisi! —protestó el comisario.

—¡La estamos haciendo nosotros! —exclamó Macannuco.

—¿Por qué motivo?

—Pietro Parisi es con toda seguridad un pedófilo que dirige una red con

ramificaciones en toda Italia.

—Pero ¿su nombre pretérito era Eugenio? —preguntó Montalbano con cara de angelito.

—¿Qué estupideces dice? —preguntó a su vez Macannuco, irritado, al jefe superior—. Mi investigado se llama Pietro.

—Y el mío Eugenio.

—¡No es posible! —exclamó Macannuco.

—¡Lo juro solemnemente! —declaró Montalbano, poniéndose en pie y extendiendo el brazo derecho para remedar el juramento de Pontida.

—¿No sería mejor hacer una rápida comprobación? —propuso paternalmente el jefe superior a Macannuco.

Este se metió una mano en el bolsillo, sacó una hoja, la desplegó, la leyó, se quedó blanco como el papel, se levantó e hizo una inclinación ante el jefe superior.

—Perdone, me he equivocado —dijo, y salió andando como un pavo.

—Le hemos hecho perder el tiempo —se disculpó el jefe superior.

—¡Por favor! —replicó un magnánimo Montalbano—. ¡Verlo siempre es un placer!

• • •

Mientras regresaba a Vigàta, decidió ir a hablar enseguida con Parisi.

Se inventó una excusa. Le contaría que Angelica Cosulich lo había denunciado, que habían hecho una peritación de la carta anónima y que su letra resultaba compatible con aquélla. En resumen, dispararía al azar con la esperanza de obtener algo.

Recordaba que via del Gambero estaba en los alrededores del puerto. Acertó. El número 21 era una enorme casa de vecinos con portero.

—¿Eugenio Parisi?

—No está.

—¿Qué significa que no está?

—Significa exactamente lo que he dicho.

Pero ¿qué les pasaba a los porteros de Vigàta?

—Pero ¿vive aquí?

—Vivir, lo que es vivir, vive.

Montalbano perdió la paciencia.

—¡Soy el comisario Montalbano!

—Y yo, el portero Sciabica.

—Dígame en qué piso vive.

—En el último, el octavo.

Montalbano se dispuso a subir.

—El ascensor está averiado —le advirtió el portero.

Montalbano dio media vuelta.

—¿Por qué me ha dicho que no está?

—Porque se encuentra en Palermo, en el hospital. Su mujer también se ha trasladado allí.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace dos meses.

—Gracias.

—De nada.

Otro tiro errado.

• • •

Estaba entrando en el aparcamiento de la comisaría cuando vio que Catarella salía como un cohete en dirección a él. Tenía los brazos levantados y los agitaba en señal de gran noticia.

—¡Ah, *dottori, dottori, dottori!*

Eso significaba algo peor que una llamada del jefe superior.

—¿Qué pasa?

—¡Ha habido otro *arobo!*

—¿Dónde?

—En la calle que se llama Mazzini, en el número cuarenta y uno.

¡El mismo barrio de los Peritore y Angelica Cosulich!

—¿Quién ha llamado?

—Uno que dice que se llama Pirretta.

¡Antonino Pirrera! ¡El número nueve de la lista!

—¿Cuándo ha llamado?

—Hacia las cinco y media.

—¿Dónde está Fazio?

—Ya está in situ.

Fazio estaba ante la entrada del número 41 de via Mazzini hablando con un hombre. Estaba también la furgoneta de la Policía Científica.

En este caso, el arquitecto había construido una casa bifamiliar, pero al estilo de los refugios de los Alpes bávaros. Tejado a dos aguas para evitar la acumulación de la nieve que jamás, desde que el mundo es mundo, había caído en Vigàta.

—¿Cómo ha ocurrido? —le preguntó Montalbano a Fazio.

—El señor es el portero del inmueble de al lado.

El hombre le tendió la mano.

—Ugo Foscolo —se presentó.

—Perdone, ¿por casualidad nació usted en Zante? —bromeó Montalbano.

—Cuéntele al comisario lo que ha ocurrido —pidió Fazio.

—Hacia las cuatro de esta tarde, una furgoneta se detuvo delante de mi edificio y el conductor me explicó que tenían que orientar mejor la antena parabólica de los señores Pirrera, que está sobre el tejado de su casa.

—Dígame exactamente qué querían de usted.

—Como sabían que yo tengo llaves del cuarenta y uno...

—¿Por qué las tiene?

—En la planta baja del cuarenta y uno viven los señores Tallarita, que salen a las siete de la mañana y vuelven a las cinco y media de la tarde. Los señores Pirrera, que viven en el primer piso, salen a las ocho, vuelven para comer, salen de nuevo, y luego la mujer vuelve hacia las cinco y media y el marido después de las ocho. Por eso me dejan a mí una llave del portal, por si hace falta entrar para algo.

—¿Qué querían?

—Que les abriera el portal y la puertecita de la escalera que sube hasta el tejado.

—¿Y usted lo hizo?

—Sí, señor.

—¿Esperó a que terminaran el trabajo?

—No, señor; volví a mi garita.

—¿Y qué pasó luego?

—Al cabo de unos tres cuartos de hora, vinieron a decirme que habían terminado y me dieron las gracias. Entonces yo fui a cerrar.

—¿Cuántos eran?

—Tres.

—¿Les vio la cara?

—A dos sí, al otro no.

—¿Por qué?

—Llevaba gorra y una bufanda hasta la nariz. Estaba resfriado, tosía.

—Gracias, puede marcharse. Ahora —le dijo Montalbano a Fazio—, cuéntame tú la continuación.

—*Dottore*, los tres subieron al tejado, rompieron el tragaluz, entraron en la vivienda de los Pirrera y fueron directos a la caja fuerte. La abrieron y

sanseacabó. Por eso he llamado a la Científica.

—Has hecho bien. ¿A qué se dedica el señor Pirrera?

—Tiene una joyería. Se ocupa de ella con su mujer. Está desesperado.

—¿Y no robaron nada más de la casa?

—Parece que no.

—¿Ha venido también Arquà con sus hombres?

—Sí, señor.

Arquà era el jefe de la Científica y Montalbano no lo soportaba. Lo mismo le sucedía a Arquà con él.

—Oye, yo me voy a Marinella. Llámame luego y me lo cuentas todo.

—De acuerdo.

—Ah, quería decirte que he hecho averiguaciones sobre Pennino y Parisi. A Pennino lo tienen bajo vigilancia los de antidroga. Parisi está desde hace dos meses en un hospital de Palermo.

—O sea, que la señorita Cosulich se equivocaba.

—Eso parece. Ah, oye, puedes retirar la vigilancia nocturna de las casas. Ya hemos perdido la partida. —Giró sobre los talones, dio tres pasos y volvió atrás—. Dile al portero que venga a la comisaría mañana por la mañana. A dos les vio la cara. Enséñale el fichero. No espero que reconozca a ninguno, pero es algo que hay que hacer.

En Marinella se metió bajo la ducha buscando un efecto calmante. Las idas y vueltas a Montelusa, el robo y la conciencia de haber perdido la partida lo habían puesto nervioso.

¡El señor X lo había conseguido! ¡Había cambiado por completo de sistema y había acertado!

Había cumplido su palabra; era preciso reconocerlo.

Y lo había hecho quedar como un idiota.

No tuvo ni ganas de ver qué le había preparado Adelina para cenar. Se quedó en la galería, impotente y furioso al mismo tiempo.

Ahora ya estaba claro. Era preciso mirar la verdad de frente. Había llegado la edad de la jubilación.

La llamada de Fazio se produjo media hora después.

—*Dottore*, el *dottor* Pirrera está camino de la comisaría para presentar la denuncia. Pero quería decirle que la Científica ha descubierto algo que quizá sea importante.

—¿Qué ha descubierto?

—Una llave en el tejado, una llave de coche. Según ellos, la perdió uno de los

ladrones; descartan que estuviera allí antes.

—¿Hay huellas?

—No, señor. Y tampoco en la caja fuerte. Además de eso, quería contarle un rumor que he oído.

—Cuenta.

—Para ser sincero, no es un rumor, sino un verdadero vocerío. Que Pirrera es un usurero.

—Bueno es saberlo. ¿Quién tiene la llave?

—Yo.

—Voy para allá.

—¿Para hacer qué?

—Luego te lo digo.

Esa llave era para él como una balsa para un náufrago.

—¿Se ha marchado el señor Pirrera?

—Ahora mismo.

—Habéis ido deprisa.

—Ha venido con la lista hecha. Un joyero sabe lo que guarda en su caja fuerte.

—Bien. ¿Tienes los números de teléfono de todos los de la lista?

—Sí, señor.

—¿Cuántos hombres hay en este momento en la comisaría?

—Cinco.

—Que no se vayan. Ahora llama a todos los de la lista. Que te ayude Catarella y alguien más.

—¿Qué hay que decirles?

—Que dentro de una hora los quiero aquí, en comisaría, con todos los coches de su propiedad.

—*¡Dottore*, pero dentro de una hora son las once de la noche!

—¿Y qué?

—A lo mejor alguno ya se ha acostado...

—Si se ha acostado, que se levante.

—¿Y si alguno se niega?

—Le dices que tienes orden de traerlo aquí esposado.

—*Dottore*, lleve cuidado con lo que hace.

—¿Por qué?

—Esa gente es rica, tiene amistades importantes, puede protestar ante altas instancias, perjudicarlo...

—Me trae al fresco lo que hagan. —De repente volvía a ser el Montalbano de antes—. Procederemos así: a medida que lleguen, dejarán en el aparcamiento

sus coches abiertos con la llave puesta y entrarán en la sala de espera. No quiero que vean lo que haremos nosotros en el aparcamiento. ¿Está claro?

—Clarísimo.

—Y ahora, en marcha, no perdamos tiempo.

Estuvo más de una hora junto a la ventana, fumando un cigarrillo tras otro.

Luego entró Fazio.

—Están todos aquí con excepción del señor Camera, al que no hemos conseguido localizar de ningún modo. ¿Se ha enterado? Hemos tenido un golpe de suerte.

—¿En qué?

—Diez de ellos estaban reunidos jugando una partida de bridge. Están todos que trinan y piden explicaciones.

—Se las daremos. ¿Tienes la llave que encontró la Científica?

—En el bolsillo.

—¿Cuántos coches hay?

—Veinticuatro. Algunos tienen más de uno.

—Empieza la comprobación.

Cuando iba por el décimo cigarrillo, tenía la garganta ardiendo y le quemaba la punta de la lengua. Fazio irrumpió triunfal.

—¡Es la llave del coche de Tavella, no cabe duda!

—Me habría jugado las pelotas —dijo Montalbano.

Fazio lo miró perplejo.

—¿Ya lo sospechaba?

—Sí, pero no en el sentido que crees.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Mándalos a todos a casa después de pedirles disculpas. Con excepción de Angelica Cosulich, Tavella y Maniace.

—¿Y por qué no sólo Tavella?

—Es mejor echar un puñado de tierra a los ojos. Cuando todos se hayan ido, vuelve con Angelica Cosulich. Cuidado, deja a alguien de guardia en la sala de espera. Ni Tavella ni Maniace deben salir al exterior por ningún motivo.

Cinco minutos más tarde tenía a Angelica delante, acompañada de Fazio.

—Tomen asiento.

Los dos se sentaron frente a la mesa.

Lo primero que notó Montalbano fue que los maravillosos ojos azules de Angelica parecían haber perdido color.

—Le pido disculpas por haberla retenido, señorita Cosulich. Pero es sólo para

comunicarle que hemos indagado a fondo sobre los dos nombres que usted tuvo la amabilidad de darnos. Ninguno de los dos, por desgracia, pudo ser el autor de la carta anónima.

Angelica se encogió de hombros, indiferente.

—Era sólo una hipótesis.

Montalbano se levantó, ella también. Él le tendió la mano. La de Angelica estaba fría.

—Hasta la vista. Fazio, por favor, acompaña a la señorita y luego haz pasar al señor Maniace.

—Hasta la vista —dijo Angelica sin mirarlo.

Con Maniace tenía que inventarse algo.

—Buenas noches —saludó éste, entrando.

—Buenas noches —contestó Montalbano, levantándose y tendiéndole la mano —. Siéntese. Es cuestión de unos segundos.

—A su disposición.

—Un tal Davide Marcantonio afirma que hace diez años fue socio suyo en una empresa de pompas fúnebres. Y como resulta que Marcantonio está imputado...

—Un momento —lo interrumpió Maniace—. No conozco a ningún Marcantonio y nunca he tenido una empresa de pompas fúnebres.

—¿En serio? ¿Usted nació en Pietraperzia?

—No; en Vigàta.

—Entonces debe de tratarse de un caso de homonimia. Le pido disculpas. Buenas noches. Fazio, acompaña al señor.

Fazio volvió disparado.

—¿Llamo a Tavella?

—No; deja que se cueza en su propia salsa. Ha visto que hemos despachado en un momento a Cosulich y Maniace, y ahora estará preguntándose por qué no lo llamamos a él. Cuanto más nervioso se ponga, mejor.

—*Dottore*, ¿me explica cómo es que ha pensado enseguida en él?

—Me dijiste que Tavella está cargado de deudas de juego. Y también me dijiste que Pirrera es un usurero. ¿Cuánto son dos más dos?

—Cuatro —respondió Fazio.

—Y eso es lo que quieren hacernos creer. Pero, en este caso concreto, dos más dos no suman cuatro, sino otra cantidad.

Fazio dio un respingo en la silla.

—Entonces, usted cree que...

—... que Tavella es un perfecto chivo expiatorio. Pero puedo equivocarme. ¿Hay bares abiertos a estas horas?

—Cerca de aquí no, *dottore*. Pero si quiere café, Catarella tiene una cafetera. Le sale bueno.

Después de tomarse el café, Montalbano le dijo a Fazio que fuera a buscar a Tavella.

Era un cuarentón delgado, bien vestido, con el pelo rizado, gafas y un ligero tic.

—Siéntese, señor Tavella. Lamento la espera, pero antes tenía que hacer unas comprobaciones.

Tavella se sentó y se ajustó la raya de los pantalones. Después se tocó dos veces la oreja izquierda.

—No comprendo por qué...

—Lo comprenderá. Y tenga la amabilidad de no hacer comentarios y limitarse a responder a mis preguntas. Así terminaremos antes. ¿Dónde están las llaves de su coche?

—El señor aquí presente nos ha dicho que debíamos...

—Ah, es verdad. Fazio, ve a buscarlas.

Antes de salir, Fazio lo miró. Montalbano le devolvió la mirada. Se entendieron al vuelo.

—¿Dónde trabaja, señor Tavella?

—En el ayuntamiento, en el área de administración de bienes públicos. Soy perito mercantil.

—¿Esta tarde ha ido a trabajar?

—No.

—¿Por qué?

—Había pedido permiso para echarle una mano a mi mujer. Por la noche iban a venir a casa un grupo de amigos para la habitual partida de bridge.

—Comprendo.

Fazio volvió con las llaves. Eran dos en una anilla metálica. Las dejó encima de la mesa.

—Mírelas bien, señor Tavella. ¿Son las de su coche?

—Sí.

—¿Está seguro?

Tavella se levantó a medias de la silla para mirarlas más de cerca. De nuevo se tocó dos veces la oreja izquierda.

—Sí, son las mías.

—Una es la de contacto, para poner en marcha el motor, y la otra es la del maletero. ¿Correcto?

—Correcto.

—Ahora explíqueme cómo es que en esta llave de contacto no están sus huellas.

Tavella se quedó perplejo. Abrió la boca y la cerró. Sintió la necesidad

urgente de ajustarse la raya de los pantalones. Y de tocarse cuatro veces la oreja izquierda.

—No es posible. ¿Cómo habría podido venir sin utilizar la llave?

—Porque la que usted ha utilizado es otra. Fazio, ponla sobre la mesa.

Fazio se enfundó los guantes, sacó la llave de una bolsita de plástico y la dejó sobre la mesa, al lado de las otras dos.

—Esta que usted ve en el llavero, la ha cambiado Fazio antes de volver aquí.

—No entiendo nada —dijo Tavella, tocándose ocho veces la oreja izquierda

—. Y esta otra llave mía, ¿cómo es que la tienen ustedes?

—Porque la han encontrado en el tejado de la vivienda del señor Pirrera, donde hoy se ha cometido un robo. Sin duda, usted lo sabe.

Tavella se quedó lívido como un muerto. Se puso en pie temblando de arriba abajo.

—¡Yo no he sido! ¡Lo juro! ¡Las llaves de repuesto están en mi casa!

—Síntese, por favor. Y trate de calmarse. ¿Dónde las tiene?

—Colgadas junto a la puerta de casa.

Montalbano empujó el teléfono hacia él.

—¿Su mujer sabe conducir?

—No.

—Llámela y pregúntele si las llaves de repuesto están en su sitio.

A Tavella le temblaban tanto las manos que se equivocó dos veces al marcar el número. Fazio intervino mientras la oreja izquierda del perito era torturada por su propietario.

—Dígame el número.

Tavella se lo dijo. Fazio marcó y le pasó el auricular.

—¿Ernestina? Hola... No, no me ha pasado nada; aún estoy en la comisaría. Un contratiempo, una cosa sin importancia. Sí, estoy bien, no te preocupes. Hazme un favor. Ve a ver si las llaves de repuesto del coche están en su sitio.

Tavella tenía la frente perlada de sudor. La oreja izquierda se le había puesto roja como un tomate.

—¿No están? ¿Has mirado bien? De acuerdo, hasta luego. —Colgó y abrió los brazos, desolado—. No sé qué decir.

—Entonces, ¿usted no sabe cuándo desaparecieron?

—¡No me había fijado! Estaban allí con las demás, las del sótano, las del desván...

—Respóndame con sinceridad, señor Tavella.

—¿Y qué he hecho hasta ahora?

—¿Usted le debe dinero a Pirrera?

Tavella no vaciló.

—Sí. No es un secreto. ¡Todo el mundo lo sabe!

—¿Sus amigos también?

—Por supuesto.

—¿Cuánto le debe?

—Al principio eran cien mil euros. Ahora se han convertido en quinientos mil.

—¿Pirra es un usurero?

—Juzgue usted mismo. ¡Lleva treinta años sin hacer otra cosa que chuparle la sangre a media ciudad!

Un enorme e inexplicable —o quizá demasiado explicable— cansancio se abatió de golpe sobre el comisario.

—Señor Tavella, por desgracia me veo obligado a retenerlo.

El desdichado se cogió la cabeza con las manos y se echó a llorar.

—Créame, no puedo hacer otra cosa. Usted carece de coartada, han encontrado la llave de su coche en el lugar del robo, tiene buenos motivos para detestar a Pirra...

La rabia por verse obligado a seguir reglas abstractas y la pena por aquel desdichado, cuya inocencia presentía, lo hicieron sentir mal.

—Ahora mismo podrá avisar a su mujer. Y mañana por la mañana llame también a su abogado. Fazio, encárgate de todo.

Salió deprisa y corriendo, como si dentro de su despacho le faltase aire.

Al pasar por delante de Catarella lo vio ocupado con el ordenador.

—¿El juego de costumbre?

—Sí, *signor dottori*.

—¿En qué situación te encuentras?

—Mala. Pero mi compañero, que soy yo, ya está llegando.

Algo dentro de él se rebeló.

Pero ¿por qué debía seguir al pie de la letra el manual de comportamiento del comisario perfecto? ¿Cuándo lo había hecho?

Volvió a su despacho.

Fazio tenía en la mano el auricular para llamar a la mujer de Tavella. Este seguía llorando.

—Fazio, ven un momento.

El inspector se reunió con él en el pasillo.

—Yo a este hombre lo mando a su casa.

—Está bien, pero...

—Escribe un informe diciendo que el calabozo está inutilizable a causa de una inundación pretérita.

—Pero ¡si no llueve desde hace un mes!

—Precisamente por eso es pretérita.

Montalbano entró en el despacho.

—Señor Tavella, lo dejo en libertad. Váyase a casa con su mujer. Pero mañana venga a las nueve con su abogado.

Y antes de que Tavella, desconcertado, empezara a darle las gracias, se fue.

Se le había pasado el hambre por completo.

Como de costumbre, se instaló en la galería.

Ahora ya estaba más que claro que el señor X era alguien de la lista.

De todas las víctimas de robo conocía no sólo vida y milagros, sino también las costumbres, lo que hacían de forma cotidiana.

El señor X probablemente se había apoderado de la llave de Tavella al ir una noche a su casa para la partida de bridge. Pero ¿por qué el señor X, que, si se confirmaba que se trataba de alguien de la lista, era un señor intachable y suficientemente acomodado, se había convertido en jefe de una banda de ladrones?

En la primera carta anónima decía que él no tocaba nada del botín, que lo dejaba todo para sus cómplices. Pero entonces, ¿por qué lo hacía? ¿Por diversión? ¿Ni hablar! A buen seguro, buscaba algo muy importante para él. Y si los robos habían terminado, significaba que lo había encontrado.

El señor X no buscaba algo al azar, sino una cosa concreta. Y por tanto, sabía dónde se hallaba esa cosa.

El único robo que le interesaba era el último, el cometido en casa de Pirrera. Tanto era así que había dejado un indicio contra Tavella. Era una especie de caída del telón al final de la representación.

Todos los robos precedentes habían servido para pagar el trabajo de la banda. Y también para despistar.

¿Acaso el señor X, como Tavella, le debía dinero a Pirrera? ¿O bien Pirrera guardaba en la caja fuerte algo que le interesaba al señor X?

Y siguiendo con el señor X, había otras cuestiones que considerar.

Todas las personas de la lista se conocían desde hacía años, se trataban. ¿Por qué el señor X había decidido en determinado momento, y no antes, robar en las casas de sus amigos? ¿Cuál habría sido el desencadenante? ¿Cuál habría sido la novedad que lo había llevado a convertirse en un delincuente?

Y por último, ¿cómo se había puesto en contacto con una banda de ladrones? No es algo que se encuentre en el libre mercado; uno no va a la oficina de empleo y dice: «Perdone, necesitaría tres ladrones expertos.»

En cualquier caso, Montalbano se prometió que a la mañana siguiente

llamaría a Pirrera y lo sometería al tercer grado.

Acababa de acostarse cuando le acudió a la mente Angelica.

Cuando le comunicó que Pennino y Parisi no tenían nada que ver con la carta anónima, algo en su comportamiento le había llamado la atención. La joven había permanecido indiferente, mientras que él esperaba otra reacción.

Parecía apagada, apática. Era como si todo aquel asunto ya no fuese con ella.

¿Quizá la dirección general del banco había decidido trasladarla?

Finalmente el sueño lo venció.

Pero no durmió más de media hora, porque se despertó de golpe. Un pensamiento intenso, molesto, le impedía seguir durmiendo.

No, no había sido un pensamiento, sino una imagen.

¿Cuál?

Se estrujó las meninges para recordarla.

Al cabo de un rato se acordó: Catarella dentro de su cuartito jugando con el ordenador.

¿A qué demonios venía aquello?

Después recordó la explicación que le había dado Catarella: « La consistencia de este juego consiste en hacer todo el daño que puedas a la pareja adversaria, o sea, la enemiga, y evitar que tu propio compañero sea puesto en grave peligro.»

¿Qué significaba eso?

Presentía oscuramente que esas palabras eran muy importantes. Pero ¿en relación con qué?

Se devanó los sesos hasta el amanecer.

Con las primeras luces del día, algo de luz entró también en su cerebro. Y entonces cerró con fuerza los ojos, como para rechazar aquella luz. Le hacía mucho daño. Y, como la hoja de un cuchillo, le produjo una dolorosa punzada en el corazón.

¡No! ¡No era posible!

Sin embargo...

¡No; era absurdo pensar una cosa semejante!

Sin embargo...

Se levantó, no podía seguir acostado.

Diosmíodiosmíodiosmíodiosmío...

¿Rezaba?

Se puso el bañador.

Abrió la cristalera de la galería.

Diosmíodiosmíodiosmíodiosmío...

El pescador matutino todavía no había llegado.

El aire fresco ponía la piel de gallina.

Bajó a la playa y se zambulló.
Si le daba un calambre y se ahogaba, tanto mejor.
Diosmiodiosmiodiosmiodiosmio...

Chorreado, fue a la cocina, preparó una cafetera y se la bebió entera.

El sonido del teléfono fue como una ráfaga de ametralladora.

Miró el reloj. Eran apenas las seis y media.

—*Dottore?* Soy Fazio.

—Dime.

—Han encontrado un cuerpo.

—¿Dónde?

—En un camino, en Bellagamba.

—¿Dónde está eso?

—Si quiere, paso a recogerlo con el coche.

—De acuerdo.

Decidió no decirle a Fazio la insoportable idea que lo había asaltado. Antes necesitaba respuestas inequívocas.

—¿Quién ha telefoneado?

—Un campesino con un nombre que Catarella no ha entendido.

—¿Ha dado detalles?

—Ninguno. Ha dicho que el muerto se encuentra en un foso justo al lado de una gran piedra donde hay pintada una cruz negra.

—¿Le ha dicho Catarella que espere?

—Sí.

No les costó encontrar la gran piedra con la cruz negra pintada.

Alrededor, una verdadera desolación: no se veía una casa ni pagándola a precio de oro; sólo matas de sorgo, hierbas silvestres hasta el infinito y algún que otro árbol raquítico. Los únicos seres vivos eran saltamontes del tamaño de un dedo y moscas que revoloteaban tan pegadas unas a otras que parecían velos negros en el aire. No se oía ni ladrar a un perro.

Y, sobre todo, no estaba el hombre que había descubierto el cadáver.

Fazio detuvo el coche y bajaron.

—Ese se ha ido. Ha cumplido con su deber, pero no quiere complicaciones — dijo.

El muerto se hallaba dentro del foso que corría paralelo al camino.

Estaba boca arriba, con los ojos desorbitados y la boca torcida en una especie

de mueca. El torso desnudo mostraba un profuso vello en el pecho y los brazos; llevaba pantalones y zapatos. Ningún tatuaje visible.

Montalbano y Fazio se acuclillaron para examinarlo mejor.

Se trataba de un hombre de unos cuarenta años, con barba de varios días. Las heridas evidentes, sobre las que se agitaban miles de moscas, eran dos. El hombro izquierdo estaba amoratado y tumefacto.

Fazio se puso los guantes, se tumbó boca abajo y levantó un poco el cadáver.

—La bala debe de estar todavía dentro del hombro. Y tenía la herida infectada.

La otra herida le había destrozado el cuello.

—Esto, en cambio, es un orificio de salida —dijo el comisario—. Deben de haberle disparado en la nuca.

Fazio repitió la operación.

—Es verdad.

A continuación introdujo una mano bajo la pelvis del muerto.

—En el bolsillo posterior no está la cartera. Quizá la guardaba en la americana. En mi opinión, lleva muerto varios días.

—En la mía también.

Montalbano soltó un largo suspiro. Ahora empezaba el latazo del ministerio público, la Científica, el forense... Pero quería marcharse cuanto antes de aquel sitio desolado.

—Llama al circo, anda. Te hago compañía hasta que lleguen y luego me voy. Esta mañana viene Tavella a la comisaría.

—Ah, sí. Y también el portero Ugo Foscolo, para ver si reconoce...

Montalbano tuvo una súbita iluminación, aunque no había nada que la justificara.

—¿Tienes su teléfono?

—¿De quién?

—De Foscolo.

—Sí, señor.

—Llámallo enseguida, dile que venga y muéstrale el muerto.

Fazio lo miró, perplejo.

—*Dottore*, ¿qué lo lleva a pensar que...?

—No lo sé; es algo que me ha pasado por la cabeza, pero no perdemos nada por intentarlo.

Fazio hizo las llamadas.

Transcurrió una hora antes de que llegara el doctor Pasquano, el forense.

—Muy agradable, este sitio —dijo, mirando alrededor—, una verdadera alegría. Nunca nos dejan un cadáver, qué sé yo... en un club nocturno, una feria... Evidentemente, he llegado el primero.

—Por desgracia, sí —respondió Montalbano.

—¡Putá vida, me he pasado la noche en el Círculo y tengo un sueño que no me aguanto! —exclamó Pasquano irritado.

—¿Ha perdido?

—¡Vaya a tocarle los cojones a otro! —replicó el doctor, con su cortesía y señorial lenguaje acostumbrados.

Señal de que había perdido. Y quizá bastante.

—Bueno, ¿y el señor fiscal Tommaseo cuándo se dignará llegar?

—Es el primero al que he llamado —intervino Fazio—, y me ha dicho que, como máximo, estaría aquí dentro de una horita.

—¡Si no se estrella antes contra un palo! —repuso Pasquano.

Era del dominio público que el fiscal Tommaseo conducía como si se hubiera atiborrado de alucinógenos.

—Mientras tanto, eche un vistazo al muerto —sugirió Montalbano.

—Échesele usted; yo me voy a recuperar unas horas de sueño —le espetó el doctor, y se metió en el furgón fúnebre tras ordenar salir a los dos camilleros.

—Coja mi coche —le dijo Fazio al comisario—. Yo volveré con alguno de ellos.

—Te tomo la palabra.

—¡Ah, *dottori*! Debo comunicarle que en la sala de espera hay uno que lo espera a usía *pirsonalmente*.

—Tavella.

—No, *siñor*, Trivella.

—Está bien, hazlo pasar a mi despacho.

Tavella estaba bastante menos nervioso que el día anterior. De hecho, sólo se tocó la oreja una vez. Había superado el terrible golpe de la acusación imprevista y falsa.

—Ante todo, quería darle las gracias por su comprensión...

Montalbano cortó por lo sano.

—¿Ha llamado a su abogado? ¿Ha hablado con él?

—Sí. Pero no podrá venir hasta dentro de media hora.

—Entonces, vuelva a la sala de espera y, cuando llegue, pida que me avisen.

A continuación llamó al fiscal Catanzaro, que se ocupaba de robos y atracos. Se tenían simpatía y se tuteaban.

—Soy Montalbano. ¿Puedes estar un cuarto de hora al teléfono?

—Dejémoslo en diez minutos.

El comisario le contó todo lo relativo a los robos y a Tavella.

—Hazme un informe por escrito, y entretanto mándame lo antes posible a Tavella y su abogado —dijo al final Catanzaro.

Montalbano se armó de paciencia y empezó a redactar a mano el informe

que después Catarella pasaría a limpio.

Al cabo de media hora, Catarella le avisó que había llegado el abogado.

—Hazlos entrar.

Despachó el asunto en cinco minutos y los mandó a ver a Catanzaro. Tardó media hora más en terminar el informe, que le entregó a Catarella para que lo escribiera con el ordenador. Después llamó a Fazio.

—¿Cómo vais?

—*Dottore*, el fiscal Tommaseo se ha estrellado contra una vaca.

Eso era una novedad. Tommaseo se había estrellado contra todo: árboles, contenedores, palos, mojones, camiones, rebaños de ovejas, tanques... pero nunca contra una vaca.

—¿Ha ido Foscolo?

—Sí, señor, pero no lo ha reconocido.

Paciencia, la iluminación no había funcionado.

—Total, que tienes para toda la mañana, ¿no?

—Eso parece.

—¿Y Pasquano qué hace?

—Por suerte, duerme.

Hacia la una, cuando ya estaba levantándose para ir a comer, lo llamó Tavella.

—El *dottor* Catanzaro ha decretado arresto domiciliario. Pero yo le juro, comisario, que...

—No hace falta que jure; lo creo. Ya verá como todo acaba solucionándose.

Fue a la *trattoria* de Enzo, pero comió poco.

Después del paseo habitual, volvió a la comisaría. Allí lo esperaba Fazio.

—¿Qué ha dicho Pasquano?

—Era imposible acercarse a él, así que no le digo preguntarle algo... Estaba tan furioso que daba miedo.

—Lo llamaré más tarde. Pero ya sé lo que va a decirme.

—¿Qué?

—Que la primera herida, la del hombro, se la hicieron unas cuarenta y ocho horas antes del disparo en la nuca que lo mató.

—¿Y quién le disparó?

—¿La primera vez? ¿No lo adivinas?

—No, señor.

—Nuestro Loschiavo.

—¡Coño!

—Calma. Sólo lo hirió, y actuó en legítima defensa. Yo escribiré el informe

para el jefe superior.

—Y según usía, ¿cómo sucedió todo?

—Durante el enfrentamiento en el chalet de los Sciortino, Loschiavo hiere a uno. A éste, la bala se le queda en el hombro, pero sus cómplices no saben cómo curarlo y tampoco pueden llevarlo al hospital. La herida acaba por infectársele, y sus compañeros, para evitar complicaciones, deciden matarlo. Cuando Pasquano extraiga la bala, sabremos si mi hipótesis es correcta o no.

—Seguramente lo es.

—Por tanto, ese hombre murió antes del robo en casa de Pirrera —continuó el comisario.

—Es evidente.

—Pero los ladrones seguían siendo tres. Nos lo dijo Foscolo.

—Es verdad.

—Y eso significa una sola cosa: que el señor X participó en persona en el robo, en sustitución del muerto. Debía de ser el de la gorra y la bufanda, que fingía un resfriado.

—Es probable. Pero, desde luego, actuando así ha corrido un riesgo enorme.

—Valía la pena.

—¿En qué sentido?

—He llegado a la conclusión de que al señor X el único robo que le interesaba era precisamente este último. Los anteriores sirvieron para pagar a los de la banda y quizá para enturbiar las aguas. Sin duda había algo en la caja fuerte de Pirrera, además de las joyas. Ahora que ese algo está en manos del señor X, no volveremos a oír hablar de la banda de ladrones. Pero estoy convencido de que en breve habrá consecuencias. Me espero una especie de traca final.

—¿En serio? Pero nosotros nos quedamos sin nada en las manos.

—Quizá todavía haya un camino.

—Soy todo oídos.

—Mientras continúas buscando información sobre los tres nombres de la lista que te dije el otro día, deberías visitar de nuevo, con una excusa cualquiera, a la viuda Cannavò, la chismosa.

—¿Qué quiere saber?

—Es una idea más inconsistente que una telaraña, Fazio, pero no podemos descartarla. Trata de averiguar si se produjo alguna novedad en el grupo de amigos de los Peritore hace tres o cuatro meses.

—¿Qué tipo de novedad?

—No sabría decirte... Pero tú consigue que te lo cuente todo, exprímela.

—Voy ahora mismo.

Antes de que pasaran veinte minutos, Fazio lo llamó.

—La viuda ha ido a ver a su hijo a Palermo.

—¿Sabes cuándo vuelve?

—El portero dice que mañana por la mañana, sobre mediodía.

Un poco antes de las ocho, llamó al doctor Pasquano.

—¿Qué me cuenta, doctor?

—Elija usted. ¿Caperucita Roja? ¿La fábula del hijo cambiado? ¿Un chiste?...

¿Sabe el del médico y la enfermera?

—Doctor, por favor, es tarde y estoy cansado.

—¿Y yo no?

—Doctor, quería saber...

—¡Sé muy bien lo que usted quiere saber! Pero no voy a decírselo, ¿está claro? Espere a recibir el informe.

—Pero ¿por qué está tan irascible?

—Porque me da la gana.

—¿Puedo hacerle sólo una pregunta?

—¿Sólo una?

—Una. Palabra de honor.

—¡Ja, ja, ja! ¡No me haga reír! La palabra de honor la dan los hombres. Pero usted ya no es un hombre; usted está para el arrastre... ¿Por qué no dimite? ¿No se da cuenta de que está decrépito?

—¿Ya se ha desahogado?

—Sí. Y ahora hágame esa maldita pregunta y luego váyase a una residencia de ancianos.

—Aparte de que usted es mayor que yo y no podrá ir a una residencia de ancianos porque no tendrá dinero después de perderlo todo jugando, la pregunta es ésta: ¿ha extraído la bala del hombro?

—¡Vaya por Dios! No tiene la conciencia tranquila, ¿eh?

—¿Yo? ¿Por qué?

—¡Porque ustedes, los de la policía, disparan a la gente y ni se enteran!

Eso era lo que quería saber.

—Le agradezco su delicadeza, doctor. Y le deseo mucha suerte esta noche en el Círculo.

—¡A tomar por culo!

No tenía ganas de volver a Marinella.

Porque significaría estar solo.

Y estar solo significaría ponerse a pensar otra vez en la idea que lo había asaltado durante la noche.

Y que hacía que se sintiera bastante mal.

Así que, querido Montalbano, ¿eres un cobarde? ¿No tienes valor para afrontar la situación?

«Nunca he dicho que fuera un héroe», se respondió.

Y además, a nadie le gusta hacerse el harakiri. Decidió cenar en la *trattoria* de Enzo.

—¿Qué pasa? ¿Adelina se ha puesto en huelga?

—No; es que me he olvidado en el horno lo que tenía y se me ha quemado.

Mentiras, siempre, en cualquier ocasión. Él decía mentiras, y se las decían a él.

—Ah, *dottore*, la señorita no ha pasado aún a recoger el paquete.

¿Cómo era eso? ¿Se le había olvidado? ¿O había tenido cosas más serias en que pensar?

—Dámelo.

—Ahora mismo se lo traigo.

No sabía de qué parte de él había surgido esa petición; de su cerebro seguro que no.

Enzo se lo entregó y Montalbano lo guardó en el bolsillo. ¿Qué iba a hacer con él? No lo sabía.

—¿Qué va a tomar? —preguntó Enzo.

Comió bastante y despacio para que pasara el tiempo.

Después se fue al cine.

—Comisario, mire que el último pase ha empezado hace diez minutos.

—No importa.

Quizá esos diez minutos iniciales fueran fundamentales, porque no entendió nada de la película, que era de espionaje.

Salió a las doce y media.

Montó en el coche, y sus manos al volante dirigieron el vehículo hacia via Costantino Nigra. Se detuvo, como la otra vez, frente a la puerta de servicio del edificio en forma de cucurucho.

¿Qué hacía allí? No lo sabía. Estaba siguiendo su instinto; la razón se mantenía completamente al margen.

En la calle no había ni un alma. Bajó del coche y entró por la puerta de servicio.

Dentro estaba todo exactamente igual que en la ocasión anterior. Una vez en el ascensor, pulsó el botón del penúltimo piso. Subió a pie el tramo de escalera restante intentando hacer el menor ruido posible, y pegó la oreja a la puerta.

Al principio no percibió nada, sólo el latir acelerado de su corazón. Luego oyó, a lo lejos, a Angelica hablando en voz alta.

Al cabo de un momento comprendió que no había nadie con ella; estaba hablando por teléfono. Y como su voz sonaba unas veces más cerca y otras más lejos, supuso que hablaba por el móvil mientras iba de una habitación a otra.

En un momento dado, la oyó cerquísima. Angelica estaba alterada, casi histérica.

—¡No! ¡No! ¡Yo siempre te lo he dicho todo! ¡Nunca te he ocultado nada! ¿Qué interés iba a tener en callarme algo tan importante? ¿Me crees o no? Pues entonces, ¿sabes qué hago? ¡Cuelgo y sanseacabó!

Debió de hacerlo, porque Montalbano oyó que se ponía a llorar, desesperada.

Estuvo tentado de abrir la puerta y consolarla, pero tuvo el suficiente aplomo para darse la vuelta y dirigirse hacia la escalera.

Llegó a Marinella pasada la una.

Se puso el bañador, bajó a la playa y empezó a correr por la orilla.

Una hora después cayó boca abajo sobre la arena, y allí se quedó hasta que recuperó energías para regresar al mismo paso de carrera.

Se metió en la cama, agotado, a las cuatro de la madrugada.

Estaba muerto de cansancio y absolutamente imposibilitado para razonar.

Había conseguido su objetivo.

—*Dottori*, ¿quiere café?

—¿Qué hora es?

—Casi las nueve.

—Tráemelo doble.

«¡No! ¡No! ¡Yo siempre te lo he dicho todo! ¡Nunca te he ocultado nada! ¿Qué interés iba a tener en callarme algo tan importante?»

Podía significar todo y podía no significar nada.

Después de tomarse el café, fue a ducharse. Mientras estaba en el cuarto de baño, Adelina llamó a la puerta.

—*Dottori*, lo llaman por teléfono.

—¿Quién es?

—Catarella.

—Dile que lo llamo dentro de cinco minutos.

Se apresuró. Tenía el presentimiento de que algo había cambiado con el asesinato del ladrón y que el asunto tendría consecuencias, aunque ignoraba cuáles.

—Catarè, soy Montalbano.

—¡Ah, *dottori*! El *signor* Pirrera se ha suicidado.

—¿Quién ha avisado?

—Su mujer.

—¿Fazio está informado?

—Sí, *signor*, como el suicidio ha sido en la joyería de via De Carlis, él se encuentra in situ.

Debía de ser via De Carolis.

—Voy para allá.

Fazio lo esperaba delante de la persiana medio bajada.

A poca distancia, cuatro curiosos hablaban en voz baja. La noticia del suicidio aún no se había extendido, y los periodistas y las televisiones locales no estaban al corriente.

—¿Se ha pegado un tiro?

Por regla general, los joyeros siempre tienen un arma a mano. Y acaban metiéndose en líos porque se ponen a disparar a los atracadores.

—No, señor; se ha ahorcado en la trastienda.

—¿Quién lo ha descubierto?

—Su mujer, la pobrecilla. Ha tenido suficiente entereza para contarme que esta mañana Pirrera ha venido a la joyería dos horas antes de lo habitual. Le ha dicho que tenía que poner orden en los registros. Ella, en cambio, ha venido hacia las nueve menos cuarto, como siempre, y lo ha descubierto.

—¿Está dentro?

—¿La señora? No, *dottore*. Estaba bastante mal. He llamado a una ambulancia y se la han llevado al hospital de Montelusa.

—¿Pirrera ha dejado algo escrito?

—Sí, señor, una nota de una línea: « Pago por lo que he hecho. » Y la firma. ¿Quiere echarle un vistazo?

—No. ¿Has llamado al circo?

—Sí, *dottore*.

¿Qué hacía todavía allí?

—Yo me voy a la oficina.

En definitiva, podía declararse satisfecho, aunque ver confirmada su suposición mediante un suicidio no era motivo de gran satisfacción.

Sin duda, el señor X había encontrado en la caja fuerte de Pirrera lo que buscaba. Es decir, las pruebas de lo que Pirrera había hecho.

Pero ¿qué había hecho Pirrera?

O, más bien, ¿por qué el señor X quería las pruebas?

Saberlo lo resolvería todo.

—¿Seguro que ha sido un suicidio? —le preguntó Montalbano a Fazio cuando éste volvió a la comisaría.

—Segurísimo. En cualquier caso, los de la Científica se han llevado la nota para realizar un examen caligráfico. *Dottore*, tengo que decirle una cosa. ¿Se acuerda de que le asigné al agente Caruana la vigilancia de Giancarlo de Martino?

—Sí.

—Le he dicho a Caruana que no siga con eso. Me parece que ya está claro que De Martino no tiene relación con los robos.

—Has hecho bien. ¿Cómo vas con los otros nombres?

—*Dottore*, que entre robos y asesinatos apenas he tenido tiempo de nada. Pero podemos eliminar otro nombre.

—¿Cuál?

—Francesco Costa.

El ignorante, el que no tenía título académico.

—¿Por qué?

—Es casi un enano, y por lo tanto...

—¿Y qué? ¿Acaso un enano no puede...?

—Déjeme acabar. Ugo Foscolo describió perfectamente a los tres ladrones y ninguno de ellos era enano.

—Es verdad.

—Y tampoco puede ser el señor X, porque precisamente usted ha demostrado que participó en el último robo.

—Tienes razón. Entonces quedan dos nombres, por ahora. Schirò y Schisa. Vete a trabajar.

Invirtió más de una hora en redactar el informe sobre el enfrentamiento armado en el chalet de los Sciortino de manera que el comportamiento de Loschiavo resultara intachable.

Una vez terminado, se lo llevó a Catarella.

Regresó a su despacho y antes de que pudiera sentarse sonó el teléfono.

—¡Ah, *dottori!* ¡Resulta que en la línea está un *siñor* al que no se le entiende lo que dice!

—¿Y por qué quieres pasármelo?

—Porque la única palabra que he entendido clarito ha sido su nombre, o sea, el suyo de usía.

—Pero ¿te ha dicho cómo se llama?

—No, *siñor*.

Como, total, no tenía nada que hacer, optó por ponerse.

—Está bien.

Oyó una voz sofocada, extraña.

—¿El comisario Montalbano?

—Sí. ¿Quién es? —Percibió que el hombre respiraba hondo antes de hablar.

—Escúchame con atención: a Angelica Cosulich, dala por muerta.

—Oiga... ¿Quién...?

Colgaron.

Montalbano se quedó helado.

Luego, la sensación de frío se transformó en un calor que le provocó sudores.

Era evidente que el comunicante había distorsionado la voz a propósito. Sin embargo, y por desgracia, el mensaje no se prestaba a equívocos.

Pero ¿por qué tenían intención de matarla?

«¡No! ¡No! ¡Yo siempre te lo he dicho todo! ¡Nunca te he ocultado nada! ¿Qué interés iba a tener en callarme algo tan importante?»

No, esas palabras no iban dirigidas a un amante celoso.

Pero ¿qué sentido tenía que le advirtieran con antelación precisamente a él, un comisario de policía, de su propósito homicida?

¿No comprendían que él pondría a Angelica bajo protección de inmediato? ¿Que haría lo posible y lo imposible para evitar ese homicidio anunciado?

Una hipótesis que a primera vista podía parecer demencial empezó a abrirse paso en su mente. ¿Y si la llamada quería precisamente conseguir el objetivo opuesto?

«Supongamos que Angelica está amenazada por algo que ha hecho. O que no ha hecho.

» Si el motivo por el cual la amenazan es inconfesable, evidentemente no puede ir a la comisaría a denunciarlo. Así que un amigo suyo realiza la llamada.

De esa forma, ahora la policía debe proteger forzosamente a Angelica.»

En tal caso, sólo se podía hacer una cosa.

—Catarella, localízame a Fazio.

Tuvo que esperar cinco minutos antes de que éste respondiera.

—Se ha producido una novedad. ¿Puedes venir aquí enseguida?

—Podría, pero me están contando algo importante.

—¿Cuándo crees que terminarás?

—Dentro de una hora.

—Te espero. ¡Catarella!

—¡A sus órdenes, *dottori*!

—Llama al Banco Sículo-Americano y pregunta por la señorita Cosulich. Pero no digas que llama la policía.

Catarella se quedó mudo. Estaba claro que la prohibición del comisario lo había desconcertado.

—¿Y quién digo entonces que está llamando?

—La secretaria del obispo de Montelusa. En cuanto oigas la voz de la señorita, le dices: «Espere un momento, que la pongo en comunicación con su excelencia», y me la pasas.

—¡Virgen María, qué maravilla!

—¿Qué te parece una maravilla?

—¡Eso!

—¿El qué?

—¿Desde cuándo lo han hecho excelencia a usía?

—¡Catarè, excelencia es el obispo!

—¡Ah! —repuso desilusionado.

Montalbano tuvo tiempo de repasar la tabla del seis antes de que sonara el teléfono.

—¿Sí...? —dijo Angelica.

Montalbano colgó.

Eso era lo que quería saber. Mientras ella se encontrara en el banco, estaría segura.

—¡Catarella!

—¡A sus órdenes, *dottori*!

—Telefona al hospital de Montelusa e infórmate de si la señora Pirrera está en condiciones de recibir visitas.

—¿Debo seguir diciendo que llama su excelencia el obispo?

—No; ahora tienes que dejar claro que llama la comisaría de Vigàta.

Entrar en un hospital estando sano siempre le producía cierto malestar.

—¿A quién busca? —le preguntó una mujer antipática desde el mostrador de

la entrada.

—A la señora Pirrera.

La mujer consultó su ordenador.

—No puede ir sin permiso del doctor.

—En ese caso, deseo hablar con el doctor.

—¿Es usted un familiar?

—Soy su hermano carnal.

—Espere un momento.

La antipática habló por teléfono.

—Ahora viene.

Al cabo de unos diez minutos llegó un hombre de unos cuarenta años, larguirucho, con gafas y bata blanca.

—Soy el doctor Zirretta. ¿Usted era...?

—Era, soy y pienso seguir siendo por mucho tiempo el comisario Montalbano —respondió, y el médico lo miró estupefacto—. Necesito hablar con la señora Pirrera.

—Está bajo el efecto de sedantes.

—Pero ¿entiende lo que se le dice?

—Sí, pero le concedo sólo cinco minutos. Está en la segunda planta, habitación veinte.

A saber por qué, Montalbano siempre se perdía en los hospitales. Y esa vez no fue una excepción.

Total, que cuando diez minutos después consiguió llegar, encontró delante de la puerta al doctor Zirretta.

—Los cinco minutos cuentan a partir de ahora —dijo el comisario.

La habitación era de dos camas, pero una estaba vacía.

La señora Pirrera estaba palidísima. Era una mujer de unos cincuenta años, bastante feúcha. Tenía los ojos cerrados; quizá dormía. Montalbano se sentó en la silla que había junto a la cama.

—Señora Pirrera...

Ella abrió los ojos lentamente, como si los párpados le pesaran una tonelada.

—Soy el comisario Montalbano. ¿Está en condiciones de responder a dos o tres preguntas?

—Sí.

—¿Tiene alguna idea de por qué su marido...?

La señora abrió los brazos.

—No consigo imaginar...

—¿Al señor Pirrera le afectó mucho el robo?

—Se puso como loco.

—¿Había muchas joyas en la caja fuerte?

—Quizá sí.

—Perdone, pero ¿usted nunca vio el contenido de la caja fuerte?

—Nunca quiso que lo viera.

—Una última pregunta y la dejo descansar. Después del robo, ¿sabe si su marido recibió alguna carta o llamada que...?

—Esa misma noche. Una llamada. Larga.

—¿Oyó usted de qué hablaba?

—No; me mandó a la cocina. Pero luego...

—¿Lo vio preocupado, asustado, trastornado?

—Asustado.

—Gracias, señora Pirrera.

Todo encajaba.

El señor X había utilizado lo que había en la caja fuerte para chantajear a Pirrera.

O quizá para instigarlo a suicidarse.

En la comisaría estaba Fazio.

—Perdone, *dottore*, pero cuando me ha llamado estaba hablando con la viuda Cannavò.

—¿Qué te ha dicho?

—Esta vez se ha centrado en las enfermedades de sus amigos. Que si éste había pillado una pulmonía, que si aquella padecía reuma... Me ha puesto la cabeza como un bombo con tanta cháchara. Pero me ha contado que Schisa pasa de la depresión a la exaltación con facilidad, y que, según ella, estuvo un año ingresado en una clínica para enfermos mentales.

—¿Y eso puede ser importante?

—Bueno, *dottore*, está claro que el modo de actuar del señor X no es muy normal.

—En efecto... ¿Y sobre posibles cambios?

—Nada, *dottore*. Me ha jurado que en el grupo no se había producido ninguna novedad. O, si se había producido, ella no se había enterado.

Enésimo tiro errado.

—¿Qué quería decirme? —preguntó Fazio.

—Una cosa muy curiosa. Me ha llamado uno para decirme que dé por muerta a Angelica Cosulich.

Una especie de descarga eléctrica sacudió el cuerpo de Fazio.

—¿Es una broma?

—Nada de broma.

Fazio se quedó callado, pensando.

—Me parece raro que alguien que quiere matar a una persona se lo diga a la policía —dijo al fin.

—¡Claro! Eso mismo pienso yo.

—¿Y ha logrado entender qué quería conseguir con esa llamada?

—Justo lo contrario de lo que decía.

—¿Lo contrario? —repitió Fazio, desconcertado.

—Sí, quería protección total para Angelica Cosulich.

—¿Y quién podría amenazarla de muerte?

—Uf... vete tú a saber... Lo único que podemos hacer es oír lo que dice ella. Llámala y dile que venga esta tarde al salir del banco.

—¿Hablo yo con ella o habla usía?

—Los dos. Oye, una cosa...

—Dígame.

—Conociendo tu síndrome del registro civil, seguro que tienes todos los datos de las personas de la lista: padre, madre, lugar de nacimiento, parentela...

Fazio se sonrojó.

—Así es.

—¿Tienes aquí esa información?

—Sí.

—Tráemela y después telefona.

Fazio regresó al cabo de cinco minutos con dos hojas en la mano.

—Ya la he llamado; vendrá a las siete. Y éstos son los datos.

—Luego los miro. Ahora me voy a comer.

• • •

Después de comer, fumando en la roca plana, volvió a pensar en Angelica.

Y recordó la amarga conclusión a la que había llegado aquella terrible noche, al reflexionar sobre el juego de Catarella en el ordenador. Conclusión que había rechazado con todas sus fuerzas, pero que ahora era imposible seguir obviando.

Había llegado el momento de la verdad. No se podía postergar más.

En el muelle, un hombre se dirigía hacia donde se encontraba él. Quizá iba a revisar el faro. De pronto, un ruido de motor diésel llegó de la desembocadura del puerto. Se volvió para mirar.

Era un pesquero que regresaba a una hora inusual. Debía de tener problemas con el motor, porque el ruido era irregular.

Ninguna gaviota lo seguía.

Antes habría habido una decena detrás, pero ahora las gaviotas ya no estaban en el mar, sino en la ciudad, sobre los tejados de las casas, obligadas a buscar comida en los contenedores de basura, a disputársela a las ratas.

A menudo, de noche oía su lamento furioso, desesperado.

—*Dottore*...

Se volvió de golpe.

Era Fazio. Era él al que había visto acercarse, sin reconocerlo.

Se puso en pie.

Sus ojos penetraron en los de Fazio.

Dentro de su cabeza sonó el estruendo de una enorme ola.

En un instante comprendió por qué Fazio estaba frente a él, y palideció pese al sol y la caminata que había dado.

—¿Muerta?

—No, señor, pero está grave.

Más que sentarse, Montalbano se desplomó sobre la roca.

Fazio se sentó junto a él y le pasó un brazo por los hombros.

Montalbano sentía dentro de la cabeza como un viento furioso que desbarataba sus pensamientos, impidiendo que se enlazaran unos con otros. Eran como hojas caídas que el vendaval esparcía por todas partes; es más, ni siquiera eran pensamientos, sino estallidos, fragmentos, imágenes que duraban un segundo y eran barridas.

Se llevó las manos a la cabeza, como si así pudiera detener ese movimiento caótico e incontrolable.

Diosmíodiosmíodiosmíodiosmío...

Eso era lo único que conseguía decir, una especie de letanía que no era una oración sino algo así como un conjuro, pero mudo, sin mover los labios.

Sentía un dolor de animal herido en una trampa. Hubiera querido convertirse en cangrejo y correr a refugiarse en la hendidura de una roca.

Poco a poco, tal como había empezado, la tormenta fue amainando. Comenzó a respirar hondo el aire marino, con las fosas nasales dilatadas.

Fazio, preocupado, no le quitaba los ojos de encima.

Pasado cierto tiempo, el cerebro de Montalbano empezó a funcionar de nuevo, pero el resto de su cuerpo todavía no. Notaba una especie de opresión sorda en la zona del corazón; sabía que si intentaba levantarse las piernas no lo sostendrían.

Abrió la boca para hablar, pero no pudo; tenía la garganta reseca, como abrasada... Se zafó entonces del brazo de Fazio, se inclinó hacia un lado a riesgo de caer al mar, consiguió sumergir una mano en el agua, se mojó los labios y se los lamó.

Ya podía hablar.

—¿Cuándo ha sido?

—Hacia la una y media, cuando han salido del banco para ir a comer. Como el restaurante está cerca, van andando.

—¿La has visto?

—Sí, señor. En cuanto han llamado a comisaría y he comprendido de qué se trataba, he ido corriendo.

—Y... ¿la has visto?

—Sí, señor.

—¿Cómo estaba?

—*Dottore*, le han dado justo en medio del pecho. Por suerte, había un médico allí que le ha taponado la herida.

—Sí, pero... —Le costaba repetir la pregunta—. ¿Cómo estaba? ¿Sufría mucho? ¿Se quejaba?

—No, señor. Estaba inconsciente.

Suspiró aliviado. Mejor así. Ahora se sentía en condiciones de seguir adelante.

—¿Hay testigos?

—Sí, señor.

—¿Están en la comisaría?

—Sí, señor. He pedido que vaya sólo uno, el que me ha parecido más preciso.

—¿Por qué no me has avisado enseguida, antes de ir al lugar de los hechos? Podías venir a buscarme o mandar que me llamaran a lo de Enzo.

—¿Y para qué iba a venir? Además...

—¿Además...?

—No me ha parecido oportuno. Antes quería asegurarme de que la señorita aún estaba viva.

Montalbano tuvo la certeza de que Fazio había intuido su historia con Angelica. E inmediatamente le llegó la confirmación.

Fazio se aclaró la voz.

—Si desea que llame al *dottor* Augello...

—¿Para qué?

—Para que se reincorpore al servicio.

—¿Por qué?

—Por si usía no se siente con ánimos de dirigir esta investigación... —La incomodidad de Fazio era evidente.

—Me siento con ánimos; no te preocupes. No me queda más remedio. Ha sido por mi culpa...

—*Dottore*, nadie podía pensar que...

—Yo debería haberlo pensado, Fazio. Debería haberlo pensado, ¿comprendes? Y después de la llamada anónima no debería haberla dejado sin protección.

El inspector guardó silencio.

—¿Quiere que lo acompañe al hospital de Montelusa? —dijo al cabo.

—No.

No habría podido verla tendida, sin conocimiento, en una cama de hospital. Pero quizá había contestado en un tono demasiado tajante, demasiado decidido, porque Fazio lo miró un tanto perplejo.

—Pero infórmate sobre su estado y pregunta si la han operado —añadió.

Fazio se levantó y se alejó unos pasos.

Habló por el móvil durante lo que al comisario le pareció una eternidad.

—La operación ha ido bien. Está en reanimación. Pero deben mantener el pronóstico reservado como mínimo veinticuatro horas; por el momento no pueden decir si está fuera de peligro o no.

Montalbano ya estaba seguro de que las piernas lo sostendrían.

—Volvamos a la oficina.

Pero tuvo que apoyarse en el brazo de Fazio para caminar.

• • •

—Quiero hablar con el testigo.

—Es perito mercantil, compañero de la señorita Cosulich. Se llama Gianni Falletta. Voy a buscarlo.

Falletta era un hombre de unos treinta años, bastante elegante, rubio, con aspecto de persona inteligente.

Montalbano le ofreció asiento. Fazio, que se encargaba de tomar nota de la declaración, le preguntó sus datos. Después intervino el comisario.

—Díganos cómo ha sucedido.

—Habíamos salido todos en grupo para ir al restaurante. Como está cerca, vamos siempre andando. Angelica caminaba sola un poco por delante de los demás.

—¿Solía hacer eso? ¿No iba con ustedes?

—Sí, pero la habían llamado al móvil y había apretado el paso.

—Continúe.

—Dejamos la calle principal, doblamos la esquina y nos dirigimos al restaurante, que está al final de esa calle. Al poco oímos una moto de gran cilindrada a nuestra espalda. Nos apartamos todos hacia la derecha, también Angelica.

—Perdone, tengo la sensación de que usted estaba especialmente pendiente de la señorita Cosulich.

Falletta se sonrojó.

—No especialmente, pero ya sabe... Angelica es tan guapa...

¡A quién se lo decía!

—Continúe.

—La moto no corría mucho... de hecho, iba más bien despacio. Adelantó a nuestro grupo y a Angelica, y entonces el hombre que iba detrás...

—¿Iban dos en la moto?

—Dos, sí. En ese momento, el de atrás se volvió y disparó.

—¿Un solo tiro?

—Dos.

Montalbano dirigió una mirada interrogativa a Fazio, y éste asintió con la cabeza.

—Y la moto se alejó acelerando —concluyó Falletta.

—¿Pudo verle la cara al que disparó?

—No. Los dos llevaban casco. Pero, en cierto modo, Angelica tuvo suerte.

—Explíquese mejor.

—Cuando el hombre alargaba el brazo con la pistola, vi que la moto saltaba bruscamente. Quizá pilló un bache. El primer tiro no alcanzó a Angelica; el segundo le dio en medio del pecho. Estoy seguro de que el hombre había apuntado al corazón.

—¿Pudo ver la matrícula?

—No.

—¿Ninguno de ustedes la vio?

—Ninguno. No imaginábamos que... Y ya puede suponer lo que pasó después de los disparos... Hubo una desbandada general. Y en lo último que pensaba yo era en la matrícula...

—¿Por qué?

—Mi primer pensamiento fue... En fin, corrí hacia Angelica, que había caído en la calle.

—¿Pudo decir algo?

—No. Estaba palidísima, con los ojos cerrados, me pareció que le costaba respirar... y esa horrenda mancha roja que se extendía por la blusa... Iba a levantarla, pero desde un balcón un señor me dijo que no la moviera, que él bajaba enseguida. Era un médico que tiene el consultorio allí. Cuando llegó ya había llamado a una ambulancia y se puso a taponar la herida.

—Gracias, señor Falletta.

—¿Puedo añadir una cosa?

—Por supuesto.

—Estos últimos días, la pobre Angelica no estaba... cómo lo diría... de su humor habitual.

—¿Y cómo estaba?

—No sé... muy nerviosa... a veces incluso arisca. Era como si tuviese la mente centrada en algo... desagradable, sí, eso es. ¿Sabe, comisario? En los últimos seis meses, desde que ella llegó, el ambiente en el banco cambió, se

volvió más alegre y hospitalario... Angelica tiene una sonrisa que...

Se interrumpió. Hasta entonces había logrado controlarse, pero de repente, al parecer por culpa de la sonrisa de Angelica, empezaron a temblarle los labios.

Y Montalbano comprendió que Falletta también estaba locamente enamorado de ella.

Lo compadeció.

Cuando Fazio volvió tras acompañar a Falletta, Montalbano le preguntó por el móvil.

—¿El de la señorita? La ambulancia le pasó por encima y lo destrozó. Y por si fuera poco, los restos acabaron en una alcantarilla.

—¿Cómo es que no pensaste enseguida en recogerlo?

—Porque cuando me dijeron que la señorita estaba hablando por teléfono en el momento de los disparos, la ambulancia ya había llegado. Demasiado tarde, el mal ya estaba hecho.

Montalbano levantó el auricular.

—¿Catarella? Llama al director del Banco Sículo-Americano y me lo pasas.

—Se llama Filippone —informó Fazio—. Un tipo bastante antipático. Un empleado fue a avisarlo de lo sucedido y él acudió enseguida. Y entonces...

—¿No come con los demás?

—No, señor. Come un poco de fruta en la oficina. En resumen, mientras esperaban la ambulancia, lo único que se le ocurrió decir era que el banco saldría perjudicado con este asunto.

Sonó el teléfono. Montalbano puso el manos libres.

—¿Dottor Filippone? Soy el comisario Montalbano.

—Buenas tardes. Dígame.

—Necesitaría información.

—¿Bancaria?

—Perdone, pero si llamo a un banco, ¿qué tipo de información quiere que pida? ¿Sobre la evolución de la nueva oleada de gripe en Malasia?

—No, pero verá... nosotros estamos obligados por el secreto bancario. Y por otro lado, nuestra política es la transparencia total, el respeto absoluto de las prerrogativas que...

—Quiero inmediatamente una relación de sus clientes. Eso no es un secreto.

—¿Por qué la quiere? —repuso Filippone, alarmado.

—Porque sí. Nosotros también estamos obligados por el secreto del sumario.

—¿Del sumario? —repitió aterrado—. Oiga, comisario, hablar de estas cuestiones por teléfono no es...

—Entonces, venga aquí. Y dese prisa.

Fazio le sonrió.

—Se lo está haciendo pagar, ¿eh?

Filippone se presentó sudando y jadeante.

Era un cincuentón rollizo, de tez rosada, quizá lejanamente emparentado con alguna raza porcina, y casi lampiño.

—No considere que pretendo obstaculizar de ningún modo... —empezó, sentándose en actitud muy digna.

—No considero —contestó Montalbano—. Fazio, ¿tú crees que yo puedo considerar?

—Considero que no —dijo Fazio.

—¿Lo ve? Sólo le haré unas preguntas necesarias para la instrucción del sumario. ¿Entre sus clientes hay alguno que pertenezca a la familia Cuffaro?

—No entiendo en qué sentido utiliza la palabra « familia» .

—¿Desde cuándo dirige la sucursal de su banco en Vigàta?

—Desde hace dos años.

—¿Es siciliano?

—Sí.

—Entonces no me venga con que no sabe lo que significa la palabra « familia» entre nosotros.

—Bueno... En cualquier caso, no tengo ningún cliente de los Cuffaro.

La otra familia mafiosa de Vigàta eran los Sinagra.

—¿Y de los Sinagra?

Filippone se enjugó la frente.

—Ernesto Ficarra, que es sobrino de...

—Sé quién es. —Montalbano fingió tomar nota—. ¿Desde cuándo están endeudados con él?

Filippone se puso lívido. Ahora el sudor le corría por su cara porcina.

—¿Cómo lo han sabido?

—Nosotros lo sabemos todo —repuso el comisario, que había disparado a ciegas y dado en la diana—. Responda a mi pregunta.

—Desde hace... bastante.

—¿Sabe que actualmente Ernesto Ficarra está procesado por asociación mafiosa, venta al mayor de estupefacientes y explotación sexual?

—Bueno, algún rumor me había llegado...

—¡Algún rumor! ¿Y se supone que ésa es su transparencia?

Filippone ya estaba empapado.

—Una última pregunta y después me hará el favor de marcharse. ¿Es cliente suyo un tal Michele Pennino?

Filippone se rehízo un poco.

—Ya no.

—¿Por qué?

—Decidió retirar sin ningún motivo los...

—¿Sin ningún motivo? ¿Sabe que está arriesgando mucho al no decirme la verdad?

Filippone se desinfló como un globo pinchado.

—Le di instrucciones a la señorita Cosulich de que... bueno, de que no fuera demasiado estricta con la declaración de procedencia de las sumas que depositaba Pennino...

—Pero un día la señorita Cosulich se rebeló, no aceptó el depósito y Pennino cambió de banco. ¿Fue así?

—Sí.

—Márchese.

—¿Usted cree que es Pennino quien ha...?

—¡Ni por asomo! Sólo quería saber si, cuando Angelica Cosulich me dio los nombres de Pennino y Parisi, lo hizo para despistarme. Con el director he dado un rodeo para asustarlo y confundirlo.

—Y resulta que la señorita Cosulich le había dicho la verdad.

—En parte —admitió Montalbano.

Fazio abrió la boca, pero la cerró de inmediato.

—Lo que ya no hace falta —prosiguió el comisario— es que sigas indagando si en el grupo de amigos de los Peritore se produjo alguna novedad hace meses.

—¿Por qué?

—Porque nos lo ha dicho Falletta.

—¡¿Falletta?! ¿Y qué es?

—La novedad fue que Angelica Cosulich llegó a Vigàta hace seis meses. Es posible que ella me lo dijera, pero lo había olvidado. Ahora necesitaríamos saber quien la introdujo con tanta rapidez en el grupo. Es importantísimo.

Fazio se quedó callado.

—*Dottore* —dijo por fin, mirándose las puntas de los zapatos—, ¿cuándo se decidirá a contarme todo lo que sabe o piensa sobre la señorita Cosulich?

Montalbano se esperaba esa pregunta desde hacía tiempo.

—Te lo diré pronto. Pero tú tráeme información sobre el último nombre, sobre Schirò. Ahora me voy a Marinella, me siento cansado. Nos vemos mañana por la mañana.

Se había sentado en la galería sin cenar; tenía un nudo en la boca del estómago.

*Pensamiento que hielas y que abrasas
mi corazón, por el dolor roído,
¿qué puedo hacer si...?*

No; ya bastaba de Ariosto. Y, sobre todo, ya bastaba de la Angelica de su juventud. Sólo cabía hacer una cosa, era inútil seguir postergándolo. Iría directo al grano, por mucho que le costara.

Sacó del bolsillo las dos hojas repletas de datos del registro civil proporcionadas por Fazio y que había cogido antes de salir de la oficina, y se puso a estudiarlas.

Ni él mismo sabía lo que buscaba. Pero al cabo de un rato se interrumpió de golpe, porque en su mente resonaron unas palabras de Angelica: « Mi madre era de Vigàta... Mi padre tampoco vive... Un terrible accidente, aquí... Yo tenía cinco años... »

Sintió una vaharada de calor tan fuerte que tuvo que ir a darse una ducha.

De nuevo en la galería, leyó los datos de Angelica:

« Cosulich, Angelica, hija del difunto Dario y la difunta Clementina Baio, nacida en Trieste el 6 de septiembre de 1979, residente... »

Lo invadió una especie de desasosiego. Se levantó y llamó a la comisaría.

—A sus órdenes, *dottori*.

—Catarè, ¿te sientes con ánimos de trasnochar?

—¡Por usía, de lo que haga falta!

—Gracias. El archivo del *Giornale dell'Isola* está todo digitalizado, ¿verdad?

—Sí, *siñor*. Ya hicimos una vez una consulta.

—Entonces tienes que buscar el año 1984. Mira si sale la noticia de un accidente en el que perdieron la vida dos personas, marido y mujer, que se llamaban, apúntalo bien, Dario Cosulich y Clementina Baio. Repíteme los nombres.

—Vario Cosulichchio y Clementina Parió.

—Te los repito. Escríbelos bien. Y en cuanto encuentres la noticia, me llamas a Marinella.

Menos mal que la noche era de una belleza apacible y serena. Bastaba que mirase el mar o el cielo para que su nerviosismo disminuyera unos grados.

Iba por el sexto vaso de whisky y acababa de empezar el segundo paquete de tabaco cuando sonó el teléfono.

—¡La he encontrado, *dottori*, la he encontrado! —Catarella sonaba triunfal—. ¡La he encontrado y la he imprimido! Pero no se trata de un accidente.

—Léemela.

Catarella lo hizo:

—«Vigàta, 3 de octubre de 1984. De nuestro corresponsal. Esta mañana han sido encontrados por la señora de la limpieza, en su vivienda de via Rosolino Pilo ciento cuatro, los cuerpos sin vida de Dario Cosulich, de cuarenta y cinco años, y su mujer, Clementina Baio, de cuarenta. Se trata de un suicidio.

» El señor Cosulich, después de matar a su mujer de un tiro, ha disparado contra sí mismo. Dario Cosulich, nacido en Trieste, se había trasladado hace siete años a nuestra ciudad, donde abrió un comercio de tejidos al por mayor. Tras un floreciente inicio, los negocios empezaron a ir mal. Una semana antes del trágico hecho, el señor Cosulich tuvo que declararse en quiebra. El móvil de los celos ha sido descartado. Parece que el señor Cosulich ya no podía afrontar las desmesuradas exigencias de los usureros a los que había tenido que recurrir.»

Sólo faltaba la última tesela del mosaico que ahora tenía delante, claro y diáfano. Regresó a la galería y se puso a releer las hojas con los datos.

Enseguida notó que se le cerraban los ojos. Pero al llegar al undécimo nombre, el de Ettore Schisa, en la segunda hoja, sintió una especie de descarga eléctrica.

Entonces volvió a leer los nombres de la primera hoja, y de repente comprendió que quizá había encontrado la pieza que faltaba:

«Cosulich, Angelica, hija del difunto Dario y la difunta Clementina Baio, nacida en Trieste el 6 de septiembre de 1979, residente en Vigàta en via...»

«Schisa, Ettore, hijo del difunto Emanuele y de Francesca Baio, nacido en Vigàta el 13 de febrero de 1975, residente en Vigàta en via...»

Un punto de contacto mínimo, que tal vez era sólo casual. O quizá Fazio había dado en el clavo con Schisa.

Miró el reloj. Era la una pasada. Demasiado tarde para todo.

Desde el mar, de improviso, una voz le gritó:

—¡Comisario Montalbano! ¡Vete a dormir!

Debía de ser alguien desde una barca con ganas de bromear, al que no se veía en la oscuridad.

Se levantó.

—¡Gracias! ¡Acepto el consejo! —gritó en respuesta.

Y se fue a dormir.

El teléfono lo despertó a las ocho de la mañana. Era Fazio.

—*Dottore*, llamo sólo para decirle que he telefonado a un amigo que trabaja en el hospital. La señorita Cosulich ha pasado muy buena noche y los médicos están maravillados de su rápida recuperación.

—Gracias. ¿Dónde estás?

—En la oficina.

—¿Las hojas con los datos del registro civil que me diste son originales o una copia?

—Una copia. Las originales las tengo aquí.

—¿Has tenido tiempo de mirarlas?

—No, señor.

—Cógelas y compara los datos de Angelica Cosulich con los de Ettore Schisa.

—¡Coño! —exclamó Fazio al cabo de un momento.

—Mientras yo me lavo y me visto, tú pon en marcha tu genio registral, ¿de acuerdo?

—Sí, señor. Voy ahora mismo al ayuntamiento.

—Ah, antes de irte, dile a Catarella que te dé el artículo que me leyó anoche y échale un vistazo.

Dos tazas de café le devolvieron la plena lucidez. Sería un día duro. En la comisaría encontró a Fazio.

—He estado en el registro civil. Clementina y Francesca Baio eran hermanas. ¿Y ahora qué hacemos?

—Pues procedemos siguiendo el guión. Vamos a ver al *dottor* Ettore Schisa.

—*Dottore*, perdone que me permita decírselo, pero ¿no sería mejor informar antes al ministerio público?

—Sería mejor, pero no tengo ganas de perder tiempo. Quiero acabar con esta historia cuanto antes. Vámonos. ¿Tienes una grabadora de bolsillo?

—Sí, voy a cogerla.

Fazio paró delante del 48 de via Risorgimento. Era un edificio de cuatro pisos un tanto deteriorado.

—Schisa vive en el segundo —dijo Fazio.

Entraron en el portal. No había ni portero ni ascensor en la finca.

Mientras subían, Fazio desenfundó el revólver, se lo puso en la cintura de los pantalones, y se abrochó la americana. Montalbano lo miró.

—*Dottore*, recuerde que éste está medio loco.

Fazio pulsó el timbre. Al cabo de un momento abrieron la puerta.

—¿El *dottor* Ettore Schisa? —preguntó Montalbano.

—Sí.

El comisario se quedó estupefacto.

Schisa tenía treinta y cinco años; en cambio, el hombre que tenía delante aparentaba cincuenta, y mal llevados.

Descuidado, con pantuflas, barba larga y desgreñado, no se cambiaba la camisa desde hacía días, pues el cuello estaba manchado de sudor. Tenía los ojos brillantes, como los de un enfermo o drogadicto. Y unas ojeras que parecían pintadas lo asemejaban a un payaso.

—Soy el comisario Montalbano, y éste es el inspector Fazio.

—Por favor —dijo Schisa, haciéndose a un lado.

Entraron. Montalbano notó enseguida un aire viciado, denso, irrespirable. En las amplias habitaciones reinaba un desorden total. De paso hacia el salón, Montalbano vio un plato con restos de pasta sobre una silla, un par de calcetines encima de una mesa, pantalones, libros, camisas, vasos, botellas y tazas de café sucias tirados por el suelo. Schisa les ofreció asiento.

Para sentarse en la butaca indicada, Montalbano tuvo que quitar antes un par de calzoncillos usados y apestosos. Fazio, por su parte, retiró un cenicero rebosante de colillas.

—*Dottor* Schisa, hemos venido para... —empezó el comisario.

—Sé para qué han venido —lo interrumpió Schisa.

El comisario y Fazio intercambiaron una rápida mirada. Quizá sería más sencillo de lo que habían pensado.

—En tal caso, díganoslo usted.

—¿Puedo encender la grabadora? —preguntó Fazio.

—Sí. Ustedes han venido por los robos. —Schisa encendió un cigarrillo.

Montalbano observó que le temblaban las manos.

—Ha acertado.

Schisa se levantó.

—No quiero hacerles perder tiempo. Tengan la amabilidad de seguirme.

Lo siguieron. Schisa se detuvo ante la puerta de la última habitación de un largo pasillo. Abrió, encendió la luz y entró.

—Aquí está todo el botín. No falta nada. Montalbano y Fazio se quedaron atónitos. No se lo esperaban.

—Entonces, ¿no era verdad lo que me escribió? —preguntó el comisario.

—No. Les he pagado generosamente en metálico después de cada robo. Ellos hacían una valoración, una estimación, y yo pagaba. Me he arruinado, y a no me

queda ni un euro.

—¿Cómo consiguió el dinero?

—Con mi sueldo de médico de familia jamás habría llegado a reunir el que necesitaba. Hace años acerté una quiniela millonaria y guardé el premio.

—¿Me permite mirar los objetos? —preguntó Fazio.

—Desde luego.

Fazio entró en la habitación y se puso a examinar las cosas tiradas por el suelo sin orden ni concierto. Los cuadros estaban apoyados en una pared.

—Me parece que faltan las joyas y las pieles sustraídas a la señorita Cosulich —dijo al finalizar la inspección.

—Faltan porque no fueron robadas. Nunca han existido —contestó Schisa.

—Ese robo, entonces, debía servir para cubrir a Angelica Cosulich, ¿no? —preguntó Montalbano.

—Exacto. ¿Salimos de aquí?

Fueron de nuevo al salón.

—Ahora hago yo las preguntas —dijo el comisario—. Usted, *dottor* Schisa, ha organizado una serie de robos para enturbiar las aguas sobre el único robo que realmente le interesaba, el cometido en casa de Pirrera. ¿Qué había en su caja fuerte?

—Pirrera era un asqueroso usurero sin escrúpulos. Arruinó a decenas de familias, incluidas la de Angelica y la mía.

—¿Por qué la suya?

—Porque mi padre y Dario Cosulich se habían casado con las hermanas Baio. Y mi padre era socio de Dario en el almacén de tejidos. Tío Dario mató a su mujer y a continuación se suicidó; mi padre murió de pena dos años después. Desde entonces no he pensado en otra cosa que en vengarlos.

—Responda a la pregunta: ¿qué había en la caja fuerte?

—Dos películitas en súper ocho y algunas fotografías. Cuando sus víctimas se quedaban sin dinero, Pirrera exigía pagos en especie. Las películas lo muestran en acción con dos niñas, una de siete años y otra de nueve. ¿Quiere verlas?

—No —respondió Montalbano con una mueca—. Pero ¿usted cómo llegó a enterarse?

—Porque Pirrera se recreaba poniéndoselas a las desgraciadas que se veían obligadas a irse con él a la cama. Conseguí localizar a una de esas mujeres, le pagué y me hizo una declaración por escrito.

—¿Cuándo tomó la decisión de vengarse?

—Desde que tengo uso de razón. Siempre he pensado en ello, pero no sabía cómo hacerlo.

—Y fue la llegada de su prima Angelica lo que...

—Sí. Todo maduró cuando trasladaron aquí a Angelica. Hablamos del asunto durante noches enteras. Al principio ella se resistía, estaba en contra, pero luego,

poco a poco, conseguí convencerla.

—¿Cómo reclutaron a los ladrones?

—Yo sabía que Angelica... bueno, ella de vez en cuando quedaba con...

—Lo sé todo.

—Le sugerí que buscara entre esos hombres a alguno dispuesto a... Y un día se topó con el tipo adecuado: Angelo Tumminello. Al que hirió uno de sus agentes y los otros dos mataron después.

—¿Puede darme el nombre de los compañeros de Tumminello?

—Por supuesto. Salvatore Geloso y Vito Indelicato. Son de Sicudiana.

Fazio tomó nota.

—Ahora dígame por qué esos dos le dispararon a Angelica Cosulich.

—Eso es un asunto más complicado. Verá, después de que usted fuera a su casa a raíz del robo, Angelica me dijo, en presencia de los otros tres, que ustedes dos habían entablado amistad. Tanto era así, que usted había aceptado no hablar del robo en la habitación que ella tiene en la villa de su primo.

—Un momento —lo interrumpió el comisario—. ¿Se reunían allí para organizar los robos?

—Sí. Entonces Tumminello le sugirió que afianzara la relación con usted, para que pudiéramos saber sus movimientos con antelación.

Fazio tenía los ojos clavados en el suelo, no se atrevía a levantar la cabeza.

—Cuando usted le dijo que iría a vigilar el chalet de los Sciortino, yo le propuse que fuera también ella, y aceptó. Pero después telefoneó para decir que usted, comisario, la había llamado para comunicarle que habían anulado la vigilancia. ¿Es verdad?

Fazio levantó la cabeza y lo miró.

A Montalbano aquello lo pilló por sorpresa, pero se recuperó mientras un repique de campanas de fiesta empezaba a sonar en su interior.

—Sí. —Era una trola como una casa, pero llegados a ese punto...

—Pero cuando cayeron en la encerrona y Tumminello resultó herido, los otros dos creyeron que Angelica los había traicionado —prosiguió Schisa.

—La frase que escribió en la carta anónima sobre la posibilidad de un factor imprevisto, ¿se refería a la posible traición de Angelica?

—Sí.

—O sea, que usted también dejó de confiar en ella, como sus cómplices.

—Al principio dudaba. Luego llegué al convencimiento de que Angelica no nos había traicionado. La llamé por teléfono y me pareció sincera. Se lo dije a los otros, pero...

—Hablando de cartas anónimas, en la segunda, con la que usted quería causarme problemas, no reveló el verdadero uso que Angelica daba a su habitación de la villa. ¿Por qué?

—No tenía ningún interés en perjudicarla ni en ponerla en dificultades. Es

más, debía protegerla.

Como en el juego de Catarella. Había acertado.

—Continúe.

—Hay poco más que decir. Intenté convencerlos de que estaban equivocados, pero fue inútil.

—¿Telefonó usted, distorsionando la voz, para advertirme del peligro de muerte que corría Angelica?

—Sí, me pareció una buena idea, pero aun así los muy imbéciles encontraron la manera de dispararle.

—¿Participó usted personalmente en el robo cometido en casa de Pirrera?

—Ya habían matado a Tumminello. No me quedaba más remedio. De otro modo, todo mi trabajo se habría visto frustrado por aquella muerte.

—Cuando tuvo en su poder las películas y las fotos, ¿llamó enseguida a Pirrera?

—El mismo día del robo, por la noche. Le dije que al día siguiente le mandaría anónimamente todo el material a usted, comisario.

—¿Sabía usted cuál sería la consecuencia de su llamada?

—¿Cómo no iba a saberlo? ¡Contaba con que se suicidara! ¡Lo esperaba fervorosamente! ¡Rezaba a Dios para que lo hiciera! ¡Y lo hizo, el muy cerdo!

Schisa rompió a reír. Fue una escena terrible, porque reía y reía sin parar. Se doblaba por la cintura riendo. Daba cabezazos contra la pared riendo.

En un momento dado empezó a babear. Entonces Fazio se decidió. Le propinó un fuerte puñetazo en la barbilla y Schisa cayó al suelo sin sentido. Fazio sacó el móvil para pedir refuerzos. Había que registrar todo el piso, hacer inventario, en resumen, un montón de trabajo.

—Llama también a un médico —sugirió Montalbano.

Cuando volvió en sí, Schisa se puso de nuevo a reír babeando. No lograba mantenerse en pie, y si lo sentaban, caía al suelo como si fuera de gelatina.

El comisario comprendió que difícilmente recuperaría la normalidad. Algo se había roto dentro de él. Durante años lo había devorado el deseo de venganza, y ahora que lo había conseguido, todo su cuerpo —mente, nervios, músculos— se había desmoronado.

El médico llamó a una ambulancia y se lo llevó.

Montalbano no se marchó del piso hasta que Fazio hubo encontrado las películas y las fotos. Había cogido una foto de Angelica con Schisa.

Montó en el coche y fue a hablar con Tommaseo.

Se lo contó todo, subrayando que habían recuperado todo el botín, que Schisa estaba loco, que, en cualquier caso, no había matado a nadie, que tenía buenas razones para vengarse y que Angelica había sido sobornada por su primo.

Tommaseo mandó difundir de inmediato una orden de captura contra Geloso e Indelicato.

—¿Cómo es la chica? —preguntó luego con aire interesado.

Sin pronunciar palabra, Montalbano sacó del bolsillo la foto y se la tendió.

Tomaseo perdía la cabeza por cualquier chica guapa. Y al pobrecillo no se le conocía ninguna mujer.

—¡Jesús! —exclamó, babeando más que Schisa.

Cuando Montalbano regresó a Vigàta, eran las dos pasadas. No tenía hambre, pero igualmente dio el paseo por el muelle.

Ahora que había hecho casi todo lo que tenía que hacer —porque faltaba todavía la parte más difícil—, un solo pensamiento ocupaba su mente.

Siempre el mismo.

Se sentó en la roca plana.

*Contempla el mar subida en una roca
y se confunde con la misma roca.*

Inmóvil, con un solo pensamiento en la cabeza.

« Angelica no me ha traicionado. »

Y no conseguía saber si eso le causaba placer o dolor.

Habría querido no llegar nunca a la comisaría. Y maldijo mil veces su oficio de policía.

Pero, lo que había que hacer, cuanto antes se hiciera, mejor.

—He hablado con el doctor —informó Fazio—. Angelica Cosulich está en condiciones de recibir la notificación. —Y añadió con voz neutra—: Si quiere quedarse aquí, voy yo solo.

Habría sido la última cobardía.

—No; te acompaño.

No abrieron la boca durante todo el trayecto.

Fazio se había informado sobre el número de la habitación; fue él quien guió al comisario, que caminaba como un autómata.

El inspector abrió la puerta de la habitación y entró. Montalbano se quedó en el pasillo.

—Señorita Cosulich... —empezó Fazio.

Montalbano contó hasta tres, hizo acopio de fuerzas y entró también.

Habían levantado un poco la cabecera de la cama. Angelica tenía puesta una mascarilla de oxígeno y miraba a Fazio. Pero en cuanto vio entrar a Montalbano sonrió.

La habitación se iluminó.

El comisario cerró los ojos y los mantuvo cerrados.

—Angelica Cosulich, queda usted detenida —oyó decir a Fazio.

El comisario dio media vuelta y salió del hospital.

Nota

Hace algún tiempo, en Roma, una banda de ladrones desvalijó numerosos pisos con la técnica descrita en esta novela.

El resto, nombres de personas e instituciones, hechos, situaciones, ambientes y demás, es de mi invención y no guarda ninguna relación con la realidad.

Suponiendo que se deba considerar que la realidad está excluida de una novela.

La sonrisa de Angelica es el primer libro que publico con Sellerio después de la muerte de mi amiga Elvira.

Tras la lectura del original mecanografiado, Elvira me telefoneó para señalarme un error garrafal que había escapado a las diversas y atentas revisiones mías y de otros.

Lo recuerdo aquí con la única finalidad de contarles a ustedes y recordarme a mí mismo el cuidado, la atención y el afecto con que Elvira leía a sus autores.

A. C.



ANDREA CAMILLERI (Porto Empedocle, Sicilia, 6 de septiembre de 1925): guionista, director teatral y televisivo y novelista.

Entre 1939 y 1943 estudió en el bachiller clásico Empedocle di Agrigento donde obtuvo, en la segunda mitad de 1943, el diploma. En 1944 se inscribió en la Facultad de Letras, pero no continuó los estudios, y comenzó a publicar cuentos y poemas. Se inscribió también en el Partido Comunista Italiano.

Entre 1948 y 1950 estudió Dirección en la Academia de Arte Dramático Silvio d'Amico y comenzó a trabajar como director y libretista. En estos años, y hasta 1945, publicó cuentos y poemas, ganando el «Premio St. Vincent». En 1954 participó con éxito en un concurso para ser funcionario en la RAI, pero no fue empleado por su condición de comunista. Entró a la RAI algunos años más tarde.

En 1957 se casó con Rosetta Dello Siesto, con quien tuvo tres hijas. En 1958 empezó a enseñar en el Centro Experimental de Cinematografía de Roma. Durante cuarenta años fue guionista y director de teatro y televisión. Camilleri se inició con una serie de montajes de obras de Luigi Pirandello, Eugène Ionesco, T. S. Eliot y Samuel Beckett para el teatro, y como productor y coguionista de la serie del comisario Maigret de Simenon para la televisión italiana, así como las aventuras del teniente Sheridan, que se hicieron muy populares en Italia.

En 1978, debutó en la narrativa con *El curso de las cosas* (*Il corso delle cose*), escrito diez años antes y publicado por un editor pagado: el libro fue un fracaso. En 1980 publicó en Garzanti *Un hilo de humo* (*Un filo di fumo*), primer libro de

una serie de novelas ambientadas en la ciudad imaginaria siciliana de Vigàta, entre fines del siglo XIX e inicios del siglo XX.

En 1992 retomó la escritura luego de doce años de pausa publicando *La temporada de caza (La stagione della caccia)* en Sellerio Editore: Camilleri se transformó en un autor de gran éxito y sus libros, con sucesivas reediciones, han vendido un promedio de 60 000 mil copias cada uno.

En 1994 se publicó *La forma del agua (La forma dell'acqua)*, primera novela de la serie protagonizada por el Comisario Montalbano (nombre elegido como homenaje al escritor español Manuel Vázquez Montalbán). Gracias a esta serie de novelas policíacas, el autor se convierte en uno de los escritores de más éxito de su país. El personaje pasa a ser un héroe nacional en Italia y ha protagonizado una serie de televisión supervisada por su creador.